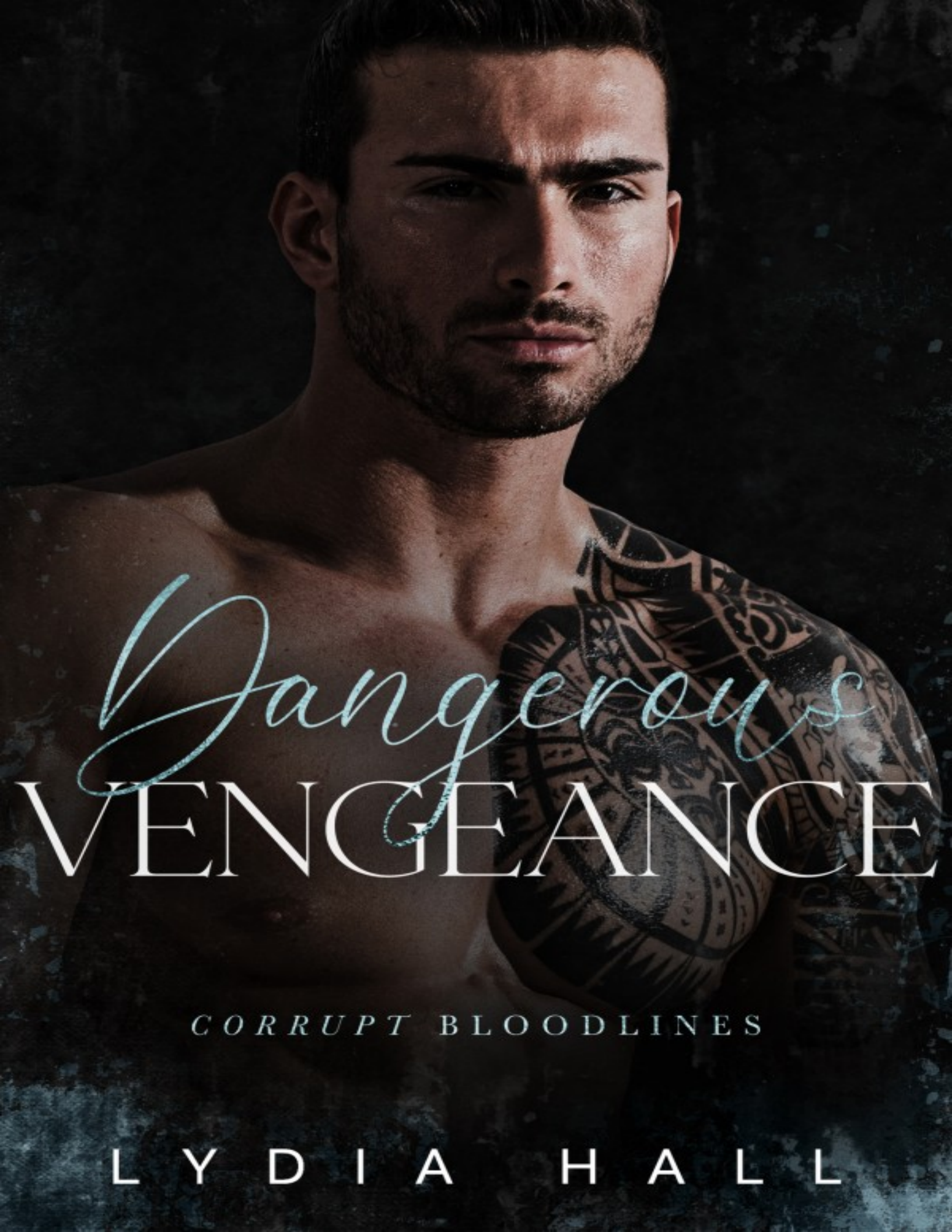

Dangerous
VENGEANCE
CORRUPT BLOODLINES
LYDIA HALL

DANGEROUS VENGEANCE (SPANISH EDITION)

LYDIA HALL

Copyright © 2026 por Lydia Hall

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, salvo breves citas utilizadas en reseñas literarias.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Natalie
2. Matty
3. Natalie
4. Matty
5. Natalie
6. Matty
7. Natalie
8. Matty
9. Natalie
10. Matty
11. Natalie
12. Matty
13. Natalie
14. Matty
15. Natalie
16. Matty
17. Natalie
18. Matty
19. Natalie
20. Matty
21. Natalie
22. Matty
23. Natalie
24. Matty
25. Natalie

También por Lydia Hall

SINOPSIS

Mi sed de venganza me llevó hasta el miembro más peligroso de la Bratva.

Despiadado y sin corazón, Matvey «Matty» Gusev no se merece mi cuerpo.

Y mucho menos mi alma.

Y, sin embargo, siendo su cautiva, ansío los momentos que paso a solas con él.

Encontrar al asesino de mi tío fue la única razón por la que me hice periodista.

E investigar a Matty era mi única misión.

Ahora conozco sus secretos.

Pero también sé que *no* es un monstruo.

Matty nunca me haría daño.

Renunciar a mi desesperada sed de venganza es difícil ahora que me enfrento a una elección imposible.

Meter a Matty entre rejas o dejarlo libre para que caiga en mis brazos…

Dangerous Vengeance (SPANISH Edition) es el cuarto libro de la serie de novelas autoconclusivas interconectadas The Corrupt Bloodlines (SPANISH Edition).

¡Esta candente historia de romance oscuro con elementos de «La bella y la bestia» puede disfrutarse de forma independiente o como parte de un maratón de la serie completa!

1

NATALIE

Cuanta más información descubro sobre esta familia, más convencida estoy de que alguien tiene que desenmascararles. Claro, al principio era solo una venganza personal. Asesinaron a mi tío, y estoy buscando a su asesino porque la policía dio carpetazo al caso diciendo que todas sus pistas estaban frías. Si no van a ayudarme, lo haré yo sola. Pero esto… Esto tiene que ser uno de los mayores encubrimientos de la historia. Niego con la cabeza mientras leo las palabras en la pantalla.

Y lo mejor de todo no es solo que mis compañeros no van a adelantarse con esta historia—porque ni siquiera se han dado cuenta de lo que yo veo—sino que va a hacer que mi carrera despegue tan rápido que todos se fijarán en mí. Imaginaos: una reportera que destapa a la Bratva, a la policía corrupta, encuentra al asesino de su tío y, para colmo, sigue siendo una becaria en el Herald. Sí, creo que va a ser la leche. Miro por la ventana que da a la ciudad. No es una gran vista; demasiados rascacielos intentando rascar el cielo, impidiendo ver gran cosa. Es el tipo de paisaje que te hace querer llegar más alto, justo donde yo quiero ir. Arriba.

Cuando el tío Hal cayó, fue como perder a un padre. Cada Navidad, cada cumpleaños, cada partido de fútbol, Hal estaba ahí para mí,

junto a mis padres. Mi padre estaba muy unido a él, y su ausencia dejó un vacío enorme en nuestras vidas. Cuando me di cuenta de que había detalles en los expedientes del caso que no cuadraban, empecé a interrogar a los detectives hasta que me encontré con un muro. He dedicado toda mi carrera—aunque corta—a un solo objetivo: destapar la corrupción. Llevaba tiempo vigilando a esta familia mucho antes de que Hal fuera abatido a sangre fría, y en parte me siento culpable por su muerte. Tal vez destapé la piedra equivocada y la cucaracha que salió fue la que se lo llevó.

Una mirada al reloj me indica que ha llegado la hora de mi evaluación. Llevo seis meses en el Herald desde el pasado viernes. Sheffield—mi jefe y amigo de la familia—me echó un cable después de que en el Tribune me cerrasen las puertas de mala manera. Dijeron que era una entrometida, no una investigadora. Hal habló con Sheffield en mi nombre, y ahora, con seis meses a mis espaldas, me va a valorar y decidir si me hago fija aquí o me toca acabar en un pueblo perdido de Estados Unidos para intentar ser reportera.

Me levanto despacio, arreglándome la falda lápiz. La blusa de seda que llevo se ciñe a mi figura, tirando de los botones cuando respiro hondo para prepararme. Algunos compañeros me miran mientras cruzo la redacción hacia la puerta de Sheffield. Ellos también saben que toca evaluación; los he oído esta mañana junto a la sala de descanso, donde se sientan cada día a tomar café, comentar historias y compartir secretos del oficio. Nunca me han admitido en su grupo, quizá porque solo soy la becaria.

Noto las miradas y mantengo la vista fija en el cristal de la puerta, con letras negras grabadas. Sheffield es un tipo reservado. Va a lo suyo y siempre mantiene la puerta cerrada. Llamo y le oigo decirme que pase.

—¿Sí?

Mi mano tiembla al girar el pomo y empujar la puerta; él levanta la vista. —¿Tenemos reunión ahora?— Me quedo en el umbral esperando su invitación y él echa un ojo al reloj de la pared.

—Sí, Natalie, pasa.— Aparta unos papeles y usa el ratón para abrir algo en la pantalla del ordenador.

Camino nerviosa hasta la silla frente a su escritorio, los tacones resonando en el suelo. Sé que he hecho un trabajo increíble estos seis meses, pero sin Hal para defenderme, ahora juego en la liga de los mayores. Una parte de mí piensa que quizá no he estado a la altura, que Sheffield acabará descartándome, por eso he guardado para mí esta pequeña joya de historia sobre los Gusev. Si intenta despedirme, puedo enseñarle lo que tengo, y eso podría salvarme el puesto. Si no, puedo llevarme la exclusiva a otra parte, porque no van a conseguir la misma fuente interna que yo.

—Así que, Natalie, he revisado a fondo tus archivos de empleada. —Tamborilea los dedos sobre su escritorio mientras se reclina y continúa—. Por lo que veo, tu editora te ha asignado historias bastante insignificantes.

—¿Tú también lo crees? —Intento ocultar mi sarcasmo, pero esa editora parásita no me ha dado nada bueno. Le intimida mi experiencia o algo por el estilo. Trabajé en el Herald el tiempo suficiente para conseguir algunas historias decentes que dejan en ridículo cualquier cosa que haya salido de su departamento.

—Sí, bueno... —Suspira, y se le arquean las cejas—. Por tu historial, bueno... —Hace una pausa y siento que la guillotina está a punto de caer. ¿Así que es esto? ¿Se va a deshacer de mí ahora, después de haber perdido a Hal hace tan poco? No puedo ir al Times; es el único sitio que queda, y no me van a coger hasta que tenga años de experiencia en otro sitio. Contengo la respiración mientras continúa —: Teniendo en cuenta tu historial en el Herald y las historias que escribiste allí, junto con tu comportamiento y tu ética profesional aquí, creo que vamos a darte una oportunidad.

Mis emociones van y vienen, rebotando hacia arriba y una sonrisa me florece en la cara. —¿De verdad? —Tengo ganas de saltar y aplaudir, montar un buen follón porque estoy felicísima, pero me quedo quieta. Controlar mi entusiasmo es complicado, pero tengo

que mantener la profesionalidad. Ya haré el baile de la victoria fuera de mi jornada.

—Sí, de verdad. Y creo que también deberíamos ponerte con otro editor. Alguien que vea tu talento y sepa lo que vales. —Se inclina hacia delante y usa la rueda del ratón para desplazarse—. Aquí pone que trabajaste en sucesos en el Herald. ¿Es ahí donde te gustaría estar? ¿O preferirías que te empecemos en—

—Sucesos es perfecto —espeto rápidamente—. De hecho, tengo una historia en la que me encantaría trabajar primero. —Aquí es donde le voy a impresionar. Si está encantado de contratarme, estará aún más ilusionado cuando descubra que ya tengo un gran reportaje que atraerá muchísima atención hacia el periódico.

—¿Ah, sí? —Se recuesta en la silla de nuevo, ladeando la cabeza—. Normalmente no dejamos que alguien tan novato elija su propia historia... pero adelante. Cuéntame de qué se trata.

Le dedico una sonrisa radiante y comienzo—. Como ya sabes, llevo los últimos años trabajando en sucesos. He informado sobre muchas cosas, he sido testigo de la corrupción del crimen organizado y de cómo los casos acaban archivándose por mil motivos. Tengo una fuente dispuesta a hablar sobre la familia Bratva. Los Gusev están metidos en asuntos bastante turbios y tengo pruebas contundentes que podrían acabar con ellos. Planeo reunirme pronto con mi contacto y conseguir más información que lo corrobore. Si me lo permite, creo que esta historia va a dar que hablar, va a llamar la atención, ¿sabe?

—Hmm... —Se aleja hacia atrás en la silla, imitando un movimiento de balanceo, y asiente con la cabeza—. Esa fuente tuya, ¿es de fiar?

—Creo que sí, señor. Ya me ha dado bastante información, pero no me entregará lo importante hasta que nos veamos cara a cara. —Personalmente he contrastado esa información con los expedientes de la policía y casi todo encaja. Puede que no sea suficiente para acabar con ellos si hay policías corruptos de por medio, que

sospecho que los hay. Y ni siquiera le cuento por qué de verdad me interesa esta familia: mis sospechas sobre su implicación en el asesinato de Hal.

Sheffield se pasa la punta de la lengua por el colmillo y frunce el ceño—. Tiene que estar todo atado y bien atado. Quiero decir, no puedes dejar ni una sola tilde sin poner ni un punto sin colocar. Esa gente sobre la que estás husmeando es peligrosa.

Me incorporo un poco más en la silla y asiento, poniéndome seria. Sé perfectamente a qué se refiere. He tenido algunos encontronazos a lo largo de los años, y una vez por poco me libro de un tiroteo desde un coche. No iba dirigido a mí, pero no cabe duda de que se habrían alegrado de quitarme de en medio. Así que sí, soy muy consciente de los peligros.

—Sí, señor. Lo entiendo. —Me adelanto en la silla, anticipando su respuesta. Es muy inusual que a una recién llegada le caiga una investigación así, pero no puede hacerlo sin mí. Soy la que tiene todas las notas, toda la investigación—de años—y el contacto. Lo lógico es dejarme a mí llevarlo, porque esa fuente no se va a fiar de nadie más.

—Bien, entonces... Demuestra lo que vales. —Asiente y me mira por encima de las gafas—. Recuerda solo que eres periodista, no policía. Nosotros no damos protección.

Me levanto y asiento decidida, disimulando la sonrisa. —Sí, señor. No le defraudaré.

Sheffield señala la puerta y yo me doy la vuelta y salgo con paso ligero, cerrando tras de mí. Esto va a salir redondo. He planeado una llamada con mi fuente para esta tarde, y espero presionarle para que quede conmigo pronto. Cuanto antes consiga cualquier prueba contundente, mejor. Lo que tengo ya es bueno, pero sé que si hay policías o fiscales corruptos podrían desmontarlo. Por eso esto tiene que salir perfecto.

Las miradas me siguen de vuelta hasta mi mesa y me cuelo en mi cubículo, donde me siento y saco el móvil al instante. Como ya tengo luz verde para seguir con el caso, no hay mejor momento que éste para apretar la fuente. Marco el número que tengo. Va a un móvil desechable, seguramente, pero es la única manera de contactar con él o ella. El teléfono suena y me lo llevo a la oreja, esperando que lo cojan.

Un pensamiento fugaz me cruza la mente: quizá esta fuente solo me esté utilizando como medio para hacerles salir o algo parecido. Como si tuvieran una vendetta personal contra la familia y, con el tiempo, cuando los Gusev se conviertan en el hazmerreír público, los fuegos artificiales de verdad comenzarán, pero no puedo dejar pasar esta oportunidad—ni por mi carrera ni por mi tío.

—Hola, Natalie. La voz que responde es grave y robótica, alguien está utilizando un aparato para ocultar su identidad. Es la única voz que he escuchado, así que ni siquiera puedo decir si es hombre o mujer. Solo sé que es peligrosa.

—Hola…— Trago saliva con dificultad y sigo hablando. —Esperaba que pudiéramos vernos. Tengo la historia prácticamente lista, pero sigo necesitando esa prueba de la que hablaste—algo sólido para hundirles.— Hablo en clave, sin querer que nadie a mi alrededor escuche lo que digo. No necesitan saber que estoy trabajando en la exclusiva del siglo.

—No estoy seguro de que comprendas lo peligroso que sería encontrarnos.—

—Oh, lo sé, créeme; estoy aterrada. Pero necesito esa información. Entonces, ¿qué tal esta tarde?— Aprieto la mandíbula mientras espero la respuesta. Aunque solo acepten hacer una entrega y no una cita cara a cara, tengo que conseguirlo igual. Pasan unos segundos en silencio en la línea y luego hablan.

—Esquina de Tenth y Broadway. Veinte minutos. Ven sola. Habrá un sedán azul aparcado esperándote. Sube.—

Eso suena muy turbio y para nada seguro, pero si quiero esta historia, tengo que arriesgarme. Llevo meses hablando con esta persona y nunca me ha amenazado. Siempre ha sido de ayuda en mi investigación sobre la Bratva.

—Allí estaré.—

En cuanto pronuncio esas palabras, la llamada se corta y la línea queda en silencio. Termina la llamada y dejo el teléfono sobre el escritorio. Papá siempre sabe dónde está mi móvil gracias al GPS—tenemos una aplicación para localizarnos mutuamente—, así que si llevo el teléfono encima, aunque no lo utilice, estaré a salvo. Nunca sabrán que me están rastreando y, si algo sale mal y desaparezco, papá podrá localizarme. Todo irá bien.

Miro el reloj y veo que apenas tengo tiempo para llegar al destino en veinte minutos, lo cual me preocupa un poco. La fuente sabe dónde trabajo y a qué me dedico, lo que significa que probablemente me vigilan en ocasiones. Eso implica que saben cómo soy físicamente, pero yo sigo sin saber nada de ellos salvo una voz distorsionada.

De pie, cojo el móvil, la chaqueta y el bolso. Mientras me dirijo a la puerta, uno de los reporteros en su escritorio se anima.—¿A dónde vas?—

—A ver a una fuente.— Lanzo la chaqueta sobre el hombro y la sujeto con unos dedos mientras sigo andando. —No te preocupes. Sheffield está avisado.—

Ese tipo es un poco cotilla, así que no me importa cortarle. Bajo en el ascensor hasta la planta baja y salgo a la calle. Tengo que parar un taxi, algo que a veces puede llevar un par de minutos. Esta vez veo varios acercándose a mí, así que me acerco directamente al bordillo y levanto la mano, con el móvil bien agarrado en el puño, y, de repente, noto que alguien me agarra por detrás. Algo me envuelve la cabeza o me lo ponen por encima—no consigo distinguirlo.

—¡Pero qué! ¡Parad! ¡Ayuda!— grito y me revuelvo, dando patadas y manotazos.

—Quítale el móvil,— dice una voz, y alguien me arranca el teléfono de la mano.

—No, no puedes llevártelo.— Mientras lo digo, oigo algo caer al suelo y tiro de mis brazos al escuchar a alguien pisotear.

—Saca el coche.—

—¡¿Qué?! No, devolvedme el móvil. No podéis hacer esto. ¡Ayuda!— Hago tanto escándalo que oigo a varios policías cercanos gritar a quien sea que me ha agarrado. Se llevan mi bolso. Siento que me atan las manos, quizá con una brida, y entonces oigo un disparo. ¿Alguien está disparando? —¡Joder, ayuda!— Me saltan las lágrimas mientras me empujan a un coche.

—¡Salid de aquí!— grita una voz a la vez que la inercia me lanza contra el asiento. Los neumáticos chirrían y suena más disparos.

—Ayuda,— suplico, retorciéndome en el asiento.

—¡Calladla!— Es un hombre, y está furioso. Siento una rodilla en la cadera y luego oigo más disparos.

—Dios mío… Dios…— sollozo y me encojo sobre mí misma. ¿Es esta mi fuente? ¿Sabían que iba a salir y me han secuestrado? ¿Qué está pasando?

—Yo digo que la matemos.—

—No, no podemos. Tiene archivos… Tenemos que retenerla hasta conseguirlos.—

Los dos hombres siguen hablando como si yo no estuviera atada en su coche, y me doy cuenta, con un nudo en el estómago, de que esta no es la fuente. Es la Bratva. Han descubierto que les investigo y no les ha hecho gracia.

Dios mío, ¿en qué lío me he metido?

2

MATTY

El agua caliente recorre mi cuerpo, llevándose el sudor. La partida de dieciocho hoyos con un viejo amigo no ha tenido nada de especial, pero con el tipo de vida que llevo, que algo no sea especial ya es todo un logro. Echo de menos el ritmo tranquilo de una vida normal. Una vida en la que los tiroteos y los trapicheos no sean el pan de cada día. Pero nacer siendo hijo del líder de la Bratva conlleva ciertas expectativas y responsabilidades, además de un deber de honrar y mantener la lealtad hacia mi familia pase lo que pase.

Termino de ducharme, aclaro la espuma de mi cuerpo y me enrollo una toalla a la cintura. Luego me dirijo a las taquillas, donde tengo la ropa limpia preparada. Si todo ha salido según lo previsto, Leo y Rome—mis hermanos—deberían estar aquí para recogerme junto con un paquete muy importante: Natalie Yates. Llevamos un tiempo vigilándola. Es una periodista entrometida, husmeando en los negocios familiares y haciendo demasiadas preguntas. Tenemos que pararla antes de que comparta lo que sabe con alguien de peso, sobre todo con la opinión pública.

Me visto rápidamente y me encamino a la entrada del club de campo, donde espero a mis hermanos. Mientras ando, me abrocho

los puños de la camisa y me aseguro de que la línea de los botones esté recta. La señorita Yates no tiene ni idea del avispero en el que ha metido las narices por cotillear donde no debe. Cuando Jimmy Slater—asesino a sueldo local—lo hizo, Sven estuvo a punto de matarle en el acto. Jimmy tuvo suerte, porque Dominic tenía un plan que nosotros desconocíamos. Pero nadie de la familia está pagando a Natalie para que busque un topo. Y ninguno de nosotros la quiere cerca.

Hace un calor de mil demonios y empiezo a sudar nada más salir por la puerta. Rome acerca el coche y me subo. De inmediato oigo los sonidos de una mujer forcejeando en el asiento trasero. Deben de haberla atado y amordazado. Miro por encima del hombro y la veo allí, con un saco cubriéndole la cabeza y las manos atadas a la espalda. No supone una amenaza física para nosotros; la superamos y la sobrepasamos en número, tres contra una. Pero si ve nuestras caras y vive para contarlo, acabaríamos pagando por los crímenes de decenas de generaciones de hombres de la Bratva que han jurado lealtad al clan.

—¿Os ha visto alguien? —les pregunto, girándome de nuevo hacia delante mientras Rome arranca. Las ventanillas están tintadas. Nadie puede ver el interior y Leo, sentado junto a nuestro precioso paquete, no puede ver el exterior.

—Un guardia de seguridad nos ha disparado. Nosotros hemos respondido. Nada se puede rastrear, hemos desechado las matrículas —Rome habla con tono monótono mientras conduce. Sé que no le convence la idea de tomar rehenes. Es un asesino. Se encarga de apartar obstáculos, pero la señorita Yates tiene información que necesitamos. Si simplemente la matamos, la gente empezará a preguntarse por qué ha desaparecido. Es lista. Seguro que ha hecho copias de todo, y las ha mandado a amigos y familiares. Solo podemos hacer esto con discreción, no a lo bestia.

—¿Y está vivo? —Rome nunca deja víctimas, solo cadáveres.

—Está muerto, Matty. ¿Vale? —Leo también está alterado. Seguramente han estado discutiendo antes de que yo llegara.

Me muerdo la lengua durante unos minutos. Somos conscientes de lo delicado que es esto. Si nos hemos equivocado y esta mujer no es la que indaga sobre nosotros, todo lo que digamos delante de ella serán pruebas para hundirnos. Aún podemos dejarla libre y cubrir nuestras huellas, y así vivirá. Pero si tenemos razón y de verdad tiene trapos sucios sobre nosotros, nos quedan unos pocos pasos más para quitarnos la espina y seguir con nuestras vidas.

—Señorita Yates, espero que estos señores la hayan tratado con respeto hasta ahora. —En realidad, no me importa lo que le hayan hecho. No pienso echar más leña al fuego de su miedo y su odio. La gente asustada toma decisiones desesperadas.

Emite unos sonidos ininteligibles y veo que está amordazada. Mejor así. No tengo que escuchar sus lamentos y súplicas por su vida. Siempre ruegan por sus vidas, especialmente las mujeres. Cada vez que alguien cree que va a hundirnos, nos enteramos y lo frustramos. Hay demasiado en juego, demasiadas cosas que dependen de que los negocios de la familia sigan siendo privados.

—¿Sabes dónde la vamos a llevar? —le pregunto a Rome, cuyos ojos se posan fugazmente en los míos, y él asiente. Nos dirigimos a mi casa, el único lugar considerado lo suficientemente seguro para alojar a nuestra invitada, aunque solo sea por un tiempo breve. Era mi casa o la de Rome, pero él está demasiado ocupado persiguiendo a un enemigo como para vigilarla adecuadamente. Mis otros hermanos están casados—con esposas entrometidas que quizá no estuvieran de acuerdo con retener a Natalie hasta que sepamos toda la verdad sobre lo que ha averiguado.

El resto del trayecto lo pasamos en silencio, y cuando llegamos a la casa y Rome aparca el coche, Natalie gimotea, removiéndose en el asiento trasero. Leo y yo salimos, y él la saca a rastras, pateando y gruñendo, del coche. Le falta un zapato y lleva la camisa por fuera, pero está entera. Leo la obliga a ponerse de pie, y ella mueve la

cabeza, presumiblemente para intentar deshacerse de la bolsa que lleva puesta.

—Te irá mejor si simplemente colaboras con nosotros, Natalie —le digo, acercándome a su oído. Huele bien, a lavanda y miel, y cuando me inclino sobre su hombro, veo el profundo escote de encaje rosa que ciñe su pecho. Me resulta excitante.

—Mmm… —Noto que intenta protestar, y al empezar a caminar, cojea y después se quita el segundo zapato de una patada. Forcejea un poco, intenta volver hacia el coche, así que le rodeo la cintura con un brazo, le doy una palmada en el trasero y la echo al hombro, sujetándola con firmeza a la altura de las rodillas.

—Estúpida zorra —se ríe Leo—. ¿Por qué siempre luchan contra nosotros?

—El instinto de supervivencia… —asiento hacia el coche—. Asegúrate de que él informa. No queremos que el jefe se pregunte si el trabajo está hecho. —Hablo en clave, pero ella es lista. Seguramente ya lo ha entendido en cuanto Leo dejó escapar mi nombre.

La llevo al interior de la casa y cierro la puerta con llave tras nosotros. Es más ligera de lo que pensaba, aunque no voy a pasearla a cuestas todo el día. No tiene sentido hacer ejercicio extra. Voy directamente a mi despacho, con su panelado oscuro de caoba y muebles de cuero. Sus tonos pastel desentonan completamente con el encanto masculino de la decoración. Todo en ella está fuera de lugar aquí. La dejo caer en el sofá y rebota, dando un grito. Después cierro la puerta y apago la luz.

Espero un segundo, dejando que mis ojos se adapten a la penumbra casi total. Necesito hablar con ella antes de revelar mi identidad. Si ya sabe quién soy, su vida está prácticamente acabada. Camino hacia ella, escuchando el sonido de sus forcejeos contra las ataduras. La única luz se cuela por detrás de las cortinas opacas. Le quito la bolsa de la cabeza y la mordaza, y ella tose.

—¿Qué queréis de mí? —gruñe, lanzándose fuera del sofá. No le sirve de nada. Tiene las manos atadas y aquí dentro está tan oscuro que, mientras me mantenga en las sombras, no descubrirá ni el más mínimo destello de mi rostro.

—Podría hacerte la misma pregunta, Natalie. ¿Qué quieres tú de la Bratva? —me acerco al mueble bar. Aunque es mediodía y es un poco temprano para beber, tengo la sensación de que el día se hará largo. No puedo salir de aquí sin la autorización de Dominic. Soy su niñero las veinticuatro horas salvo que ponga a uno de mis hombres a vigilarla. Primero debo averiguar lo astuta que es y si intentará escapar de esta fortaleza que he construido. Estamos lo suficientemente lejos de la ciudad como para que no pueda desaparecer sin más. Con casas vigiladas y valladas en todas direcciones durante kilómetros, probablemente algún guardia de seguridad acabaría recogiéndola como a una intrusa y mis hombres se encargarían de recuperarla. Aun así, no puedo bajar la guardia.

Sirvo un vaso de whisky y dejo la botella en la encimera mientras me giro para observar cómo intenta incorporarse. Se da un golpe en la cabeza con la mesa baja y gime, pero logra ponerse en pie. —¿Dónde estoy? Llevadme de vuelta. Tengo una reunión importante. —Le tiembla la voz. Eso también me gusta. Está asustada, y bien que debería estarlo. Nadie que busque información sobre la Bratva vive para contarlo.

—Estás en un lugar seguro, y tu reunión se ha cancelado. ¿De verdad creías que te dejaríamos reunirte con tu fuente de nuevo? ¿O no te diste cuenta de que tenemos intervenido tu teléfono personal? —Bebo mi whisky mientras sus sollozos cesan.— Nuestro alcance es largo, Natalie. Eres una mujer inteligente. Piénsalo.

Permanece callada. Supongo que está encajando las piezas. Bebo un trago y me muevo hacia ella, pegado a la pared. Mi pie choca con una esquina de la mesa y ella da un respingo, volviéndose en mi dirección. Sé que no puede verme, así que sigo moviéndome.— ¿Dónde crees que estás, Natalie?

—Estoy en la casa de alguien de la Bratva. Si el tipo del coche no mentía, entonces te llamas Matty. —Se aclara la garganta, intentando recobrar la compostura. Sin duda estaba escuchando toda la conversación, recopilando hasta el más mínimo detalle para entregárselo a la policía, tal y como sospechaba, lo que significa que no saldrá viva de aquí.— Si mi investigación es correcta, debes de ser Matvey Dimitri Gusev. —El acento ruso que adopta solo para decir mi nombre es impecable. Me impresiona.

—Muy bien hecho, señorita Yates. —Es evidente que también lleva sangre rusa en las venas. La pequeña investigación que hemos hecho sobre ella ya lo revelaba, pero el acento me dice aún más. Que creció en un hogar donde se hablaba ruso, o al menos convivió con alguien que lo hacía.

—Ty umresh' zdes'. Ty znayesh'? —Mi advertencia velada de su inminente muerte la deja rígida.

—*Net, yesli ya ub'yu tebya pervym….* No si te mato yo primero. Sabes, mi investigación ha sido minuciosa. Tengo pruebas contundentes contra tu familia.— Ella recupera su acento americano y sigue girando mientras avanzo hacia el interruptor de la luz. Sabe quién soy. No tiene sentido seguir jugando a esto en la oscuridad. —Todo el mundo sabe que estoy escribiendo esta historia. Vendrán a buscarme. No te vas a salir con la tuya.—

—Ah,— tarareo, encendiendo la luz —pero te equivocas. Tenemos millones de dólares detrás de nosotros, simpatizantes, hombres y mujeres leales que jamás nos traicionarían. ¿Por qué crees que la policía nunca ha conseguido atraparnos?—

Mientras las luces parpadean e iluminan la habitación, ella parpadea y entrecierra los ojos para mirarme. Yo me mantengo erguido, saboreando mi copa, observando cómo vuelve a retorcerse. Esta vez, la analizo con más detenimiento. Tras su caída del sofá, la blusa le cuelga más por delante. Se muestra más encaje rosa para mí y me gusta lo que veo. Su piel cremosa pide a gritos que la toquen. Doy unos pasos hacia ella.

—Mira a tu alrededor.— Señalo con la mano la grandiosidad de mi despacho. Los altos techos presumen de obras de arte y molduras doradas; una gran lámpara de araña cuelga del techo, repleta de cristales. Solo he importado las mejores esculturas, alfombras, pinturas y muebles. Esto es la cumbre del lujo. No he escatimado en gastos. —Si me he esforzado tanto solo por embellecer mi hogar, ¿qué crees que haría con alguien que amenaza con arrebatármelo? —

Ella traga saliva y aparta el rostro de mí mientras me planto justo frente a ella. Su pecho sube y baja rápidamente. A pesar de su apariencia decidida por fuera, por dentro está entrando en pánico. Termino mi copa y la dejo en la mesa junto a ella. Respira hondo y me observa de reojo. Tiene la mandíbula apretada; los músculos tensos.

Cuando me enderezo y me acerco aún más, vuelve a ponerse tensa. Le rodeo el cuerpo con los brazos, deslizando mis manos por los suyos hasta sentir las cuerdas que la atan y la atraigo contra mí.

Esta mujer es fantástica, curvas dignas de un Maserati, cutis de diosa. Si el tiempo lo permite, quizá le dé un bocado.

—Suéltame,— gruñe ella, y yo paso mi lengua por su cuello hasta su oreja.

Le susurro: —Oh, claro que me soltaré. No te preocupes por eso.— Seguramente piensa que voy a violarla, que soy un monstruo repugnante. Jamás lo haría. No después de lo que pasó mi madre. Pero le voy a dar exactamente lo que quiere, y ahora mismo lo que quiere es librarse de estas ataduras; aunque si no deja de apartarse de mí, le voy a dar un buen bofetón.

Natalie retrocede un paso, empujando mi pecho con el hombro. La sujeto con más fuerza y trabajo en las cuerdas para desatarla. —Mírame a la cara, Natalie,— siseo. A esta distancia, no tendrá forma de olvidar jamás los detalles de quién soy. Quiero que se fije muy bien. —¡Mírame!—

Poco a poco, sus ojos se vuelven para estudiarme, recorriendo cada centímetro de mi rostro. —Fíjate bien. Porque cuando te aprendas cada línea y cada arruga, eso será lo que más odiarás de lo que sabes. Quien descubre quién soy en realidad, no vive lo suficiente para contarlo.—

Incluso después de liberar sus muñecas, la retengo contra mi cuerpo. Mi polla palpita. Hace tiempo que no follo, y tener tan cerca a alguien así de impresionante me excita. Ella se lame el labio inferior y busca mi mirada. —No creo que vayas a matarme,— susurra, aunque capto el temblor en su voz. Ella sí piensa que voy a matarla, solo que espera que la dureza que siente en su muslo sea su salvación.

—Entonces no has investigado lo suficiente.— Me aparto de ella, empujándola con fuerza contra el sofá. Rebota y la fuerza es suficiente para dejarla sin aire, emitiendo un pequeño chillido. —Quizá nos hemos equivocado de periodista. ¿Quién tendría miedo de ti?— Paso junto a ella, cojo mi copa para rellenarla. En cuanto estoy a un paso, se lanza fuera del sofá y corre hacia la puerta. No sabe lo mucho que eso me enfurece.

Me giro, dejo la copa en la mesa y en tres largas zancadas ya la he alcanzado, sujetándola por la cintura. Araña mi brazo y me golpea la mano, y entonces la giro en mi abrazo y le suelto una bofetada en la cara. —Deja de resistirte. No quieres que me enfade.—

Natalie se desploma sobre mi brazo, jadeando, y la alzo sobre mi hombro de nuevo para llevarla arriba. Todo el rato me golpea la espalda y patalea. —¡No puedes hacer esto! ¡Suéltame!— protesta, dificultando que la mantenga sobre el hombro.

—Sí puedo. Y lo estoy haciendo.— En la habitación preparada para ella, la arrojo sobre la cama y ella se arrastra hasta el cabecero mientras yo camino hacia la puerta. —Cállate o vuelvo con el mordaza.—

Mientras la encierro, pienso que quizá un poco más de tiempo con ella en mi despacho habría hecho que bajara la guardia lo suficiente como para poder leerla. Tendré que ser más paciente, aunque mi polla no conoce la paciencia. La deseo con locura. Créeme, si en sus ojos veo la mínima chispa de deseo, pienso aprovecharme de ello.—

3

NATALIE

Llevo casi dos horas tumbada en esta cama, mirando por la ventana. La vista es preciosa, aunque no se ve ni una sola casa a lo lejos. Me pregunto dónde estamos, a qué distancia de la ciudad nos encontramos. No puede ser demasiado lejos; no estuve en el coche más de una hora y además hicimos una parada para recoger a Matty por el camino. Ni siquiera sé qué hora es. No hay ningún reloj en esta habitación, y rompieron mi móvil. También tengo frío; han puesto el aire acondicionado demasiado bajo y este edredón parece más una sábana que una manta.

Lo primero que hice al darme cuenta de que él me había encerrado aquí fue ir a la ventana para intentar escapar, pero no hay ni la más mínima posibilidad. Con los malditos techos de cinco metros, el alféizar de la ventana de este segundo piso debe de estar a casi seis metros o más de altura. Me rompería una pierna si salto, y no hay celosía para bajar, ni escalera de emergencia en caso de incendio. Por no hablar de los rosales que hay debajo de la ventana. ¿Quién querría lanzarse a ese amasijo de espinas?

Si pensara que podría alcanzar la libertad tal vez asumiría el riesgo, pero nunca he sido aventurera y tengo los tobillos débiles. Así que estoy atrapada. Atrapada aquí como una prisionera esperando la

ejecución. Si lo que sé de la familia es cierto, tampoco voy a salir. La advertencia de Matvey, pronunciada en la lengua materna de mi abuelo, el ruso, no era solo una amenaza. Es una promesa. Con asuntos como estos no se andan con tonterías. Y además le he visto la cara—aún otro motivo para tener miedo.

Me incorporo de la cama e intento sacudirme un poco la ansiedad y el peso que siento. He estado acobardada, en estado de shock por haber sido raptada en plena calle. Debería pensar con perspectiva, fisgar en la habitación en busca de cualquier información, buscar un punto débil y planear una fuga. La muerte es segura si me quedo, pero con un poco de astucia y paciencia, sé que puedo encontrar la grieta en la defensa de Matty.

Tengo los miembros pesados, agotados por la carga emocional de las últimas horas. Tengo que obligarme a salir de la cama, diciéndome cosas positivas para mantener la motivación y la esperanza. No es sencillo, no con el peso del duelo por Hal y el conocimiento del ambiente al que me han sometido. Aun así, consigo abrir algunos cajones con las manos temblorosas. No hay nada aquí salvo cajones vacíos. El viejo conjunto de dormitorio de la época de la Guerra Civil está vacío de pistas. La madera está también desgastada, desvaída y necesitada de un buen barniz.

La moqueta, sin embargo, es cara. Me agacho para tocar esa textura suave—persa, si tuviera que adivinar. Un hombre que gasta tanto en mobiliario—renovado o no—no debe temer que nadie entre a su casa a llevárselo. Lo que significa que probablemente no teme a mis amenazas de desenmascarar a su familia. Por eso estoy aquí, encerrada como un animal. Antes tenían miedo, ahora ya no. Al mantenerme fuera de las calles, la amenaza ha desaparecido.

Maldita sea, ¿por qué no me guardé un as en la manga? Debería haberle dado a Sheffield una copia de todos mis archivos. Tal y como están las cosas, si consiguen mi portátil, perderé toda mi investigación y nunca se descubrirán sus delitos. Ahora me paseo por la habitación, pasando junto a la recargada chimenea. Tiene

tallados unos adornos intrincados, que representan los días de la creación empezando por la parte inferior izquierda y curvándose bajo la repisa hasta acabar abajo a la derecha. Seguro que le ha costado un dineral. Es una auténtica obra de arte, no un simple mueble de casa.

—Espabila, Nat —me digo, entrando en el baño. No he ido al baño desde esta mañana. Estoy a punto de explotar. Se me ocurre que tendré que comer y beber—bah, qué más da. Seguro que intentan envenenarme. Así tendrán menos que limpiar cuando finalmente muera. Me pregunto cuánto tiempo me mantendrán con vida, cuánto presionarán para sacarme información.

Entro en el baño, sin molestarme en cerrar la puerta, y me bajo la falda para poder orinar. Incluso el baño es lujoso. Lo han renovado: encimeras y bañera de mármol, bañera exenta con patas y ducha de cristal. Toda la pared es un espejo, lo cual da un poco de mal rollo verme sentada en el inodoro haciendo mis cosas, pero puedo ver lo útil que sería tener algo así en mi piso mientras me preparo para ir a trabajar cada día. Intento no mirar mi reflejo, pero noto lo cansada que parezco y lo despeinado que tengo el pelo.

—Te está afectando. No puedes dejar que gane. Mantente fuerte, Natalie. Me doy ánimos mientras me limpio y me subo la falda. Tiro de la cadena, me arreglo la camisa y me giro al lavabo para lavarme las manos justo cuando oigo la llave girar en la cerradura. Ha vuelto. Se me eriza el vello de los brazos.

No sé cómo enfrentarme a este hombre. Matvey Gusev es peligroso, está furioso y es implacable. He visto de lo que es capaz en sus negocios. Es despiadado, cruel, y, dios mío, es muy atractivo. Recuerdo haberlo pensado la primera vez que vi una foto suya. Todos los hombres Gusev lo son, pero Matty destaca. Su mandíbula marcada tiene un hoyuelo, y esos ojos oscuros y tormentosos parecen ver a través de mí. Si no me estuviese reteniendo como rehén, me sentiría atraída por él, o quizá todavía lo estoy. No lo sé ni

yo. Tengo demasiado miedo por mi vida como para dejar que esa parte de mí piense ahora.

—He traído la cena. Su voz sigue siendo severa, autoritaria. Cualquier otro hombre con ese tono habría conseguido tenerme comiendo de su mano. Me gustan los chicos malos, los que toman lo que quieren y nunca piden perdón. Siempre ha sido así, así que no me sorprende sentirme atraída por mi captor. Aun así, sólo he dejado que mi fantasía se limite a libros y películas, nunca he ido más allá. Mi cuerpo es un templo al que he protegido hasta que llegue el hombre adecuado.

—No tengo hambre. Me enjuago las manos y me las seco, pero antes de dar un solo paso fuera del baño, él ya está ahí, mirándome. Sus ojos recorren mi cuerpo con avidez, como si quisiera grabar cada centímetro en su memoria.

—Comerás porque yo lo digo. Matty bloquea mi camino hacia la cama, que es el único lugar de este minúsculo espacio en el que se me permite sentirme segura. Como si pudiera sentirme a salvo aquí.

—Apártate —le digo, plantándome firme. Se ha cambiado de ropa; ahora lleva una camiseta blanca simple y unos vaqueros negros. Sus pies enfundados en calcetines apuntan directamente hacia mí, y lleva los hombros hacia atrás, haciendo que la camiseta se tense sobre su torso musculoso. Me pilla mirándole y da un paso hacia mí. —Muévete —repito, aunque esta vez mi determinación flaquea un poco. Todo esto es una fachada. Por dentro estoy temblando, pero no voy a permitir que vea que estoy débil o asustada. Tengo que mostrarme segura y distante o me devorará vivo. Así es como funcionan estos tipos. Sé demasiado de lo que ha hecho como para creer lo contrario.

—¿De verdad es eso lo que quieres? Su pregunta me resulta extraña. Por supuesto que es lo que quiero. Está en mi camino y quiero tumbarme. Pero también quiero irme a casa y fingir que esto nunca ha ocurrido. Parte de mí incluso quiere dejar la historia del

todo y jugar sobre seguro ingresando en la sección de deportes del periódico, y no volver a pensar en el crimen organizado jamás.

—Sí —respondo con firmeza, pero vuelve a dar un paso más hacia mí. Puedo notar su aliento caliente recorrer mi pecho. Me pone la piel de gallina en los brazos y la nuca. ¿Qué está haciendo?

—Ya me he movido.

Matty usa un solo dedo para apartar de mis ojos unos cabellos oscuros sueltos. Todavía puedo oler su champú en sus manos, o tal vez sea crema. Sea lo que sea, huele varonil, almizclado, terroso. Huele bien. Mis ojos se encuentran con los suyos; ¿está intentando seducirme? Si grito y le aparto, ¿me forzará? ¿O eso solo le excitará más? Giro la cara, negándome a mirarle a los ojos mientras su dedo recorre la línea de mi mejilla hasta el cuello. Traza una línea sobre mi clavícula hasta mi pecho y baja entre mis tetas, luego aparta mi camiseta a un lado.

—Tienes unas tetas preciosas.

Me está excitando, pero ¿cómo? Soy su prisionera, no su pareja. —¿Qué estás haciendo? —Mantengo la cabeza girada mientras su dedo acaricia la curva interior de mi pecho izquierdo. Me recorre un escalofrío por la piel.

—Solo te estoy dando lo que quieres.

—¿Esto es lo que quiero? —Tengo que forzar mi voz para que no se quiebre. Nunca había tenido a un hombre que se me acercase con tanta fuerza, tan seguro de que le deseo. El pulso se me acelera y me siento mareada.

—Sí, Natalie. Lo veo en tus ojos, en la forma en que tu cuerpo responde. Te parezco atractivo, ¿verdad? —Mete un dedo en la cinturilla de mi falda y me arrastra fuera del baño—. Quieres que te haga cosas malas.

—Quiero irme a casa. —Le sujeto la muñeca para apartarla de mi ropa pero por dentro siento un torbellino. En lugar de liberarme de su agarre, fracaso. Él tira con fuerza hacia abajo y mi falda se rasga por la cintura. Doy un respingo e intento apartarme. —Para... —Pero tira de nuevo, abriendo la falda tanto por la costura que empieza a deslizarse sobre mis caderas.

—¿Parar? ¿O más?

Matty baja la falda hasta que cae hecha un ovillo alrededor de mis pies descalzos. Me quedo ahí paralizada, con las manos temblando a los costados. Ahora me acecha, empujándome hacia atrás hasta la cama. Su mirada devora la mía y me muerdo el labio. Si me follara, no sería el peor de los males, pero no debo. No puedo. Es un asesino y un ladrón, alguien en quien no se puede confiar.

—No te acerques... —digo las palabras, pero mi cuerpo responde a la manera en que se aproxima sigilosamente hacia mí.

Matty se quita la camiseta de un solo tirón ágil que me hace estremecer de deseo. Su pecho está cubierto de tatuajes, también la parte superior de los brazos. Es jodidamente sexy, y no puedo apartar la vista de él. Se supone que debo odiarle, temerle y huir, así que ¿por qué me excita tanto esto?

—Eso es... Así me miras, como si estuviera a punto de cumplir tu fantasía más profunda... ¿Tienes alguna fantasía, Natalie? ¿Una que quieras contarme?

—Vete a la mierda —murmuro, sintiendo que el estómago me da un vuelco. Sí la tengo, pero nunca se lo diré. Sería como entregarle las llaves del reino y su reino debe caer. Retrocedo hasta que mis pantorrillas tocan la cama y me quedo atrapada. Echo un vistazo a la puerta—cerrada y probablemente con el pestillo puesto. La comida que ha dejado en la cómoda huele de maravilla, pero ahora cenar no es una opción, no con la falda en el suelo y las bragas empapadas.

—Ves, creo que te lo estás guardando. Creo que quieres suplicarme que te folle. O quizás quieres que simplemente lo coja yo.

Solo imaginarme que tome lo que quiera me pone la piel de gallina. ¿Qué me haría sentir? Ya no tengo ganas de huir—o casi ninguna. Sigo queriendo escapar, volver a mi trabajo, desenmascarar a estos cabrones y acabar con ellos, hacer justicia por mi tío. ¿Pero por qué no disfrutarlo un poco antes?

—Ah, eso es... Justo ahí —señala mi cara—, lo veo.

No ve nada. Intento que mi rostro no delate nada. Joder, sí quiero estar con él, pero no voy a dejar que vea lo que me provoca. Da otro paso más y le escupo en el pecho. —Quédate ahí. —Él baja la mirada, se limpia el escupitajo y me sonríe.

—Mmm, guerrera... Me gusta. —Con la misma mano con la que acaba de limpiarse, me agarra el coño, metiéndome los dedos y tirando de mí. Me fuerza a acercarme mientras explora toda mi humedad con la mano.—Sí... y ese charquito también. ¿Quieres que te folle, Natalie?

Gimo mientras aparta mis bragas a un lado y desliza un dedo dentro de mí. —Para —protesto débilmente. Mis manos, abiertas sobre su pecho, intentan detenerle pero estoy indefensa. Me frota el clítoris por encima de las bragas y luego agarra la cinturilla y las baja de un tirón, rasgándolas también. ¿Y ahora qué demonios me pondré?

—Por favor... —susurro, tanto suplicando que siga como que no me haga daño.

—Oh, vas a disfrutar esto... —Matty me empuja con fuerza sobre la cama y durante una fracción de segundo aparece en su cara un gesto casi animal. Sus ojos prácticamente arden de deseo. Siento cómo me recorre el miedo y me doy la vuelta boca abajo, intentando arrastrarme por la cama para escapar, pero él me agarra del pelo y tira de mi cabeza hacia atrás.—No tan deprisa.

—Por favor… Yo… —Mis palabras salen casi ahogadas.

—¿Qué? ¿Quieres que sea suave? ¿Que me lo tome con calma y te conquiste? Tus ojos me lo están suplicando, Natalie. Una mujer que no hace lo que le dicen necesita aprender la lección. No cenarás hasta que termine de enseñártela.

—No —gorjeo, con el cuello echado tan hacia atrás que apenas puedo respirar. Protesto de nuevo. Si me está dando una lección, es que puedo ser dominada sin apenas resistencia por alguien tan atractivo que estaría dispuesta a perder la virginidad con él. ¿Por qué? Porque me gusta que me dominen. Y me gusta porque esa indefensión me da un subidón, como si caminara hasta el borde de un precipicio, mirara abajo y pensara en saltar.—NO…

Oigo el tintineo de su hebilla de cinturón, luego el silbido del cuero deslizándose por las trabillas. Vuelve a tintinear antes de sentir el calor del golpe en mi culo y el chasquido del cuero contra mi piel.

—¡Ah! —gimo, arañando el edredón apelotonado. Duele y escuece. Intento bajar la barbilla, pero él me sujeta la cabeza hacia atrás.—Para… —protesto, sin saber si esto me gusta. Quiero que me folle, no que me pegue.

—¿Y cómo te enseñaría la lección entonces? —El cuero vuelve a chasquear en mi piel, esta vez por el otro lado. Grito y gimoteo, y aprieto mi coño. Me excita más de lo que creía. Siseo y jadeo cuando me golpea de nuevo, esta vez con la mano.

—Joder… —gruño, moviendo inconscientemente las caderas. Mi coño arde, deseando ser llenado.

—Así me gusta… —Su cumplido me irrita. Quiero que me folle y termine de una vez, para poder morir. La vergüenza de este momento amenaza con destrozar mi excitación. Intento arrastrarme otra vez, pero él tira fuerte de mi pelo y me hace volver. Ahora, su polla dura está ahí, presionando contra mi entrada.

—Mierda… —gimo, mientras desliza la cabeza de su polla arriba y abajo por mi hendidura, esparciendo mis flujos.—Yo… yo… —

¿Servirá de algo decirle que soy virgen? ¿Le importará siquiera? ¿Sabrá que no tengo ni idea de esto? ¿Que va a partirme de arriba abajo? ¿Que jamás he hecho esto?

—Tienes un coñito precioso… y ese culo me pide que lo folle. Quizá la próxima vez —dice, alineándose con mi agujero. Aprieto los dientes, esperando la penetración, pero me sigue provocando.—Estás apretada. Ya lo noto.

—Joder… ¡hazlo ya! —gimo, la única muestra de consentimiento que le doy.—Acaba de una vez… —añado, esperando que crea que le tengo miedo, que me da asco, aunque la realidad es otra. Lo deseo con desesperación y me avergüenza sentirlo.

Matty empuja su polla en mi agujero y siento cómo me estira y quema tanto que sé que me ha desgarrado. Me agarra el pelo con una mano y me azota el culo con la otra mientras me folla con fuerza.

—Ahhh… —gimo, luchando contra el tirón de mi cabello. Es doloroso, excitante y sublime al mismo tiempo. La forma en la que me llena es divina, tocando cada rincón dentro de mí que ansía ser saciado.—Oh, mmmm, joder.

—Te lo dije, lo deseabas —sus gruñidos no tienen nada de suaves ni cariñosos. Embiste con tanta fuerza que pierdo el equilibrio, pero su agarre en mi pelo me mantiene erguida. Me toco el clítoris, imaginando el espectáculo—el captor follando a la cautiva—. El pensamiento me excita más y siento cómo mi cuerpo se prepara para el orgasmo.

—Mierda… joder… —jadeo, masajeando furiosamente mi clítoris. Duele y gimo, pero es placentero. Ningún hombre me ha hecho correrme así, sólo una vez—y fue con la boca en la parte trasera de su coche. Pero esto es una pasada.

Un último azote fuerte en mi culo y me deshago. Su mano se va de mi piel sólo para volver mientras me mete un dedo en el culo. Mis

caderas tiemblan; casi me desplomo. Mi cuerpo se estremece y se sacude, apretándose en torno a su polla.—Ahhh —gimo, incapaz de controlar los sonidos que salen de mi garganta mientras las olas de placer me arrasan.

Él guarda silencio un instante, luego le oigo gruñir desde lo más hondo del pecho, sus manos se clavan en mis costados después de soltarme el pelo. Sus uñas se hunden en mí y tiemblo.—Dios, qué bien te sientes. —Su voz es ronca y me embiste unas cuantas veces más antes de que note el calor inundándome. Supongo que es su corrida brotando de su polla. Nunca he vivido algo así. Mi cuerpo sigue sacudiéndose aun cuando él retira el dedo de mi culo. El estómago se me contrae, mi cuerpo da espasmos y caigo rendida en la cama mientras él se sale de mí, su semen corriendo fuera de mi agujero.

Estoy exhausta, resoplando y dejando que mi cuerpo se funda con el colchón. Ha sido increíble. No quiero abrir los ojos y recordar que soy su prisionera, no su amante. Por este breve instante quiero disfrutar las sensaciones. Le oigo subir la cremallera de los vaqueros y respirar hondo un par de veces. Cuando lo miro, se está poniendo la camiseta, cubriendo los tatuajes que adornan su pecho.

—No me dijiste que eras virgen. —Me mira y la vergüenza se me dispara. Miro la sábana, manchada con mi sangre. Es una señal inequívoca que no puedo ocultar.

—Vete a la mierda.

Su sonrisa burlona me pone de los nervios. Que le dé placer me cabrea.—Ahora come… y cuando termines, me vas a contar lo que sabes de mi familia.

—¿Y si no quiero? —Jamás revelaré lo que de verdad sé. Si cree que voy a hacerlo, se equivoca. Igual soy fácil de llevar a la cama porque es jodidamente atractivo y seguro de sí mismo, pero no soy una pusilánime.

—Entonces tendré que darte otra lección; solo que la próxima vez no seré tan suave. —Matty va a la puerta, la abre y sale. ¿Ha estado siempre sin cerrar? Oigo cómo gira la llave y miro al otro lado de la habitación, donde está la comida—un bol y algo de cubertería en una bandeja junto a un vaso con líquido.

Joder, qué sexo tan increíble, y ya quiero repetir. Pero no pienso acostarme con el diablo y luego contarle mis secretos. Tendrá que esforzarse más, si de verdad quiere doblegarme. Mi alma no está en venta.

4

MATTY

En cuanto la llave gira en la cerradura, ya estoy dando vueltas a todo lo que acaba de suceder. ¿Natalie—¿virgen? Me quedo allí, dándole vueltas por un momento. ¿Tiene veinticinco años y sólo ahora tiene sexo por primera vez? Mujeres así son un mito, ¿no? Las que todavía esperan hasta el matrimonio para acostarse con alguien. Y, Dios, estaba tan jodidamente apretada que pensé que no entraría. Noté el instante exacto en que su piel se rompió dándome paso. Fue intenso, como mi primera vez matando a alguien, mirando a ese hombre a los ojos mientras la sangre se le escapaba del cuerpo. Su sangre manchó mi polla. No es lo mismo, ni de lejos, pero de algún modo es mejor en todos los sentidos.

Bajo las escaleras y me dirijo a mi despacho. Ella sigue siendo un enigma. Aparte de su atractivo y su trabajo, no sé absolutamente nada más de ella. Me siento frente al ordenador y lo enciendo. Un poco de investigación sobre su pasado no nos va a hacer daño y, si encontramos algo que nos ayude, tanto mejor. Solo necesitamos las notas de su investigación de su ordenador, que no está conectado a ninguna red, si no ya lo habríamos hackeado.

Dominic no quiere que esté muerta antes de tener todos sus archivos en nuestro poder. Pero lo que él no entiende es que

necesitamos saber todo lo que ella sabe y a quién se lo ha contado. Si de verdad hizo copias y las mandó a otras personas, como su jefe, entonces habrá que localizar también a todas esas personas.

Dejo que mis dedos hagan el trabajo, abriendo sus perfiles en redes sociales y revisándolos a fondo. Sus ajustes de privacidad están muy restringidos, así que no puedo ver mucho. Me divierten las fotos suyas en Ocean City, con alguien que parece familiar o amigo. Las imágenes son del verano pasado; Natalie está espectacular en bikini, pero eso solo me hace desear verla completamente desnuda.

Tras casi una hora navegando por internet para comprobar con quién y con qué está relacionada, suena mi móvil. Veo la cara de Dominic iluminando la pantalla y lo cojo para responder.

—¿Cómo está nuestra invitada? —pregunta, con ese tono severo de siempre.

—De momento está obedeciendo. —No necesito contarle qué métodos uso para mantenerla obediente. Supongo que mientras me encuentre irresistible, hará lo que le pida. Natalie es especial; una mujer que nunca había tenido sexo pero cuyas fantasías incluyen ser forzada y dominada por mí... Pero es tan lista. Es una combinación extraña que me pone mucho.

—¿Y tienes la información? ¿La has presionado? —Es insistente y entiendo por qué. Si se supone que debe avisar a alguien después de reunirse con su contacto—al que aún estamos intentando localizar—y no lo hace, la buscarán. O avisarán a la policía. Ninguna de esas opciones nos conviene.

—Esta noche. Me aseguraré de conseguirlo esta noche. —Me recuesto en la silla y observo la foto de perfil de Natalie en su cuenta de Facebook. No me gusta admitir lo excitado que me pone considerando que tarde o temprano tiene que desaparecer. Es una amenaza para nuestra familia. Tampoco le contaré jamás a mis hermanos cómo reacciona conmigo—como si hubiese esperado toda su vida para ser dominada por alguien, y ese alguien fuese yo. Solo

me dirían que es una táctica para manipularme, que está usando sus artimañas para controlarme y hacerme creer que voy por delante de ella cuando, en realidad, es ella la que me saca ventaja. Sé que no es así. Pero ellos no lo pensarán nunca.

—Entonces, esta noche... —Hace una pausa y luego continúa—. Tenemos que asegurarnos de que no haya contado nada a nadie—ni a su editor ni a su jefe.

—El editor es un pringado. Ya he investigado sobre él. Solo le ha dado historias de relleno. Jamás confiaría en él para algo como esto. Aunque todavía no he mirado a Sheffield, su jefe. Por lo que sé de cómo funciona ese periódico, es él quien reparte las asignaciones, así que si de verdad está siguiendo este tema, él lo sabe. —Me encargaré del jefe.

—Bien, bien... —Dominic suspira y aclara la garganta—. Esta noche entonces. No podemos permitir que esto se filtre.

—Entendido.

—No me falles, Matty.

—No lo haré. —Ni siquiera se despide; simplemente cuelga. Este trabajo no puede salir mal. También tengo faena por delante: encontrar al jefe, asegurarme de que no sabe nada y, entonces, acabar con él.

Las siguientes búsquedas dan frutos al instante. Carl Sheffield vive en Scarsdale y va a trabajar cada día. Está a apenas veinte minutos al norte de donde estoy ahora. Probablemente esté en su casa familiar, tomando vino y charlando con su hermosa esposa y sus hijos. No tiene ni idea de que dejar que Natalie siga adelante con esa ridícula historia va a costarle la vida. Por poco siento lástima por él, pero en este negocio las normas son claras. Cuando te enteras de información interna sobre la Bratva, solo tienes dos opciones: unirte a nosotros o morir.

En este caso, no necesitamos a un jefe intermedio de un periódico.

Me pongo en pie y pulso el botón de llamada. Flynn, uno de mis hombres, está de guardia esta noche. Me gusta tener siempre a un par de tíos dispuestos a ayudarme y hoy no es una excepción. Camino hacia mi armario, saco una sudadera oscura y me la enfundo. La gente espera que vista trajes y pantalones, pero cuando salgo de caza, es mejor ir de incógnito. Además, si me mancho la ropa buena de sangre, luego es muy difícil quitarla.

—¿Me has llamado? —dice Flynn desde la puerta. Parece sin aliento, como si hubiera corrido para llegar. Me gusta esa actitud.

Me giro y le hago un gesto con la cabeza. —Sí, necesito que vigiles a nuestra invitada. Está en la habitación al fondo del pasillo, junto a la mía. Debería terminar de cenar en breve. Hazle compañía con delicadeza hasta que vuelva. No le pongas una mano encima salvo que intente escapar, pero no la hagas daño ni la mates. ¿Entendido?

—Sí, señor. ¿Algo más en lo que pueda ayudar?

Meto la mano en el bolsillo y saco la llave de la habitación de Natalie, dejándola en la palma abierta de Flynn mientras paso junto a él. —Sí, dile a Peter que saque el coche.

Entro en el vestíbulo y me dirijo hacia la puerta principal. Paso por delante del armario del pasillo donde guardo los zapatos y me siento en un banco para ponerme unas zapatillas. Están viejas, las he usado en más de una ocasión como esta, y sé que las suelas están tan desgastadas que no serían reconocibles. Es la única razón por la que las conservo.

En menos de cinco minutos mi coche está aparcado delante de casa y yo ya estoy subiéndome. Sheffield no me espera, lo que hace que todo esto sea aún más dulce al pensarlo. No es como si fuera la primera vez que nos topamos con ese hombre, ni con el periódico. El año pasado, unos cuantos reporteros intentaron hacer un reportaje de investigación sobre nosotros y tuvimos que silenciarlos. Solo que entonces no sabían absolutamente nada, así que fue sencillo enviarlos a otra ciudad con promesas de fama y fortuna. Nunca

supieron que las ofertas venían de nosotros. Pero Sheffield sí lo sabía, y le amenazamos para que guardara silencio. Hasta ahora ha funcionado, así que me pregunto por qué se volvería contra nosotros ahora. ¿Tiene instinto suicida?

Voy planeando cuidadosamente lo que voy a decir mientras conduzco. Y durante veinte minutos lo único en lo que pienso es en proteger a mi familia. Y en Natalie: la curva de su trasero bajo mi mano al golpearlo con fuerza. La próxima vez será más dócil, menos rígida. Y todo porque ahora sé que le gusta, y ahora sé qué es lo que quiere. No es de extrañar que nunca se haya entregado a un hombre antes. Es toda una diabla que quiere que la aten y la azoten. Solo pensar en ello hace que mi polla palpite.

Aparco frente a la casa de Sheffield y apago el motor. Por suerte para mí, la puerta principal está sin cerrar. Es un barrio tan seguro, aunque no sea una urbanización cerrada. Seguro que aquí no ven delitos, que la gente va a lo suyo y todos se sienten protegidos en sus casas. Hasta que aparece un tipo como yo, con chaqueta oscura y la capucha puesta, y entra en su casa una noche de cine familiar para encañonarles.

—Hola, Carl. —Cargo una bala y entro paseando a la estancia—. Carl y su mujer dan un salto del sofá, apretando a sus dos hijos contra el pecho—. Te sugiero que envíes a tu mujer al sótano.

Carl mira hacia la mesita donde está su móvil. Yo me fijo también, lo cojo y le doy la vuelta entre los dedos. Ahora sirve tanto como un ladrillo. Lo dejo caer y lo aplasto bajo mi pie, luego señalo con la punta del arma y asiento con la cabeza.

—Al sótano... —repito y Carl parece muerto de miedo.

—¿Quién eres tú? ¿Qué es todo esto? —Los conduce como ovejas a una puerta bajo la escalera que sube al piso de arriba. Al abrirla, veo que allí bajan las escaleras al sótano.

—Solo he venido a hablar, Carl. —Agito el arma otra vez y la señora Sheffield, aterrorizada, empuja a sus hijos escaleras abajo, bajando tras ellos con el rostro desencajado de terror. Sheffield cierra la puerta tras ellos y le digo—: Échale el pestillo.

—No hay pestillo. —Retrocede, con las manos en alto, así que avanzo unos pasos hasta el comedor y cojo una silla de debajo de la mesa. La madera blanca está impecable, parece que nunca se ha manchado con una huella. Se la tiendo, y él la usa para trabar la puerta.

—Allí —le indico, señalando de nuevo hacia el salón donde aún sigue la película. Aquí está oscuro, con las luces bajas para disfrutar del filme, y estoy seguro de que la esposa y los niños no han visto mi cara, pero Sheffield sí, porque no puedo permitir que siga amenazando a mi familia. Tiene que saber que ha traspasado una línea. Siéntate.

Sheffield se deja caer obediente en el sofá y me mira aterrorizado.— ¿Por qué haces esto?

Me quito la capucha con cuidado y le muestro el rostro. Se le dilatan los ojos, y veo su nuez moverse al tragar saliva. Está aterrado.— ¿Qué quieres?

—Verás, Carl, pensaba que habíamos llegado a un acuerdo hace unos años. Mandamos a esos buenos chicos a Los Ángeles a hacer sus reportajes y cerramos un trato contigo. Mantienes a tus reporteros lejos de nuestros asuntos y no te pasa nada. Pero ahora tienes a Natalie Yates husmeando alrededor de mi familia.

—Puedo explicarlo, ¿vale—?

—Oh, de verdad que me encantaría que lo hicieses. —Espero un segundo, pero permanece callado—. Mira, según lo veo, tú tenías que asegurarte de que nadie volviera a perseguir una historia así. Pero no solo ha estado espiando nuestra familia durante años, sino que ahora la dejas seguir adelante con la historia. Por si no te

enteraste, hemos puesto una escucha en su teléfono. Nunca llegó a encontrarse con esa fuente. —Meto la mano en el bolsillo y saco el silenciador de la Glock, enroscándolo en el cañón.

—¿Qué fuente? Yo no sabía nada de una fuente. —Sheffield se orina encima. Me río. Siempre se orinan encima.

—Vaya, pues igual no sabías tanto como pensaba. —Aunque eso no cambia lo que tengo que hacer esta noche.

—Por favor, déjame explicarlo. No ha dicho nada, solo que quiere publicar una historia sobre ti. No sé nada—

—Deja de hablar, Carl. —Levanto el arma y se la apunto, usando la punta del cañón para obligarle a levantar la cabeza—. Da igual que sepas o no de su historia o de sus archivos. Le has dado permiso para seguir, lo que significa que en unos días, algunos de tus editores se enterarán. Eso es suficiente amenaza para romper nuestro acuerdo. Entiéndelo, esto solo es un asunto de negocios. ¿Comprendes?

—No, por favor. Yo—

—Lo siento, Carl.

—Te doy la contraseña —suelta de repente, y por un instante me planteo ser compasivo.

—¿Qué contraseña? —Le observo mientras busca las palabras. Le caen gotas de sudor por la frente cuando saca un bolígrafo del bolsillo y usa una carta que hay en la mesita para escribir algo.

—Es mi usuario del sistema. Sirve también para mi ordenador. Verás que no ha compartido nada conmigo ni con nadie del periódico. Al menos no a través de nuestro sistema interno. —Me tiende el sobre rasgado con la mano temblorosa. Lo agarro y lo meto en el bolsillo. Oigo a la esposa en el sótano consolando a los niños que lloran.

—Es una pena que tus hijos ya no vayan a tener padre. —Le apunto a la cabeza y niego con la mía.

—Por favor, no lo entiendes. Mis hijos me necesitan.

—Vaya, lo siento de veras. Debiste pensarlo antes de traicionarnos.

Sin el más mínimo remordimiento ni vacilación, aprieto el gatillo y la sangre salpica la pared tras él. El cuerpo sin vida de Carl se ladea y su cabeza golpea el suelo con un sonido hueco y desagradable. Me quedo un instante observando cómo se extiende la sangre alrededor de su cuerpo rechoncho, y luego me marcho. La música de la escena final de la película de animación que veían resuena de forma inquietante a medida que cierro la puerta y camino hacia mi coche.

No solo el jefe ha dejado de ser una amenaza, sino que ahora tengo una manera de acceder a sus archivos y comprobar si decía la verdad. Un hombre tan cerca de la muerte siempre dice la verdad. Suele ser su única baza para evitar que le maten. A Dominic le gustará esto.

5

NATALIE

Anoche comí la comida. Estaba buena. Luego me quedé esperando a que Matty volviera, tal como había dicho, para interrogarme sobre mis conocimientos acerca de su familia. En su lugar, vino un hombre con un rubio antinatural a recoger mi bandeja. Era silencioso e imperturbable, nada que ver con Matty. Mejor así. No tengo intención de darle ninguna información. Antes tendrá que matarme. Cuando lo haga y mi cadáver aparezca, Sheffield entregará mi ordenador a las autoridades, que lo examinarán en busca de las pruebas necesarias para encerrar a esta familia.

Hasta entonces, solo me queda esperar. No tengo miedo a morir, aunque preferiría que no ocurriera. También se me ha pasado por la cabeza que todavía puedo escapar. Cuanto más tranquila me mantenga, mejor podré pensar. Si aprendí algo de la muerte del tío Hal, es que esta gente no tiene remordimientos, ni corazón. Cogen lo que quieren y matan a quien se les ponga por delante. Mientras parezca que no me estoy interponiendo en su camino, que no soy una amenaza, alargo mi vida.

¿Es por eso por lo que me lo tiré? ¿O es que en realidad me pone tanto lo agresivo que es?

Me incorporo y me obligo a salir de la cama, dejando atrás su calor, y cojeo hasta el baño. No me había dado cuenta de cuánto me había afectado ese polvo. Tengo la zona lumbar y la pelvis sensibles de lo fuerte que me ha follado; siento que tengo los órganos magullados. Y cuando me siento en el váter para vaciar la vejiga, el ardor en mi coño es atroz. Hago un Kegel tan fuerte que creo que me va a reventar un vaso del ojo de la fuerza, pero consigo frenar el chorro.

Escuece y duele. Tengo el coño desgarrado de lo brusco y grande que era. Me seco con papel higiénico, después me abro y examino la fisura. Probablemente no sea raro que una mujer sufra un desgarro así la primera vez, pero joder, cómo duele. Y, madre mía, tengo que mear. Gimoteo mientras tapo la herida con un dedo y dejo que la orina salga de mi cuerpo. Se me saltan las lágrimas, y no mejora por mucho que orine.

Cuando termino, voy directa a la ducha y abro el grifo, entrando para lavarme. No soy tan tonta como para usar jabón ahí. Nadie lo es. El dolor ya es suficientemente intenso solo con agua. Matvey Gusev probablemente podría llevarse el récord mundial al pene más grande, o tal vez sea solo mi percepción porque era virgen, y él tan jodidamente exigente.

Me lavo de arriba abajo, mi cuerpo adaptándose poco a poco a las molestias y dolores. Al enjabonarme el trasero y rozar la raja con el dedo, me acuerdo de su dedo allí. ¡Vaya! Fue increíble. ¿Por qué ha conseguido meterse en mi cabeza así? ¿Cómo consigue excitarme tanto? Niego con la cabeza y aclaro mi cuerpo, dándome cuenta de que no tengo nada limpio que ponerme. Después de que me destrozara la falda y la braguita, y me dejara hecha un ovillo de placer, también me quité la camisa y el sujetador. No tiene sentido llevar solo la parte de arriba si no tengo nada abajo. Así que mi armario se ha reducido a sábanas y toallas.

Cierro el agua y me seco, volviendo al dormitorio con el pelo chorreando, y oigo un clic en la puerta. Alguien está abriéndola con la llave. Me suena el estómago. Espero que traigan comida; me

muero de hambre. Me quedo titubeando al pie de la cama, la toalla envuelta y sujeta al torso. Matty pensará que lo he hecho solo para que me mire, pero como si fuera a ponerme la falda de nuevo. Ni tengo costurero ni soy modista.

La puerta se empuja y Matty entra, otra vez con una bandeja de comida. Tostadas y lo que parece café. Se me hace la boca agua. Delato mi debilidad lamiéndome los labios, pero no puedo evitarlo. Al final, todos necesitamos comer, ¿no?

—Buenos días —dice mientras deja la bandeja. Gira la cabeza, asintiendo hacia la puerta, y quien esté allí la cierra tras él. No oigo que la cierre con llave, pero tampoco oigo que esa persona se aleje, lo que significa que me están vigilando. Eso explica que anoche tampoco la cerrara.

No digo nada, observando cómo coloca la bandeja en la esquina de la cómoda. Es un gesto muy considerado el alimentarme, cuando sé que al final me matará igual que alguien de su familia acribilló a mi tío. Hal solo estaba haciendo unos recados para mis padres y nunca volvió. Nunca olvidaré el shock de perderle así. Tengo que recordármelo mientras Matty se gira y se pasa una mano por sus ondas oscuras, porque ver cómo sus ojos me devoran me hace recordar otra cosa. Algo que tengo que sacar de mi mente antes de terminar otra vez hecha un desastre entre las piernas.

—Parece que alguien ha dormido bien.

—¿Qué quieres? —trago saliva, aferrándome con una mano al pie de la cama. Solo entonces veo que no solo hay una bandeja de comida. En el sillón junto a la puerta hay un palo largo y una cuerda. No tengo ni idea de para qué demonios piensa usarlas, pero me da algo de miedo.

—Pensé que podríamos charlar mientras desayunamos. —Señala las tostadas y el café. A mí me gusta con leche y azúcar, aunque no veo nada de eso. Está solo, seguramente amargo, como mi alma. No quiero tocarlo para nada.

—No tengo nada que decirte. —Me pongo tensa, reafirmando mi determinación de mantener la boca cerrada. No pienso darle el gusto. Hal debe ser vengado y su familia debe responder por ello.

—Creo que no entiendes lo que estoy diciendo, Natalie. —Matty avanza hacia mí, con las manos tranquilamente a los lados. Toca los mechones de cabello oscuro que gotean sobre mi pecho y los enrolla tras mi oreja—. No tienes opción. Vas a contarme todo lo que sabes sobre nosotros o te darán tu segunda lección.

—No tengo nada que decirte —repito, sabiendo que lleva toda la intención de cumplir lo que dice. Especialmente cuando traza una línea con el dedo por mi pecho hasta la toalla y la deshace, dejándola caer al suelo. Tiro de frío, el aire hace que se me endurezcan los pezones.

—¿Ah, así que quieres aprender por las malas que no voy a dejar que me ignores?

Me encojo de hombros. Sus "lecciones" no son el problema; es mi miedo a morir. Puede follarme todo el día y yo no abriré la boca. No sabe nada de mí. Si me apunta con una pistola a la cabeza, chillaré como un cerdo, pero ¿esto? Esto solo me anima a rebelarme contra él porque su polla dentro de mi coño es pura electricidad. Quiero sentir cómo su grosor me estira mientras sus ojos devoran mi cuerpo.

—Haz lo peor que puedas. El comentario me sale del alma justo cuando mi vagina empieza a palpitar. No hay forma humana de que esto vaya a ser placentero, no con lo desgarrada que estoy, pero prefiero esto a soltar lo que sé y recibir un tiro. Cuanto más me necesiten viva, mejor. Significa más tiempo para que alguien denuncie mi desaparición y las autoridades me busquen.

—¿Entonces quieres que te enseñe? ¿Quieres aprender de mí? Matty se da la vuelta, sorprendiéndome. Pensaba que simplemente me forzaría sobre la cama, me inmovilizaría y volvería a follarme. Pero

camina hasta la silla donde están la cuerda y el palo y coge la cuerda. ¿Atarme? ¿Eso es lo que pretende? Nunca me han atado.

—¿Qué vas a hacer con eso? El pecho se me encoge cuando vuelve hacia mí. Me va a atar. ¿Por qué me resulta esto tan excitante, tan electrizante? ¿Y por qué hace que le desee aún más? ¿Es esto el síndrome de Estocolmo? Joder, podría correrme solo de estar aquí con la manera en la que me mira.

—Voy a mostrarte lo importante que es obedecer mis deseos.

Mientras avanza hacia mí, retrocedo. No estoy segura de si me va a gustar esto. El sexo es solo dos personas desnudas sobre una cama, no estas movidas raras. A él le va algo de bondage, o yo qué sé y no es lo mío. Retrocedo hasta el baño e intento cerrarlo, sollozando mientras él avanza, pero coloca su bota en la puerta, impidiendo que encaje. Me dobla en fuerza y peso y no le cuesta nada empujar la puerta y agarrarme de la muñeca.

—Por favor, Matty, no —gimoteo—. Fóllame, haré lo que quieras. Pero esto no. Ni siquiera sé qué "esto" significa, pero por el bulto en sus pantalones se nota que es algo sexual. Así que quizá sí lo quiero, pero ¿cómo lo sabré si no me dice lo que va a hacer?

—El alumno no decide qué lección aprende. Eso lo hace el profesor. Con una mano me lleva de nuevo al dormitorio, con la otra hunde un par de dedos en mi entrepierna, rozando mi zona dolorida antes de llevarlos a los labios y chuparlos. —Y tú, mi querida alumna, estás más que lista para esta lección.

Odio que mi cuerpo desee esto. Odio que me excite de esta manera. Odio que pueda inclinarme y dejar que me haga lo que quiera porque todo dentro de mí grita que él es el enemigo. Que debería huir y llamar a la policía.

Rápidamente me ata las muñecas con la cuerda, inmovilizándome mientras sonríe. Grito al sentir cómo se me clava en la piel y se aprieta tanto que no puedo mover los brazos. Luego la eleva y la

pasa por encima de la puerta del baño, la ata al pomo y cierra del todo. No hay manera de soltarme. Mi cuerpo cuelga ahí, el culo hacia él, los pies apenas tocando la moqueta de Berber. Mis hombros me arden bajo mi propio peso pero estoy expuesta, vulnerable, indefensa. Una víctima perfecta para sus manos dominantes.

—Para, por favor… Mis muñecas forcejean contra la cuerda y mis hombros se doblan en un ángulo imposible. Es aterrador y excitante al mismo tiempo. Quiero saber qué hará después, pero me da miedo averiguarlo.

—Ten paciencia y te enseñaré todo lo que necesitas saber para complacerme. Sus manos resbalan por mis costados, agarran mis caderas. Siento su aliento en mi hombro y me muerde fuerte. Juro que me llega a hacer sangre. Debo de parecer una res bien colgada, lista para despellejar. Sus uñas arañan todo mi cuerpo y luego descansan en mi culo, separando mis nalgas.

—¿Qué...? —jadeo cuando su lengua se hunde entre mis piernas. Gimo y suspiro, sintiendo su barba irritar el interior de mis muslos. Me lame de maravilla, bebiendo mi humedad. Su lengua calma el escozor de mi piel desgarrada y sé que me correré en cualquier momento si no para, pero lo hace. Se aparta y me deja colgando, quejándome.

—Por favor... Matty... Suéltame. Quiero añadir "y haz que me corra", pero no lo digo.

—No. Me agarra el culo con fuerza y me levanta un poco más de las caderas. Me duele y los pies se me quedan colgando en el aire.

No puedo creer lo que está pasando. Estoy desnuda y atada en su casa. Va a violarme o a matarme—no tengo claro qué será. Solo puedo esperar e intentar convencerle de que me deje ir. Trato de protestar. —No puedes retenerme aquí. La gente va a buscarme.

—Puedo hacer lo que me dé la gana. Me tira del pelo, apartando mi cuello. Grito, cierro los ojos apretados y espero una mordida. No lo

hace. En vez de eso, sus labios están sobre mi piel, besándome y succionando. Me está marcando como suya y noto cómo mi cuerpo responde. Tengo miedo, pero deseo que me toque más.

Le oigo desabrocharse el cinturón, luego el roce de la ropa. Se está desnudando y eso hace que me arda el coño. La forma en que me ha atado, como si lo hubiese hecho un millón de veces, me aterra y me excita a la vez. Pero ese palo. ¿Qué va a hacer con él? Intento mirarle, pero cuando mi cuerpo gira, me agarra y me obliga a volver a pegar la cara contra la puerta.

—Quietecita —ladra.

Odio esto. Odio que me haga esto. Es peligroso y está loco. No sé qué va a hacerme, pero no pienso fingir que lo disfruto. No voy a ser su juguete, su muñeca. ¿O sí lo soy? ¿Por qué deseo tanto esto?

—Por favor. —Le suplico, intentando que no me tiemble la voz.—Por favor, solo déjame ir.

Él alarga la mano rodeando mi cabeza y pasa los dedos por mi pelo. Siento cómo una lágrima resbala por mi mejilla. Escuece cuando cae hasta el cuello. Acerca su mano a mi boca y presiona mis labios contra su palma. —Chupa mi dedo —me ordena.

—No. —Niego con la cabeza y trato de apartar la mirada.

—Chupa mi dedo. —Me tira de la cabeza hacia atrás, agarrándome del pelo. Gimoteo y abro la boca. Mis labios se cierran sobre su dedo y chupo, saboreando el sudor salado de su piel. Al lamerle, siento cómo su polla palpita contra mi cadera. Con las manos atadas por encima de la cabeza, colgando de esta maldita puerta, hay poco más que pueda hacer salvo someterme a él.

Lo chupo con fuerza, pasando mis dientes por su nudillo y noto el escozor repentino de algo impactando en mi culo. Chillo y él me mete el dedo más adentro en la boca, casi hasta la garganta, y gruñe: —Chúpalo.

Gimoteo y chupo más fuerte, esta vez escucho el zumbido del palo cortando el aire antes de golpearme otra vez. —Joder. —Me quejo con su dedo en la boca. Es solo un palo, pero, Dios, nunca he sentido algo igual. Me estoy quemando. Sé que ahora va a follarme. Sé que va a meter esa polla enorme y va a destrozarme. Estoy aterrada y lo deseo a la vez.

El palo silba en el aire y vuelve a golpearme; vuelvo a aullar, esta vez a pleno pulmón, cuando él saca el dedo de mi boca. —¡Joder!—

—¿Te gusta eso, Natalie? ¿Te gusta ser mi perrita? ¿Estás aprendiendo la lección ya? ¿O quieres que te convierta en mi juguete y te lo haga de verdad?— El aliento caliente de Matty en mi cuello me estremece de arriba a abajo. Me duele, el culo me arde y escuece, pero el coño me late con fuerza.

No digo nada, y su mano se aferra a mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás. —Dilo, Natalie. Dime que has aprendido la lección.—

Le miro de reojo y siento cómo su mano aprieta mi pecho con tanta fuerza que duele, para luego deslizarla por mi vientre hasta mi sexo. Me mete los dedos a la fuerza y luego me los lleva a los labios, dejándome saborearme. Me resisto, intento girar la cabeza, pero él me mete dos dedos en la boca y me ordena: —Chúpalos.—

Le fulmino con la mirada y le dejo meterme los dedos en la boca, chupando esa humedad entre salada y dulce mientras me azota una y otra vez, arrancándome un gemido de dolor cada vez. —¿Ya has aprendido? ¿Quieres más?—

Por dentro me muero por más, pero no pienso decírselo. Ahora mismo quiero su polla dentro de mí. —Que te jodan,— escupo, mordiendo su dedo, y esta vez su mano baja violentamente sobre la parte trasera de mis muslos, haciendo que casi me desplome. Me quedo colgando, gimiendo y recuperando el aire mientras él aprieta su cuerpo contra el mío, inmovilizándome contra la puerta.

—Esto lo has pedido tú. Por personas como tú existen hombres como yo. Por eso tengo que hacerte daño, porque lo necesitas.— De repente la mano de Matty se cierra en mi garganta, empujándome contra la puerta, y su boca muerde la piel de mi cuello. Grito de dolor y placer cuando me agarra de las caderas y empuja su polla entre mis nalgas. —O aprendes a obedecerme, o acabarás en una caja de madera. ¿Lo sabes, verdad?—

Lo sé. Voy a acabar en una caja de madera igualmente. Apoyo la frente en la puerta y gimo cuando él se desliza dentro de mí, follándome por detrás. Sus dientes se hunden en mi piel y siento cómo la rompen. Gimo, sollozando, mientras me llena y me folla.

—Dilo,— gruñe en mi oído. —Dime que lo entiendes.—

—Lo entiendo,— jadeo, y luego gimo una y otra vez. Me falta el aire, colgando de las ataduras y gimiendo de deseo.

—Buena chica,— gruñe él. Sus dientes siguen en mi piel, pero el dolor pronto se convierte en placer. Me folla profundamente, cada embestida me hace estremecer de arriba abajo. Me vuelve a morder, esta vez más abajo, y gimo aún más alto, notando cómo mi coño se aprieta alrededor de él. Me rodea y sus dedos encuentran mi clítoris, que empieza a frotar rápidamente.

Siento el orgasmo formándose. Noto la presión en mi vientre aumentando, a punto de estallar. Matty me folla más fuerte, sus dedos vuelan sobre mi clítoris, y siento cómo me desbordo. Grito, mi sexo arde, mi cuerpo exhausto. Me corro y apenas mantengo los pies en el suelo.

Matty muerde mi cuello una vez más, y entonces siento cómo su polla se hincha y palpita mientras se corre dentro de mí. Se aparta y mis rodillas flaquean. Vuelvo a quedarme colgando, agotada y sin aliento. Jadeo, mi sexo palpita, mi cuerpo empapado en sudor. Estoy rendida. Sin previo aviso, sube y corta la cuerda y caigo al suelo. Sigo con las muñecas atadas, pero los hombros me dan un respiro

instantáneo, y el subidón me invade tanto que ya ni siento la herida en mi coño.

Él va hacia sus pantalones y se los pone como si no hubiera pasado nada, y yo solo puedo acurrucarme hecha un ovillo y mirarle mientras se viste. Mi cuerpo está húmedo, el pelo aún mojado y frío de la ducha. Lo que me hace sentir es pecado, y lo odio y lo adoro al mismo tiempo.

—Matamos a tu jefe, así que no creas que va a venir a rescatarte. ¿De verdad quieres que te rescaten?— Mientras pregunta, abrocha los puños de la camisa.

—¿Matasteis a Sheffield?— pregunto, sin incorporarme. No me cabe duda de que lo hizo. Es chocante, aun así, saber que está muerto.

—Sí, y cuando acabemos contigo, te mataremos a ti también. Así que casi mejor que te encante ser mi juguete sexual. Eso te mantiene con vida un poco más.— Me guiña un ojo pero ni asoma una sonrisa. Su ceño está permanentemente grabado en la cara.

—No soy tu maldito juguete, y no pienso decirte nada.— Me obligo a incorporarme y siento un dolor punzante bajando por los brazos. Los hombros casi desencajados por haber estado así de colgada. El sexo me late, todavía con el hormigueo de antes. ¿Cómo es posible que algo duela y excite tanto a la vez?

—Siento mucho que lo veas así.— Se mete la camisa por dentro y abrocha los pantalones; yo le clavo la mirada.

—Te odio.— ¿De verdad le odio? ¿Por qué me gusta follar con él? ¿Y por qué los latigazos me han hecho correrme así?

Matty se arrodilla delante de mí y aparta unos mechones de mi cara antes de soltarme. —Seguro que sí. Ahora vamos a entrar en ese periódico y a por tu portátil, y vas a poner la contraseña como una buena chica o tendré que enseñarte otra lección.— Me acaricia la mejilla suavemente, como si fuera su mayor tesoro, y yo aprieto los dientes y miro a otro lado. El sexo debería ser entre dos personas

que se quieren, no esta exhibición animal de lujuria. Me siento avergonzada. He ido en contra de todo lo que me enseñaron mis padres y me ha encantado.

—Volveré, Natalie, y quizás la próxima vez tengas público para el espectáculo que montas. ¿Te han follado alguna vez por el culo? Porque me da que esa será la lección número tres.—

Matty se pone en pie y se aleja, y un escalofrío me recorre al pensar en su polla enorme dentro de mi culo. Si cree que robar mi portátil le va a resultar fácil, se equivoca. Ese edificio tiene más niveles de seguridad que un fuerte; no va a poder entrar. Y tampoco tendrá mi contraseña. Tendría que rajarme el cuello y prometer salvarme para que se la diera. Con lo que acaba de hacerme y lo que le hizo a Sheffield, se merece caer.

—Por culpa de mi tío...— Bajo la mirada, avergonzada por haber respondido siquiera a la pregunta que me hizo ayer.

—¿Qué?— Se detiene en la puerta y me mira por encima del hombro.

—Empecé a perseguir a tu familia porque alguien de la Bratva asesinó a mi tío.— Tomo aire —Solo para que sepas que Sheffield no tuvo nada que ver y era completamente inocente. No teníais por qué matarle.—

Matty me mira con una mueca cínica y niega con la cabeza, luego sale y cierra la puerta con llave tras él. Ojalá se ahogue en la culpa. Con mi suerte, volverá con ganas de más porque asesinar a inocentes le da energía.

Dios, ¿en qué lío me he metido?

6

MATTY

Cierro la puerta tras de mí, dejando a Natalie para que le dé vueltas a lo que le he dicho. Si sabe que hemos sacado de en medio a Sheffield, quizá se muestre algo más cooperativa. Todo lo que necesito de ella es el portátil y una prueba de que la única copia de su investigación está en ese disco duro. Ya he mandado la información que me dio Sheffield a nuestro experto en tecnología, Lenny. Él está trabajando en rastrear toda la red y en hackear el ordenador de Sheffield. Eso despejará bastantes dudas.

Aun así, mientras me alejo por el pasillo de la puerta de Natalie, no puedo evitar preguntarme por qué me ha contado la razón por la que nos está investigando. Asesinaron a su tío, y piensa que fue alguien de nuestra familia. Eso me genera cierta compasión hacia ella. Al fin y al cabo, no soy un monstruo. A mi propia madre la agredieron cuando yo era solo un niño, y después de aquello su salud mental se deterioró hasta tal punto que acabó quitándose la vida.

Bajo las escaleras, pensando en recoger mi portátil, y pienso en mamá. Ni siquiera era un adolescente entonces, apenas un crío de primaria. No recuerdo gran cosa de los detalles, solo esa sensación brutal de vacío y soledad cuando la echaba de menos después del

funeral. Todos sufrimos por aquel entonces, pero Dominic se culpó a sí mismo, por no haber podido detener al asesino de mamá. Yo solo sé que aquello dejó una grieta en mi armadura, una debilidad que, si mi padre descubriera, arrancaría de mí sin contemplaciones. Él tiene sus métodos: lavado de cerebro, palizas, ese tipo de cosas.

No soy un hombre débil, pero me sorprendo identificándome con Natalie. Si realmente busca venganza, entiendo que eso la motive a hacer verdaderas locuras, como husmear en la Bratva y acabar muerta. Y tiene sentido que nunca encontraran al asesino de su tío si fue cosa de la mafia. Tenemos a demasiados hombres en la policía como para negar que hubo encubrimiento.

Recojo mi portátil, lo llevo al salón y me siento. No estoy seguro de por dónde empezar la búsqueda de información, porque no sé el nombre de su tío, pero busco el nombre Yates relacionado con asesinatos recientes. Tengo que retroceder un poco, pero encuentro lo que busco. Hal Yates recibió un disparo en un tiroteo desde un coche hace cinco meses y medio. Pincho en el enlace de la noticia y leo el artículo publicado por el Times. Es el mismo tiroteo en el que cayeron varios de los nuestros también, los italianos buscaban venganza después de que Leo matara a uno de sus subjefes.

—Joder… —suelto en voz baja. Natalie está tras un asesino, seguro. El que apretó el gatillo era italiano, no de la Bratva, pero nunca voy a convencerla, no con la obsesión que tiene con meter las narices en los asuntos de nuestra familia. Ya he leído algunos de sus artículos anteriores en otros periódicos. Va a por sangre, sin duda.

Cierro el portátil, ya al tanto de todo, y lo dejo en la mesa de centro. No hay nada en ese artículo que indique que el tiroteo estuviese relacionado con la Bratva ni con los italianos, lo que significa que ella reconoce las caras de hombres de nuestra organización. Y eso quiere decir que sabe lo suficiente para ser, como mínimo, peligrosa. Tras perder a tantos buenos hombres por culpa del topo la pasada primavera, cuando Dominic y Sven lo destaparon, no podemos permitirnos perder ni a uno más por culpa de tontas noticias. Y no

creo que el detective Akers ni el sargento Monroe puedan encubrir esto por su cuenta. No con los polis corruptos que ahora trabajan para los italianos.

¿No sería estupendo? Que los italianos hayan trabajado con Natalie hasta ahora para conseguir información.

Me paro a pensarlo un momento. Natalie dijo que tenía una fuente con la que debía reunirse el día que la cogimos en la calle. Ahora sé que mis hombres son leales—ya vaciamos la despensa cuando sacamos al topo—. Así que, ¿quién informaría sobre nosotros? Solo tiene sentido que sea alguien que conoce nuestros negocios porque es enemigo nuestro, así que nuestro problema podría ir mucho más allá de Natalie.

Echo la cabeza hacia atrás y suspiro. Dominic le ha dado muchas vueltas a esto, pero quizá no las suficientes. Me alegra saber que pronto estará aquí con Sven para decidir los próximos pasos. Si Natalie ha colaborado de alguna manera con los italianos—sea consciente o no—entonces hay que asumir que, cuando le cortes la cabeza a la serpiente, otra vuelve a salir. Es posible que incluso nuestro topo—Nicolas Popov—colaborase también con los italianos, que Natalie sea la segunda cabeza del mismo monstruo.

Suena el timbre y me levanto para abrir. Flynn está ocupado ahora, sentado frente a la puerta de Natalie para vigilarla. Tengo a mis otros hombres haciendo recados, así que esta charla familiar será realmente privada. Abro la puerta y me hago a un lado para dejar entrar a mis hermanos. Dominic va delante de Sven, ambos vestidos de oscuro con semblantes serios.

—¿Dónde está? —pregunta Dom, avanzando a grandes zancadas hacia mi despacho.

Las botas de Sven chirrían sobre el mármol mientras caminan. Cierro con llave y los sigo. Mis calcetines absorben un poco de agua que han dejado las suelas de sus botas en el suelo. Fuera llueve, acorde con el ambiente sombrío de esta reunión.

—Está encerrada en una habitación arriba. Flynn la está vigilando. —Se sientan en el sofá de cuero mientras yo voy al mueble bar y cojo mi mejor whisky escocés junto con tres vasos. Vuelvo con la bebida y sirvo un vaso a cada uno antes de sentarme—. No se está mostrando especialmente colaboradora, pero está aprendiendo la lección.

Los hombres me miran y asienten. Saben perfectamente qué lección debe aprender, y no hacen preguntas al respecto. No menciono lo increíble que se siente su coño rodeando mi polla; eso no les concierne. Tampoco les concierne que a ella parece gustarle. Saben que jamás la forzaría. Después de lo que le ocurrió a mi familia, todos hemos aprendido. Pero somos expertos en usar el propio deseo de las mujeres en su contra. Tarde o temprano, acabará comiendo de mi mano.

—¿Y el jefe? —Dom toma su vaso de whisky escocés y el sofá chirría mientras se recuesta para darle un sorbo. Sven se une a nosotros con su propio trago.

—Está muerto; la mujer encerrada en el sótano con los niños. Nos entregó las credenciales y Lenny está revisando la red. Ahora solo necesitamos entrar y hacernos con el portátil de Yates. —Observo a Dominic mientras bebe su whisky, meditabundo. Lleva mucho peso sobre los hombros intentando mantenerlo todo bajo control. Los últimos meses han sido abrumadores para todos nosotros. Han cambiado muchas cosas.

Papá empeoró y me entregó oficialmente las riendas. Ahora está en cuidados paliativos. Nick la lió en los muelles y toda la familia acabó en un tiroteo, con Nick muerto por su propia mano. Leo mandó a todos tras la pista de esa mujer a la que dice amar y, desde que esta periodista anda husmeando, no hemos podido ni coger aire. Ahora, Rome está cazando a un asesino que, según creemos, tiene órdenes de destruir a Dominic, quizás a todos nosotros.

—Hay que apagar estos fuegos, chicos. No podemos seguir persiguiendo fantasmas así —Dom se aprieta el puente de la nariz y

niega con la cabeza.

—Rome se encargará de L'ombra, Dom, y yo me aseguraré de que Matty cierre esto. Todo pasará pronto. —Sven ejerce de voz de la razón, manteniendo las aguas calmadas por ahora, pero con lo que llevo pensando, sé que a Dom no le va a gustar.

—Escuchad, chicos, no es tan sencillo. —Me inclino hacia delante y suelto un bufido, dejando mi vaso sobre la mesa. Apoyando los codos en las rodillas, les expongo lo que pienso—. Sabéis que destapamos a Nick. Estaba intentando volver a media familia contra nosotros. ¿Pero por qué haría algo así? ¿Qué motivo le llevaría a traicionaros tras tantos años de lealtad?

Es cierto que Nick y Leo eran inseparables y tal vez hubo algún rifirrafe entre ellos, pero Nick siempre fue un buen soldado. Los buenos soldados, si se les trata bien, no se vuelven contra sus jefes.

—¿Cuál es tu punto? —pregunta Dom, observándome por encima del borde de su vaso.

—Mi punto es que Natalie tiene una fuente. Esa fuente es un secreto que solo ella conoce. Ni siquiera sabe quién es, al menos eso deduzco de las grabaciones de sus llamadas telefónicas. Creo que la fuente es italiana, y creo que los italianos estaban intentando manipular también a Nick. —Vuelvo a coger mi vaso y lo apuro de un trago mientras me echo hacia atrás.

—¿Crees que los italianos están detrás de todo esto? —Sven niega con la cabeza—. ¿Por qué?

—¿Y por qué no? Son enemigos acérrimos nuestros. ¿Por qué no atacar justo cuando nuestro liderazgo cambia? ¿Cuando los hombres están más vulnerables? Y con todo lo que ha ocurrido de forma tan casual, es lo único que tiene sentido. —Paso la lengua por los dientes y asiento—. Son los italianos.

—¿Y cómo los detenemos? —Dominic me mira esperando que le indique el camino a seguir. Eso es cosa suya. Lo único que puedo

hacer yo es recuperar el portátil e intentar confirmar si realmente la información proviene de nuestros enemigos. Puede que tenga que convencer un poco más a Natalie para que suelte prenda, pero lo conseguiré. Le gusta demasiado mi polla como para quedarse callada. Quizá si le niego el placer acabe resultando más efectivo para doblegarla.

Solo el tiempo lo dirá.

7

NATALIE

Llevan ya cinco días. Estoy tumbada en la cama, mirando el techo, tan aburrida que me subo por las paredes. Una mujer llamada Ella me trae comida tres veces al día, y siempre que abren la puerta veo al hombre al que llaman Flynn apostado fuera, pero Matvey no aparece por ninguna parte. No me puedo creer que le eche de menos. Tal vez es porque, en mi cabeza, la lógica dice que si vuelve significa que le sirvo para algo, y mientras sirva para algo seguiré viva.

O quizá es porque me excito solo con pensar en él. Cómo es posible que mi mente pase de estar furiosa con ese hombre a estar tan encendida por él sigue siendo un misterio, pero sucede, y no puedo evitarlo. Me tapo más con la manta y me obligo a recordar por qué estoy aquí. Mi portátil contiene cientos de archivos, imágenes y enlaces a expedientes, listas de policías y números de cuentas bancarias. Pruebas más que suficientes como para que, si diera con un policía honrado, esta familia respondiera por todo lo que ha hecho.

Y Hal… Le echo muchísimo de menos. Han pasado casi seis meses desde que murió y no hay un solo día en el que no me pregunte por qué tuvo que irse. De hecho, me entristece mucho pensar que mis

padres tendrían que llorar mi muerte tan poco después de perder a mi tío. Quizá no debería haber insistido tanto en esto, como decía Sheffield. Son peligrosos. Pero sé que el juicio de la opinión pública pesa más que el sistema judicial. Si la policía mira hacia otro lado, al menos mi historia sacaría a la luz hechos imposibles de ignorar. Habría un escándalo público. Se verían obligados a investigar.

Y tal vez entonces encontrarían al verdadero culpable y mi familia podría tener algo de paz sabiendo que conseguimos justicia para el tío Hal. Ya ni siquiera me importa mi carrera. No se trata de eso. Hace años sí. Cuando acababa de terminar la universidad y me asignaron mi primer reportaje de verdad. Empecé a ir a por los peces gordos que nadie más se atrevía a atrapar porque les daban miedo. Aquello era una descarga de adrenalina. Perseguía pistas y bordeaba encuentros peligrosos. Tan emocionante era todo que luego me iba a casa, veía porno y me masturbaba.

Y por eso Matty consigue alterarme. Joder, ¿por qué le llamo así? Es Matvey; no es mi amigo ni mi amante. Es un criminal peligroso que, casualmente, me tiene cautiva aquí y cuyo cuerpo está esculpido como un maldito dios griego. No quiero morir, pero si al final va a matarme, al menos podría disfrutar de un sexo increíble antes. ¿No? Él cree que va a darme una lección. La única lección que me está dando es que tiene una debilidad por mí.

Si de verdad quisiera hacerme daño, ya me habría matado. O peor aún, mataría a mi familia delante de mí. Tengo demasiadas fantasías turbias de violación como para que me impresione su forma agresiva de tener sexo. Esto me encanta.

La puerta se abre y Flynn entra llevando un trozo de tela púrpura claro que me lanza. —Vístete. Te quiere para cenar.

Me incorporo y le lanzo una mirada de pocos amigos. —No.

—No te he preguntado —replica, sin apartar los ojos de mí mientras recojo la tela, que resulta ser un vestido. Parece de mi talla. Ya era hora de que me diera algo para ponerme. Llevo usando una toalla

de baño de vestido desde la primera noche, cuando me arrancó la ropa. Lo que daría por unas bragas limpias.

Resoplando, cojo el vestido y me lo pongo por la cabeza. Al ponerme de pie, cae por mi cuerpo y aliso la tela translúcida. Es ligero y vaporoso, muy del estilo que llevaría a una boda o un baby shower. Me acerco al espejo y veo que me queda bastante bien: sin mangas, con un escote en V clásico. El elástico en el centro de la espalda hace que se ajuste a mis curvas, mostrando un poco más de escote del que suelo enseñar, pero al menos estoy cubierta.

—Desde luego, no estoy vestida para cenar. Necesito zapatos, bragas… Algo para peinarme —observo el reflejo de Flynn en el espejo, y él me devuelve el ceño.

—Vamos.

Durante un segundo me quedo quieta, mirándole fijamente. Ni siquiera me han dado lo más básico para vivir, como un maldito cepillo de dientes, pero Matvey me manda un vestido y exige mi compañía para cenar. Que le den. Y que le den a este sitio. Me giro para protestar y Flynn se dirige hacia la puerta.

—¿Vienes o tengo que cogerte en brazos?

—Ya voy —respondo de mala gana, siguiéndole.

El mármol está frío bajo mis pies. Me recojo el pelo en un moño alto mientras bajamos las escaleras. Sigo notando escozor entre las piernas, aunque ya no me arde al orinar. Aun así, al caminar me recuerda lo sensible que estaba, y pienso en la promesa de Matvey de reclamar también mi culo. Me estremezco pensando en cuánto puede doler, aunque solo la idea ya me excita un poco.

Flynn me conduce hasta un comedor enorme donde una mesa lo bastante grande para ocho personas se extiende bajo una lámpara de araña similar a la del recibidor. Unas patas de garra sostienen la robusta madera de roble y Matvey está sentado en la cabecera, sonriéndome con suficiencia.

—Veo que el vestido te queda de maravilla. —Me observa mientras me acerco y Flynn se marcha. Le miro, un poco nerviosa al quedarme sola aquí. He tenido tiempo de sobra para pensar en cómo responderle, pero toda esa preparación desaparece de golpe cuando veo lo condenadamente atractivo que está con un traje negro y gemelos plateados.— Siéntate.

Me acerco de puntillas a la silla a su derecha, donde han puesto un servicio para mí. No hay comida, sólo la vajilla preparada, pero me siento y le vigilo con cautela mientras él cruza las manos sobre el plato y me clava los ojos.

—Ahora es cuestión de tiempo, Natalie. Entraremos en la redacción y conseguiremos tu ordenador portátil. —Se pasa la lengua por la punta del colmillo.— ¿Quieres contarme lo que sabes sobre tu fuente? Así podrías facilitarnos un poco la investigación. Dime quién es y quizás seamos benevolentes contigo.

—¿Ah, sí? ¿Dispararías a la cabeza en vez de al pecho? ¿Hacerlo más rápido? —Me enderezo en la silla y alzo los hombros. Sé que mi final es la muerte. Su único objetivo es sobrevivir.

—Vaya, eres lista, ¿eh? —Se ríe y se recuesta.— Sabes, mi teoría es que uno de nuestros enemigos te puso en esto. —El silencio mientras me estudia es tortuoso, pero no pienso decir ni una palabra.

Nadie me ha metido en esto, salvo yo. Solo quería que mi carrera despegara. Por eso les perseguí. De lo contrario, habría preferido ignorar todo el submundo y simplemente vivir mi vida. Si no me afectaba, ¿para qué preocuparme? Puede que incluso hubiera ido tras otras grandes historias, si no fuera por la muerte de Hal. Eso fue lo que me hizo perder el norte. Dejé de centrarme en el crimen organizado en general y apunté directamente a la Bratva. Mi instinto me decía que ellos eran los culpables, después de que sus hombres estuvieran allí cuando murió mi tío.

—No queremos cortar cabezas de serpiente. Queremos destripar a la bestia entera. Si tienes información que pueda ayudarnos a acabar con ellos, quizá miremos para otro lado. —Me fulmina con la mirada, las yemas de los dedos unidas formando un triángulo frente a sí mismo.

Tengo información con la que podría destruir a todos sus enemigos: armenios, italianos... todos son corruptos y tengo trapos sucios de todos ellos. Pero eso no va a traer de vuelta al tío Hal, ni hará justicia por él. No puedo permitirme ni por un segundo pensar que mi vida vale más que la suya. No pienso abandonar mi investigación y dejar el misterio de la muerte de Hal sin resolver. No, Hal se merece algo mejor.

—Que te jodan. —Cruzo los brazos sobre el pecho y aparto la mirada.— Pensé que iba a cenar.

—Oh, lo has entendido mal. —Matvey se inclina hacia delante con una sonrisa malvada y se pone en pie.— Te quiero para la cena.

Se me eriza la piel y me salen escalofríos en los brazos. Se quita la chaqueta del traje y desabrocha los puños de la camisa para remangárselos. Quiere decir que yo soy su cena, lo cual es sin duda una confusión. Me ruge el estómago al darme cuenta de que ahora no voy a comer y la garganta se me seca cuando le veo llevar la mano al cinturón.

—Es la hora de la tercera lección, Natalie. Verás, cuando necesito información de ti y te niegas a dármela, hay consecuencias. Ahora puedes decirme lo que sabes de tu fuente, o puedo enseñarte la consecuencia de negarte a colaborar.

Me remuevo incómoda en la silla. Podría darle lo que quiere, pero ¿qué clase de persona sería entonces? ¿Alguien capaz de renunciar a hacer justicia por Hal? Además, cuando se pone así consigue alterarme aún más. Llevo días ardiendo por dentro, esperando su próxima visita. Sueño con él y me despierto con los dedos enterrados en el coño.

—No tengo nada que decirte. —Me relamo los labios, preguntándome qué tipo de lección me impartirá esta vez, y eso me hace contraer los músculos.— No estoy preparada para algo tan grande en el culo.

—Ah, eso no importa. Tu boca va a estar bastante ocupada.

—¿Cómo?

Se baja la cremallera y mete la mano, sacando la polla medio dura. Mientras se acerca a mí, se acaricia. —Has oído lo que he dicho. — Su mano se desliza por todo su tamaño, provocándome y haciendo que mi cuerpo reaccione. Sus ojos me acechan, devorándome con la mirada. Me pregunto si el morado es su color favorito o si simplemente le gusta cómo el tejido tan fino revela lo duros que están ahora mismo mis pezones.

—No lo haré. —Me pongo en pie, preparada para cualquier cosa que me lance. No quiero chuparle; lo quiero dentro de mí. Así que le desafío, cruzando los brazos sobre el pecho. Sé cómo alterarle y hacerle enfadar. Si pudiera ver cómo me chorrea el coño ahora mismo, seguro que me lo metería.

—Oh, pero creo que sí lo harás.

Menudo cabrón. Se acaricia más fuerte, echando un poco la cabeza hacia atrás y yo niego con la cabeza y me giro para irme. —Llévame de vuelta a mi habitación —gruño mientras me dirijo a la puerta, pero siento que algo muy duro golpea la parte trasera de mis rodillas. Eso me hace caer ahí mismo. Me desplomo hacia delante sobre las manos y gimo. —¿Pero qué coño...?

El objeto golpea esta vez contra mi culo, con un escozor punzante, y entonces me tira del pelo, obligándome a volver a arrodillarme. Su polla está dura como una piedra y delante de mi cara mientras tira de mi melena hacia atrás hasta que le miro desde abajo.

—Eres una chica muy traviesa, Natalie —dice, chasqueando la lengua—. Ahora, abre la boca.

Ni siquiera me da opción. Me empotra su polla en la boca sin mi consentimiento, pero joder si no me gusta. Todavía me escuece el culo por la vara en su mano izquierda mientras la derecha empuja y tira de mi cabeza. Me la mete despacio, tan profundo que su polla me estira la garganta. Arcadas cuando se entierra hasta el fondo, sus huevos rozándome la barbilla, pero me alivia cuando se retira.

—Joder, eso está bien —gruñe y vuelve a descargar la vara contra mi trasero y mis muslos. No puedo hacer nada más que apoyarme en sus piernas y dejar que me folle la boca mientras gimo y me quejo. Me está poniendo tan a cien que sé que en cuanto toque mi coño me corro encima, quizás hasta pierda el control de la vejiga.

—Chupa, Natalie. Chúpala... —Embiste ahora más rápido y yo dejo que mis pulmones hagan el trabajo, manteniendo la presión sobre su polla mientras se desliza dentro y fuera de mi boca. Cada vez que mi reflejo nauseoso se activa, él tiembla y gruñe y, antes de darme cuenta, sus chorros salados de semen llenan mi boca. Trago a duras penas, odiando el sabor pero incapaz de escupirlo con él llenándome así.

Ahora estoy tan excitada que ni siquiera sé cómo va a acabar conmigo salvo que sea Superman y pueda seguir empalmado. Joder, necesito desfogarme. Le chupo unas cuantas veces más, y entonces se retira y da un paso atrás, guardándose la polla en los pantalones y subiendo la cremallera.

—Levántate —ordena, así que me pongo en pie con las piernas temblorosas. La vara que lleva en la mano es gruesa y larga, más que el palo que usó a principios de semana. También se sentía diferente, una sensación más profunda que el mero escozor de la piel. Me ha gustado más. —Quítatelo —dice, señalando con un dedo y, por mucho que necesito tenerle dentro, obedezco al instante. El vestido cae con unos cuantos tirones y lo dejo en el suelo.

—Joder... —respiro, sintiendo el aire fresco recorriendo mi humedad. Quiero tocarme, pero él se acerca, así que contengo el aliento y me preparo para su contacto.

Matty está a apenas unos centímetros de mí. Puedo notar su aliento caliente en mi cara, bajando por mis tetas. Sus labios son llenos y firmes, listos para besarme. Los observo mientras el pecho me sube y baja. Huelo mi propio aroma, la excitación impregnando toda la habitación. Sube la vara entre mis piernas hasta que queda firmemente apoyada sobre mi clítoris, y la desliza arriba y abajo.

—La cosa de las lecciones, Natalie, es que tienes que aprender algo de ellas.

—Sí, señor... —me froto contra la vara, necesitando correrme con desesperación, cuando él me lanza una sonrisa burlona.

—¡Flynn!

Me sobresalto, dando un brinco hacia atrás. —¿Qué? No pienso follarme a Flynn. ¿Qué está haciendo?

Matty me mira un instante mientras Flynn entra. Sus ojos siguen fijos en los míos mientras estoy desnuda delante de él, deseando su polla. —Lleva a Natalie a su habitación. La cena ha terminado.

—¿Qué? ¡No! —intento protestar pero Flynn me sube a su hombro mientras pataleo y grito, y me lleva a mi habitación donde me deja caer en la cama entre juramentos y me encierra. Corro hacia la puerta y la aporreo con los puños una y otra vez—. ¡No puedes hacer eso!

Pero no importa cuánto rato me quede allí golpeando y gritando, Matvey ya ha tenido suficiente y ha terminado conmigo. No va a venir a follarme. La lección está aprendida y lo odio. Se ha metido en mi cabeza y ahora la que paga soy yo. No sé si darle información ahora o reservármela. De cualquier modo, lo único que quiero es tenerle dentro de la forma más salvaje posible.

Me meto en la cama sintiendo el dolor en mi cuerpo y me toco, frotando y esparciendo mis jugos hasta quedar hecha una bola temblorosa de frustración sexual. Si él pudiera verme masturbándome así, sabría que ha ganado.

Espero que no haya cámaras ocultas aquí porque, tal y como me siento, voy a tener que hacer esto al menos tres veces para conseguir alivio.

8

MATTY

Me siento en mi escritorio con el portátil abierto, hojeando página tras página de tonterías en internet. El pasado de Natalie está a la vista de todos, ni siquiera intenta ocultarlo. Nosotros nos esmeramos mucho en tapar las cosas, enterrarlas y mantener limpio nuestro nombre, pero para alguien inocente como Natalie, todo es de dominio público. Su vida es un libro abierto. He encontrado su partida de nacimiento y los registros del hospital con apenas un par de búsquedas. Ni siquiera se ha molestado en proteger su identidad o en cuidarse ante un posible fraude.

También he localizado algunos artículos sobre su tío Hal y su asesinato. Las informaciones eran contradictorias y los testigos no vieron todos lo mismo, pero comprendo por qué ella piensa que tiene relación con la Bratva. Cuanto más investigo, más me doy cuenta de que todo este asunto es una locura. Los italianos no solo hicieron el tiroteo en el que nuestros hombres resultaron heridos y su tío fue asesinado, sino que ahora intentan echarnos la culpa, como si eliminásemos a los nuestros.

Me hierve la sangre, y sé que a Dominic le va a cabrear también. No es suficiente con que quieran acabar con nosotros físicamente, sino que además manche nuestra reputación adjudicándonos sus

crímenes; eso sí que es maldad de otro nivel. Inspiro hondo y suelto el aire por la nariz. Incluso Natalie es una víctima.

He encontrado un registro hospitalario de Haven—un hospital de salud mental y conductual. Sus registros no son difíciles de hackear. Es una infracción enorme de la ley de protección de datos no tener las cuentas de los pacientes bien aseguradas. Si supieran que mis modestos conocimientos de hacker me han permitido entrar, acabaría en la cárcel, pero lo que es más importante, el hospital se enfrentaría a multas y demandas.

No me interesa demostrar sus vulnerabilidades. Solo quiero los expedientes de Natalie. Así que sigo investigando, intentando recordar todo lo que Lenny me enseñó en su día sobre cómo burlar cortafuegos. Me lleva varios intentos, pero al final lo consigo y, una vez dentro, es pan comido.

Los historiales de Natalie me caen del cielo: cada sesión con su terapeuta registrada, las fechas en que estuvo ingresada, la medicación que le administraron. Incluso hay notas detalladas sobre lo que el terapeuta opinaba de ella, y por ahí empiezo. La llama traumatizada, le diagnóstica TEPT. Presenció cómo acribillaban a tiros a su tío y le dieron betabloqueantes potentes para ayudarle con la ansiedad. Tras meses de tratamiento, le diagnosticaron depresión grave y trastorno de ansiedad generalizada, y la mayoría de las notas indican una amnesia muy marcada. No puede recordar las cosas tal y como sucedieron.

Empiezo a ver cómo encajan las piezas. Si no lo recuerda todo, significa que se ha dedicado a investigar para suplir lagunas en su memoria. También implica que las cosas están más ligadas entre sí de lo que parecen. Ella estuvo allí, en la escena, tras meses o incluso años indagando sobre crimen organizado y las familias involucradas. Si llegó demasiado lejos, tal vez aquel asesinato no fue solo por venganza después de que mi hermano matase a un italiano. Igual vieron a los dos pájaros bonitos en el arbusto y lanzaron la piedra.

Los italianos iban a por ella y simplemente encontraron la manera de hacerlo parecer casual en vez de un ajuste de cuentas. Pero lo que no saben es que ya lo he descubierto. Mi familia solo era consciente de sus ansias de venganza, pero ahora sabemos más. Su auténtico objetivo aquel día era Natalie y eso me cabrea aún más. Está claro que metió las narices donde no debía, pero su tío era un simple espectador y arrastrar a inocentes a nuestro juego no es precisamente de caballeros.

Cierro el portátil y pienso en cómo le habrá afectado todo esto. Admiraba tanto a su tío porque fue fundamental en su crianza. Por lo que he podido averiguar, vivió con ellos buena parte de su infancia y su cuidado marcó desde su deseo de ser periodista hasta su decisión de mantener la castidad hasta el matrimonio. En todas las fotos que he encontrado de él, lleva el rosario al cuello. Sin duda fue su influencia religiosa la que le inculcó la idea de conservarse pura.

—Mmm...—me levanto y me dirijo a la cocina. Seguro que Natalie tiene hambre ya. Quizá esté un poco más dispuesta a hablar conmigo sobre su investigación si le ofrezco una bandera blanca en forma de comida. Ya no creo que estemos en bandos opuestos y tendré que demostrárselo. Mi familia sí que vende armas a ilegales y a grupos de milicianos que pretenden defender la libertad. Es cierto que Sven ha hecho tratos con otras familias también, intentando equilibrar el poder para que haya menos crimen en las calles. Pero no somos solo asesinos y ladrones. Puede que empleemos métodos poco ortodoxos, y a veces quebremos la ley para hacer lo correcto, pero todos sabemos que hacemos lo que hacemos por nuestra familia. No existe mayor virtud que la lealtad.

Preparo un plato de queso y galletas saladas, y un vaso de té, y subo a la habitación de Natalie. Está llena de rabia por lo que pasó porque no fue algo que le sucediera solo a su tío, y no logra encajar las piezas. Debe comprender que perseguir a mi familia no es buena idea. Puedo ayudarla a obtener la venganza que ansía, pero tiene que colaborar conmigo. Conozco esa necesidad de venganza. Sé lo que duele perder a alguien tan cercano, y tras descubrir todo esto

sobre Natalie, me siento bastante culpable por haber permitido que todo le ocurriera bajo mi vigilancia.

Al fin y al cabo, es igual que yo. Yo busco justicia y conocimiento con el mismo ímpetu que ella. Solo que ella usa palabras para sacar la verdad a la luz y yo uso los puños, o un cuchillo, o una pistola. Lo que tenga más a mano. Los culpables caen y los que entienden lo que está bien y lo que está mal en este mundo se alzan, por mi acción. Por la acción de mi familia. Quiero ayudarla a ver esto y a que encuentre un respiro en medio del duelo.

Llamo a la puerta y espero a que diga algo, pero solo oigo ruido y ningún habla. Así que meto la llave en la cerradura y la giro. Lleva bastante tiempo sola ya y espero que mi presencia le resulte buena compañía y se muestre más colaboradora. Disfruto dándole lecciones, pero preferiría simplemente tener las respuestas que necesito.

Al empujar la puerta, una ráfaga de aire fresco me golpea y percibo un leve aroma a lluvia. La habitación está a oscuras y oigo el golpeteo del agua, lo que significa que la ventana está abierta. —¿Natalie? —pregunto, entrando. Dejo la bandeja sobre la mesa cerca de la puerta y enciendo la luz para verla a medio salir por la ventana. Una sábana, rasgada en tiras y atada al pie de la cama, cuelga por la ventana, y su pelo revuelto rodea su tez dorada.

—¡¿Pero qué coño?! —corro hacia la ventana cuando ella chilla e intenta escabullirse, aferrada a la sábana. —Eres una zorra —gruño, agarrándola del brazo. Deja caer su peso y queda colgando de piernas, pero no cuenta con que yo tenga la fuerza suficiente para arrastrarla de nuevo hacia dentro. Tiro con fuerza, llevándola por encima del alféizar hasta que cae hecha un ovillo en el suelo.

—¡Ay, joder…! ¡Ay! —Natalie se sujeta el vientre y se estremece de dolor. Veo motas de sangre en la fina tela blanca de la camiseta que le di. Ni siquiera va vestida para salir bajo la lluvia. Solo lleva esa camiseta y un pantalón corto de deporte. Su ropa, destrozada en

nuestro primer encuentro, fue tirada hace días, y el vestido que le presté no sirve para trepar por una ventana.

—¿Se puede saber qué coño crees que estás haciendo? —tenso la sábana con fuerza, hasta que se rasga. Cae sin resistencia por la ventana, que cierro y aseguro con llave. —Vas a matarte —Y a mí me van a matar también. Dominic se pondrá hecho una furia si se entera de lo cerca que ha estado de escapar. Sabía que era atrevida; lo que no sabía es que podía ser tan increíblemente estúpida.

—¡Vete a la mierda! —espeta, empujándose para levantarse del suelo. Se pone en pie, y veo que el pantalón corto y la parte trasera de la camiseta están empapados, calados por la lluvia que ahora resbala por el cristal.

—¿Te das cuenta de que son casi diez metros de caída? Habrías acabado con alguna pierna rota. —Miro el destrozo que ha hecho en la habitación también, con almohadas esparcidas y el edredón hecho jirones. Sube a la cama y gatea hasta el cabecero, pero estoy furioso. La agarro del pie y la arrastro de nuevo por la cama, inclinándome sobre ella con el ceño fruncido. —¡Di algo!

—Ya lo he hecho. He dicho que te jodan. —Me escupe en la cara y empuja mi pecho, y yo arreo un manotazo brutal con la mano izquierda. Ella se queja y se cubre la mejilla.

—No vas a irte de aquí hasta que me digas lo que sabes. ¿Hasta dónde has cavado? ¿De qué tipo de control de daños necesita ocuparse mi familia? De verdad que quieres morir, ¿verdad? Ni siquiera te das cuenta de que estoy intentando encontrar la manera de hacer esto sin que te maten. —Las palabras salen según las pienso, un rasgo terrible en mí. Pero es cierto. No quiero que la maten, igual que no quiero que maten a ningún otro. Puede que a veces sea un mal necesario, pero evitarlo si puedo, lo haré.

El pecho se me encoge cuando se impulsa contra mi brazo y se gira, corriendo hacia la puerta, donde la alcanzo y la inmovilizo contra la madera. Follar con ella me ha cambiado, me ha hecho débil o yo qué

sé. No hago más que pensar en esa obsesión insana que tiene por la justicia o la venganza. Todo lo que quiero es entender por qué hace lo que hace, por qué nos está cazando. Hacerle ver que no merece la pena perseguirnos, que puedo hacer realidad su objetivo de venganza.

—Deja de pelearte conmigo y escucha de una puta vez. —Le sujeto las muñecas por la parte superior y se las inmovilizo por encima de la cabeza, pero ella sube la rodilla con fuerza y me golpea en la ingle. Caigo de rodillas y la arrastro conmigo, negándome a soltarla a pesar de que siento como si me hubieran clavado un cuchillo desde la próstata hasta las entrañas. Respiro a grandes bocanadas, como si fuera a quedarme sin aire, y ella me suelta una patada en el costado.

—Suéltame. Ni siquiera tienes puta idea de lo que es esto. ¿¡Lo entiendes!? —Me patea todavía más fuerte, pero yo tenso los músculos y aguanto. Entreno para esto todas las semanas: los golpes sueltos en pleno combate. Tengo el abdomen lo bastante fuerte para recibir unos cuantos puñetazos, pero la ingle me arde.

—¡Para ya! —grito, tirando de sus muñecas tan fuerte que la hago caer de bruces en el suelo. Le suelto las muñecas y le planto la rodilla en la espalda, manteniéndola así mientras recupero el aliento. Duele y ella sigue intentando forcejear, pero la retengo el tiempo suficiente para superar la intensa sensación de que voy a vomitar. La agarro del pelo y me pongo de pie poco a poco, arrastrándola conmigo, luego la empujo de nuevo a la cama y me quedo de pie junto a ella, jadeando. Me lo ha puesto difícil, pero he salido vencedor.

—No lo entiendes. —Ahora está sollozando, hecha un ovillo y escondiendo la cara. —¡No tienes ni puta idea!

—Sí que lo entiendo. Quieres venganza tan desesperadamente que te da igual llevarte por delante a quien sea. Ni siquiera tiene que ser verdad.

Lanza una patada hacia mí y la esquivo, luego me subo encima de ella y le sujeto los brazos por encima de la cabeza, inmovilizándole la cintura para que no se mueva. Ella grita y se retuerce debajo de mí, y tengo que darle otra bofetada para que se calme. Joder, Natalie, ¿por qué te comportas así?

—¡Él está ahí! Cada vez que cierro los ojos. Está ahí. Y tengo que encontrarlo y hacer que pague. —Sus ojos arden con rabia. —En mis pesadillas. En mis sueños. Cuando estoy despierta. Por el amor de Dios. Déjame ir.

—¡Que sí lo entiendo! —grito, acercando la cara a la suya con tal volumen que la dejo muda de la sorpresa. —Que lo entiendo —añado, esta vez en calma—. Sé lo que es querer venganza. Conozco esa sed de sangre. Conozco el dolor de perder a alguien a quien quieres, a quien has admirado y en quien confiabas, y que de pronto te lo arrebaten. —Respiro entrecortadamente mientras la miro a los ojos y veo como empieza a comprender.

—¿Tú qué?

—A mi madre la violaron brutalmente, Natalie. Se quitó la vida a causa del trauma, después de meses viéndola postrada en la cama, llorando. Sufriendo. —Le aprieto los brazos más fuerte, mientras el recuerdo de su ataúd descendiendo a la tierra se me cruza por la mente. —Lo sé. Te entiendo. Pero no puedes ser tan puta inconsciente, y tienes que colaborar conmigo o acabarás acompañándole a él en el cementerio.

Me mira entornando los ojos y parpadea despacio. Tiene que escucharme, porque si no lo hace Dominic va a mandarla matar, y quizá en otro tiempo yo también lo hubiera hecho, pero ahora sé que la quiero en mi casa. La quiero para mí. Natalie y yo somos almas gemelas. Y ahora es mía.

—¿Tú qué? —pregunta, pero ni siquiera le respondo. Solo la observo, ceñudo, exigiendo con la mirada que me obedezca ya. Y entonces hace algo inesperado.

Me besa.

9

NATALIE

Sé exactamente por qué le he besado. Porque somos iguales. Matty entiende el dolor de perder a alguien, el trauma que conlleva la búsqueda de justicia. El corazón se me retuerce en el pecho y le beso una y otra vez, y no me detiene, aunque mis brazos siguen inmovilizados por encima de mi cabeza. El peso de sus caderas presionando las mías contra la cama me enloquece, desatando en mí el deseo irrefrenable de ser dominada.

—No somos tan diferentes, Natalie —gruñe mientras sus dientes se clavan con fuerza en mi labio y yo gimoteo. Sé que no lo somos. Lo he sabido incluso antes de conocerle, antes siquiera de empezar a investigar sobre su familia en concreto. He visto las historias, las cosas que hace la gente de su entorno, y me he sentido atraída hacia ellos por simple curiosidad y fascinación.

Todo empezó porque quería saber más. Hal intentó guiarme hacia la luz, ayudarme a emplear mis habilidades como investigadora y reportera para desvelar la verdad, hacer justicia. Pero algo se rompió en mí cuando me lo arrebataron. Toda la rabia y la ira que sentí al perderlo me hicieron olvidar mi interés inicial por gente como Matty, mi curiosidad por entender cómo funcionan, por qué son como son. Y lo único que quería era venganza.

—Dios... Te odio —suelto entre dientes, mordiéndole al devolverle la jugada mientras aprieta mis muñecas con más fuerza. Pero no le odio. Odio a la persona que mató a Hal. Odio la vida porque ocurren cosas horribles. Y me odio a mí misma por desearle tanto, pero a él no le odio. Le quiero.

—Ni siquiera sabes lo que quieres. ¿Verdad? Te gusta que te obligue a hacer esto. Te gusta estar aquí, en este lugar. Esperaste hasta que crucé la puerta para intentar escabullirte porque sabías que provocarías mi reacción. —Matty afloja su agarre en mis muñecas y yo le suelto un bofetón. ¿Cómo se atreve a decir eso? No me conoce.

Pero en el fondo sé que tiene razón. Estoy *enganchada* a la forma en la que me domina, a cómo me hace sentir completamente indefensa. Y sí le deseo, más que a nada. Es como si fuera la pieza que me faltaba y que he estado buscando toda mi vida.

—Tienes razón —susurro, apenas audible—. No te odio. Me odio a mí por desearte. —Intento abofetearle de nuevo, pero me atrapa la muñeca y me detiene. Me mira fijamente, aún sentado a horcajadas sobre mis caderas, mientras se va desatando la corbata con una sola mano. Tiemblo solo de pensar qué va a hacer con ella. Sus ojos no se apartan de mi rostro y yo le miro con furia.

—¿Quieres que sea cruel contigo? ¿Que te haga daño por fuera solo para que dejes de sentir ese dolor por dentro? —Su voz suena tranquila y serena, y yo le gruño y grito, moviendo las caderas e intentando empujarle, pero pesa demasiado. Y está demasiado cerca de la verdad. Siento las lágrimas arder en mis ojos.

—¡Que te jodan! —grito y vuelvo a gruñir, pero él solo sonríe con una triste mueca sádica.

Matty enrolla su corbata alrededor de una muñeca, luego de la otra, luego se aparta de mí y me arrastra hasta el cabecero de madera, atándome los brazos firmemente. —Ahora voy a tomarte; voy a hacerte sentir el dolor que intentas ocultar. Y después desearás no

haberme conocido jamás. Yo apenas le escucho, ni me importa lo que diga. Todavía intento asimilar lo que siento, lo que realmente quiero.

Sus dientes buscan mi cuello y me muerde fuerte y chupa con tanta intensidad que deja una marca que seguramente se convertirá en un moratón visible para todo el mundo. No me importa. Quiero que me marque. Que deje su sello en mí para que todos sepan que soy suya. Quiero sentir sus dientes y sus uñas y su polla dentro de mí. Sentir el dolor. Sentirme viva.

Matty rasga la fina camiseta por el centro y deja al descubierto mis pechos; luego me quita a tirones el pantalón corto mientras yo forcejeo y pataleo. —Tú no sabes lo que quiero. No tienes ni puta idea de quién soy. —Pero él sí lo sabe. Probablemente me conoce mejor que nadie porque el trauma reconoce al trauma.

—Oh, te conozco.— Él desabrocha el cinturón, y oigo el silbido del cuero deslizándose por las trabillas de sus pantalones. —Y sé que todo esto es una farsa. Finges que lo odias, que no quieres saber nada de mí, pero en realidad me estás suplicando que te folle.— Hace chasquear el cinturón con fuerza, y me estremezco ante el frío mordisco del cuero en mis muslos, grito y me arqueo, pero Matty no se detiene. Me azota con el cinturón y yo arqueo la espalda y gimo. Intento apartarlo, manteniendo la apariencia de que realmente estoy luchando contra él, y su cinturón me golpea la entrepierna, enviando una oleada de excitación que me recorre el cuerpo.

—Joder,— gruño encogiendo las piernas mientras deja caer el cinturón sobre el colchón desnudo. Se desnuda despacio, mirándome tumbada allí. Mi pecho sube y baja del esfuerzo, y mi coño arde por tenerlo dentro de mí, por sentir cómo su grosor me estira y me desgarra. Quiero que me domine, y la única manera de conseguirlo es seguir luchando. Pero a él le gusta. Puedo verlo en sus ojos. Lo disfruta.

Cuando se queda desnudo, la polla dura y orgullosa, mete la mano en el bolsillo de sus pantalones y saca una navaja. La piel se me

eriza al verle abrirla. —¿Qué vas a hacer con eso?— pregunto, relamiéndome los labios.

—Voy a darte una lección.— Sonríe de lado. —Y después vas a ser mi pequeña esclava.— Hace girar la navaja y la atrapa por el mango. Es más larga que mi mano. No puedo hablar.

—Vas a contarme todo lo que sabes.— Se arrodilla al borde de la cama y vuelve a girar la navaja. —Todo lo que sabes sobre las mafias que controlan la ciudad. Todos los nombres que hayas oído, todos los hombres que hayas visto. Y si intentas mentirme, o me das algo que no sea la verdad, voy a cortarte.—

Me arde el coño, una punzada ardiente que suplica ser calmada por su piel. —Que te jodan,— siseo mientras lo miro arrastrarse sobre mí. Su polla gotea precum. Está tan excitado como yo. Joder, ¿qué he hecho para merecer esto? Estoy tan puta y cachonda.

—Entonces dime, Nat. ¿Qué sabes?— Me presiona la punta de la navaja contra la garganta, suavemente. No llega a romper la piel, pero el pellizco del dolor es suficiente para enloquecerme.

—No pienso decir nada.— Aprieto los dientes contra la sensación de la punta de la hoja mientras traza una línea por mi pecho. Es la presión justa para dejar un pequeño arañazo y mandarme escalofríos de placer, pero no suficiente para cortarme de verdad.

—¿Te niegas a decirme lo que quiero saber mientras te pongo una navaja en la piel?— El fuego en sus ojos me hace estremecerme. Joder, cómo quiero que me haga gritar.

—Vete al infierno....— Me retuerzo de nuevo mientras pasa la hoja por mi abdomen y mi muslo. El arañazo duele, pero no va a cortarme. No saca placer de verme sangrar. Quiere oírme gritar su nombre. Ese es el juego, y Dios, cómo me gusta jugarlo.

Con un gruñido de rabia, me agarra la pierna y la empuja hacia arriba. Chillo cuando me rasga la navaja entre las piernas, la hoja

dentada rozando mi clítoris, enviando una chispa dolorosa que se mezcla con el placer.

—Tienes suerte de que no te corte.— Lo dice gruñendo. —Si quieres que pare, tendrás que decirlo. Vamos, eres una chica dura, Nat. Dilo. —

—No.— respiro. —No voy a suplicarte.—

—Si quieres que pare, tendrás que suplicarme.—

—No voy a suplicar.— Le sostengo la mirada, y sé que va a hacerme gritar. Deja caer la navaja en la cama. Me sorprende su fuerza cuando me da la vuelta de un solo movimiento. —¡Ah...!— grito al rebotar en la cama, e inmediatamente gimo y me estremezco al sentir el cinturón bajar sobre mi culo.

—Dilo, Nat. Dime que me deseas.— Una y otra vez el cinturón cruje en mi piel, el escozor del dolor mezclándose con el placer. No puedo más. Lo necesito dentro de mí. La lucha se me escapa mientras él demanda que lo calme. —Dilo, joder.—

—¡Te quiero!— grito. —Te quiero.—

—Dime qué quieres de mí.— Su voz es oscura. Es tan sexy. No quiero que pare. Quiero más. —Dime.—

—Quiero que me folles.— Tiritando, deseando que me llene. El dolor es casi insoportable, pero el placer me arrasa. Podría hacerme cualquier cosa y yo lo dejaría.

—Suplicame que te folle.— Su voz suena oscura y enfadada. El cinturón sigue marcando mi piel; seguro que está ardiendo de roja.

—Fóllame.— Estoy tan excitada. —Haré lo que quieras. Solo fóllame. —

—Fóllame. Dilo otra vez.— Me azota de nuevo y chillo. —Dime lo que quieres.—

—Quiero tu polla dentro de mi coño.— Estoy tan cachonda. No sé cuánto aguantaré así. El cinturón sigue cayendo sobre mí, y luego me da la vuelta otra vez. —Por favor. Por favor.—

—¿Por favor qué?— Su rostro se acerca al mío y lo beso. No es un beso suave. No es tierno. Es salvaje y lo quiero así. Quiero que sea duro conmigo. No quiero ser una princesa. Quiero que me dé todo lo que necesito.

—Fóllame. Vuelvo a besarlo, y por fin se aparta, con los ojos ardiendo de rabia.

Matty empuja su polla dentro de mí tan fuerte y tan rápido que grito. No lo hace con delicadeza. Lo hace de una manera que me demuestra cuánto me desea, cuánto quiere poseer cada centímetro de mi cuerpo. Su boca es brusca en mi cuello, y me da una azotaina mientras me toma.

—Eres mía. —Lo repite una y otra vez mientras escupe en mi boca.

—Soy tuya. —Le muerdo el labio, y él me da una nalgada aún más fuerte en el muslo. Estoy empapada.

—Dime que eres mía. —No deja de embestirme.

—Soy tuya. —Estoy perdida, y quiero que me tenga. Cada parte de mí. —Soy tuya.

—Dime que quieres que te folle más duro. —Su mano aprieta mi cuello y casi es demasiado. Intento hablar, pero solo consigo jadear. Mi coño se estrecha a su alrededor. Siento que los pulmones me van a estallar. La primera oleada del orgasmo me golpea y cierro los ojos, dejándome llevar. Onda tras onda me atraviesan y me pierdo en ello. Se detienen los azotes, y siento el semen caliente de Matty llenándome. Él tiene los ojos cerrados, pero la boca abierta en un grito silencioso. Noto cómo se estremece y suelta mi cuello mientras se corre.

—Soy tuya.

—Lo sé. —Vuelve a besarme, y siento su semilla dentro de mí. Quiero que me llene, quiero que posea cada parte de mí. Me besa otra vez, y le devuelvo el beso, su humedad espesa mezclándose entre nuestros cuerpos.

Mi cuerpo se siente como gelatina, cálido y tembloroso. Me quedo tumbada con los ojos cerrados mientras él se retira. La cama tiembla y noto cómo me quita la corbata de las muñecas. Cuando entreabro los ojos, lo veo poniéndose los calzoncillos. Se mueve en silencio hacia la bandeja de comida que trajo y la coloca en el colchón, luego se tumba a mi lado. No me interesa el tentempié, pero sí me interesa el motivo por el que está en mi cama.

Me apoyo en un codo y cojo una de las galletas, la mordisqueo mientras lo observo. Él permanece tumbado con las manos detrás de la cabeza, apoyadas en la almohada, mirando el techo. No puedo evitar preguntarme qué pasa por su cabeza. Y cuando me acerco un poco más, no se levanta ni se marcha. La única manta que queda es una gruesa de lana, demasiado resistente para romperla con las manos, pero incómodamente áspera sobre la piel desnuda. Aun así, es lo único que tengo. Coloco la bandeja de comida en la mesilla y me acurruco a su lado, tirando de la manta sobre nosotros.

—Tenías razón… —admito, acurrucándome y apoyando la cabeza en su pecho.

—¿Sobre qué?

Odio que tenga razón. Acertó sobre por qué salí por la ventana justo cuando él entraba. Había estado una hora allí de pie, torturándome. Podría estar libre ahora mismo, pero no quiero. Le quiero a él. Me gusta lo que me hace sentir. Y también tenía razón sobre que somos iguales, sobre por qué le investigaba, sobre mi necesidad de ser dominada para que la guerra que arde en mi cabeza y en mi corazón quede silenciada por el dolor físico.

—Sobre todo...

Respiro hondo, siguiendo con la yema del dedo la línea de sus tatuajes mientras pienso en la historia de su madre y el trauma que sufrió. ¿Será verdad? ¿O lo habrá inventado para intentar conectar conmigo? Quiero preguntárselo, pero no lo hago. Me gusta pensar que tenemos esa conexión, porque lo que tenemos en realidad me parece falso: una relación depredador-presa demasiado endeble como para significar algo más que sexo sucio y ardiente. No soy una puta.

—¿Y tu información? ¿Vas a entregarla ya?

—¿Qué más da? Me has convertido en prisionera. Puede quedarse con la investigación, me da igual, porque me ha robado el corazón a través del coño. Incluso me prestaría a ayudarle a conseguirla, pero no le serviría de nada. Lo único que conseguirá es que vean cuánto sé realmente: nombres, caras, números de cuenta, incluso policías corruptos. Se asustarán. Yo les asustaré.

Me matarán, seguro.

—Supongo que no importa. La tendremos pronto de todas formas.

No me creo que me deje recostarme sobre su pecho. ¿Piensa dormir en esta cama conmigo? ¿Y por qué no ha cerrado la puerta con llave?

—¿Y después? —Siento un escalofrío de miedo recorrer mi espalda. Sé cómo funcionan estas cosas; he leído suficientes expedientes como para saberlo.

—Depende de Dominic, pero me gusta el acuerdo al que hemos llegado. Mientras sigas aprendiendo la lección.

La habitación queda en silencio, y yo permanezco aquí tumbada con los ojos bien abiertos. Me siento viva y después, atrapada. Siento que Matty es lo único que tiene sentido, la manera en que me hace respirar de nuevo sin ese dolor sordo en el pecho. Y luego siento que necesito huir, esconderme. Pero me quedo aquí, echada sobre

su cuerpo sudoroso y no puedo moverme. Estoy anclada. Simplemente no sé a qué.

10

MATTY

We Estamos sentados a dos manzanas en mi sedán negro observando el edificio del periódico. Esta noche—casi siete días después de llevar a Natalie a mi casa—vamos a infiltrarnos en el edificio y recuperar su portátil. Lenny ha revisado todo en la red y el servidor principal y no ha encontrado nada que nos relacione con ninguna noticia conocida. No se enviaron correos electrónicos desde el correo de Natalie a través de su sistema, ni tampoco desde el correo de Sheffield.

—Han reforzado la seguridad desde que la esposa de Sheffield salió del sótano y encontró a su marido muerto —dice Dominic con voz seca; no le entusiasman nada las medidas extremas que hemos tenido que tomar para asegurarnos de que no se filtre información sobre nuestro negocio familiar. Si los investigadores descubren que estamos dirigiendo una operación de contrabando de armas desde nuestra pescadería en los muelles, estamos perdidos. Tal y como están las cosas, hemos tenido que reducir la actividad y pasar desapercibidos después de aquel tiroteo en el que desenmascaramos a un topo.

—Sí, nuestros chicos pueden con ello —digo mientras agarro la culata de mi pistola, que sigue en la funda a mi lado. Puede que ni

siquiera tenga que usarla, y ojalá no haga falta. Esto no debería ser complicado.

Es lógico que un suceso tan grave—un tiroteo masivo en un almacén—atraiga la atención. Hasta entiendo cómo Natalie ató cabos y nos relacionó con el tiroteo. Somos los dueños del negocio y del edificio, y nuestro nombre es sinónimo de crimen organizado en esta ciudad. Pero, con los polis corruptos a los que pagamos, nos aseguramos de que todo quedase maquillado como el caso de un empleado descontento que fue al trabajo armado y allí, quienes estaban presentes, actuaron en defensa propia y de los demás.

—Mira —dice Dominic señalando. Se enciende una luz en una ventana del segundo piso. Ninguno de nosotros sabe exactamente dónde está el escritorio de Natalie en el edificio, pero con la información de que la redacción está en la segunda planta, esperamos y observamos.

Me llevo los prismáticos a los ojos y miro a través de ellos. Es de noche, lo que significa que cualquiera que esté vigilando este edificio verá que alguien ha encendido la luz. También verá a los hombres moviéndose dentro, dos de ellos vestidos de oscuro y armados. Les habría ido mejor si llevaran gafas de visión nocturna y mantuvieran las luces apagadas, pero a toro pasado todos somos listos.

—Van a levantar sospechas —murmuro mientras les veo revisar cada cubículo uno por uno. Entran en una oficina, y veo chispas volar tras el cristal esmerilado—probablemente Sheffield—probablemente destruyendo su ordenador. Es una de esas noches tan oscuras que el cielo se traga la luz. Cada destello que sale de esa planta ilumina la manzana, parpadeando en los escaparates y las farolas.

—Menudos inútiles… —Dominic se pasa una mano por el pelo—. Mira, allí —señala a nuestro vigilante, que está de pie cerca de la esquina del edificio, en la oscuridad. Está oculto, pero atento a lo que ocurre—está allí por si hace falta refuerzos si algo sale mal—. Ni siquiera puede controlar todo el perímetro.

—Estamos tratando con novatos, Dom. Ese tiroteo nos quitó a varios de nuestros mejores hombres —me frustra tanto como a él, y supongo que a mis otros hermanos también. Ahora mismo, Sven y Rome también están atentos, desde sus posiciones en azoteas cercanas, armas listas. Puedo ver el punto rojo de una mira a través de mis prismáticos. Al menos uno de ellos vigila. Y cada uno de nosotros lleva un walkie-talkie, listos para comunicarnos si hace falta.

Echo un vistazo al móvil. He puesto un temporizador. Tienen que entrar y salir en menos de tres minutos y ya llevan dos minutos y cincuenta segundos dentro. No pinta nada bien. Me llevo el walkie a la boca y pulso el transmisor. —Chicos, salid ya. Si no tenéis el ordenador, que parezca un robo, cambio —la radio chasquea y oigo estática.

—No podemos encontrarlo, cambio —la transmisión no es clara. No distingo quién lo ha dicho, y cuando Dominic fulmina el edificio con la mirada, sé que me espera una noche larga. Nada nos ha salido bien a la familia en semanas. Necesitamos que esto pase desapercibido. Da la sensación de que el destino ha decidido acabar con nosotros.

Se mueve en el asiento y se inclina hacia adelante, apretando la pistola en la mano. —Si no salen a tiempo, tendremos que abrirnos paso a balazos. La policía ya ha sido avisada. Su alarma silenciosa nos deja solo tres minutos y treinta segundos desde que se activa hasta que aparecen.

—Eso son solo— —miro el temporizador— veintitrés segundos más.

Mi instinto de supervivencia se activa y arranco el coche. Estamos lo bastante cerca como para quedar dentro de la red si cierran el perímetro, pero lejos para ver cómo lo están montando. Si me voy ahora, estaremos a salvo, pero nuestros hombres quedarán atrapados y a Dominic no le gusta dejar a nadie atrás. Siento la tensión formando un nudo en mi cuerpo, en guardia para pelear si es necesario. —¿Qué les pasa?

La luz del segundo piso se apaga diez segundos después de que debieran haber salido y nos quedamos en vilo esperando. —Sven y Rome, preparados para fuego de cobertura, cambio —la orden de Dominic por el walkie recibe acuse de ambos y a lo lejos, oigo sirenas.

—Joder… —me preparo, dejando el walkie para sacar la pistola. Cargo una bala y le quito el seguro—. Esta noche va a haber movida, Dom.

—Solo no dispares a los nuestros.

No tengo ninguna intención de disparar a los que están dentro, los polis corruptos a los que pagamos para que protejan el negocio, pero en medio de un tiroteo, el fuego amigo es un riesgo. Si tienen dos dedos de frente, se quitarán de en medio y nos dejarán hacer lo necesario. Ahora es una misión de rescate. Sacar a los nuestros sin que los cojan es la prioridad absoluta. Si el robo en el periódico se conecta con nosotros, la policía sabrá que pasa algo, lo que solo hará que nos sigan la pista por el asesinato de Sheffield.

—Preparaos para salir... —Dominic abre la puerta y sale, refugiándose tras un contenedor de basura tras dejar abierta la suya y la de los asientos traseros. Pretende cubrirnos con fuego de supresión para nuestros hombres dentro, y yo tengo que mantener el coche listo para largarnos.

La adrenalina me recorre las venas mientras los destellos rojos y azules de las luces de la policía van cobrando nitidez. El coche se detiene en seco, seguido por un segundo vehículo, justo delante de la rotativa. Los policías salen de sus coches con las pistolas apuntando a las puertas en el preciso instante en que los nuestros salen corriendo por la entrada. Las balas vuelan en un caótico cruce de fuego, rompiendo cristales y rebotando en el metal.

Apunto con mi pistola por la ventanilla abierta y me uno al estruendo. No reconozco esos uniformes y mi arma no se puede rastrear, así que me da igual a quién le dé. No apunto a matar, pero

no puedo decir lo mismo de los nuestros. Por ahora, superamos a los polis en número, siete contra cuatro, pero pronto tendrán refuerzos.

—¡Al coche! —oigo gritar a Dominic mientras vuelve a abrir fuego, lanzando más balas al aire para que los policías se agachen tras sus coches patrulla. Los dos hombres que estaban dentro del edificio corren hacia mi coche y nuestro vigía en la esquina dispara unas cuantas veces más para cubrirles también. Mantengo mi pistola enfocada en la puerta abierta del coche patrulla justo cuando una de las policías se asoma y dispara su arma.

La bala rebota en el contenedor donde se esconde Dominic y yo abro fuego. Descargo tres tiros en su puerta, que ella usa como escudo, pero esto se está poniendo muy intenso. Todo sucede tan deprisa que no sé quién dispara a quién. Dos hombres se meten en el asiento trasero y se agazapan como críos. De todos modos, probablemente ya no les queden balas.

Cuando Dominic intenta volver al coche, los policías vuelven a disparar. Oigo la sirena de más coches a lo lejos. Vienen más. —Tenemos que largarnos de aquí —escucho por la radio. Es la voz de Sven.

—¿Un poco de ayuda aquí? —La voz de Dominic en la radio suena más tensa de lo habitual. Él también siente la presión. Está recibiendo tanto fuego que no puede moverse de detrás del contenedor y ahora los policías también disparan a mi coche. Me agacho, meto la marcha. Intento ver por dónde voy mientras avanzo despacio. No veo nada, ni puedo ayudar disparando mientras le caen tantos tiros a mi coche. Espero que no me revienten el radiador ni las ruedas.

—¡Necesitamos cobertura! —la voz del vigía suena por la radio, histérica. Me acerco rodando hacia la posición de Dominic y oigo el disparo del rifle de francotirador de Rome o Sven. Los policías gritan órdenes y la cosa se está calentando. Cuando estoy lo suficientemente cerca como para ver a mi hermano mayor, piso el freno y detengo el coche. Más balas parten el aire, destrozan mi

parabrisas y atraviesan el reposacabezas. Por suerte, estoy doblado sobre mí mismo, tumbado sobre la consola central.

—¡Mierda! —oigo gritos y el vigía cae. Dominic desata toda la furia, vaciando el cargador para cubrirse mientras arrastra al vigía hacia el coche. Rome y Sven siguen sembrando la zona de plomo mientras los del asiento trasero tiran de nuestro compañero herido hacia dentro y Dominic se desliza al asiento del copiloto.

Ni siquiera espero a que cierren las puertas. Meto la marcha atrás y piso el acelerador a fondo. Gracias a la cámara trasera consigo sacarnos hasta un tramo de la calle donde no hay coches aparcados. Las balas siguen zumbando, aunque ya no tenemos munición, y al pasar junto a una farola, la puerta de Dominic la engancha y sale volando. Él se agarra al reposabrazos mientras yo giro bruscamente el coche y meto la marcha. Y no es hasta que repito el acelerón cuando se abrocha el cinturón.

—Mierda, agarraos —gruño mientras piso el acelerador al máximo. Me enderezo para ver adónde voy. Las sirenas aúllan desde todos los ángulos. Los faros destellan; los reflejos rojos y azules bailan en los edificios y en las fachadas de las tiendas. El coche se lanza calle abajo, esquivando vehículos y librándose por los pelos de un peatón que ha salido tarde a pasear al perro.

—Joder, está sangrando de verdad…

Oigo los gemidos de dolor que provienen del asiento trasero junto con los hombres que están allí cuidándole, pero lo único en lo que puedo concentrarme es en conducir. Apunto mi arma por encima del hombro, saco el brazo por la ventanilla y disparo varias veces. Soy el único al que le quedan balas, y Sven y Rome ya no pueden darnos cobertura.

—Que alguien les diga que salgan de ahí o se van a quedar como patos en un tiro al blanco —espeto, cruzando a toda velocidad un cruce con el semáforo en rojo. Un coche pasa volando por la intersección justo después de que yo la atraviese, esquivándome por

los pelos pero chocando de lleno contra un coche patrulla. Ese ya está fuera de juego, quedan varios más.

—Sven, Rome, salid de ahí. Id a mi casa ya mismo. —Dominic suena sin aliento, probablemente de luchar por su vida y la de sus hombres. Se inclina sobre el asiento mientras tomo otra curva intentando despistar a los cabrones. Mientras lo hago, disparo de nuevo y oigo el proyectil rebotar en el coche.—Más rápido, Matty.

—Voy tan rápido como puedo. —Este coche viejo no está hecho como los Charger de la policía. Voy a más del doble del límite de velocidad, poniendo en peligro nuestras vidas, y estoy ganando distancia entre nosotros y quienes nos persiguen, pero solo es cuestión de segundos hasta que saquen un helicóptero para acorralarnos.

—¡Mierda! —Dominic se agacha cuando una bala destroza la luneta trasera.—Matvey, Dan se está desangrando.

—Joder —siseo, girando por otra calle lateral. Apago las luces con la esperanza de ganar algo de ventaja y pasar inadvertido, y funciona. Los patrullas pasan de largo por la intersección y no un segundo demasiado pronto. Cruzo la ciudad de forma sigilosa, evitando cualquier punto donde sé que hay cámaras de tráfico, y nos lleva otros diez minutos llegar a mi casa, donde aparco el coche a salvo en el garaje.

Arrastramos a Dan hasta el vestíbulo, donde se tumba sobre la tarima en espiga, desangrándose. Dominic ya ha llamado al veterinario para que venga a coserle, pero no tiene buena pinta. Paseo a su lado, observando cómo la mancha de sangre crece por segundos. Dominic permanece de pie, manos en las caderas y ceño fruncido, y nuestros dos soldados se turnan para presionar la herida del pecho y darle respiración boca a boca. Dan está muerto antes de que llegue siquiera el veterinario.

—¡Esto es de locos! —El grito de Dominic hace temblar las paredes. —Eso tendría que haber sido un trabajo sencillo, entrar y salir. —

Grita a los soldados que han fallado, mientras mira a Dan, el hombre que había tenido el valor de anteponer su vida a la de Dominic para cubrirle de esa bala.—¡El plan cambia!

—¿Qué? —Niego con la cabeza y me interpongo entre Dominic y el hombre muerto, mientras sus dos compañeros se mantienen junto a su cuerpo inmóvil.—Tenemos que conseguir el portátil.

—No, tienes que averiguar quién más lo sabe. Y después tendrás que matar a la chica. Pondremos explosivos en la redacción y reduciremos el edificio a cenizas. —Sus ojos destilan odio.—Aquí está en juego nuestro nombre.

—Dom, ¿y si miente? ¿Y si hay más gente que lo sabe? ¿De verdad quieres que eso nos acabe salpicando? —Doy un paso al frente, desafiante. No voy a matar a Natalie. Ahora mismo vale demasiado.

—Bien —gruñe, con voz ronca y cargada de rabia.—Entonces asegúrate de que no miente. Averigua si hay alguien más que sepa esto y nos encargaremos también de ellos. Después, ella muere.

Me quedo mirándole mientras se aleja. No pienso matar a Natalie y tengo clarísimo que me voy a negar a las órdenes de mi hermano. Quizás sepa cosas, pero ahora que es mía, nunca tendrá la oportunidad de contarle nada a nadie. Me aseguraré de ello.

11

NATALIE

Hace días que Matty no ha venido por aquí. Mandó a ese soldado imbécil a poner barrotes en mi ventana. Ahora sí que soy una prisionera, aunque al menos me trajo sábanas limpias y un edredón, y también algo de ropa. Y Flynn, el hombre lleno de tatuajes, con un expansor en la oreja izquierda, es quien me vigila y me trae tres comidas al día. No tengo ningún entretenimiento, así que paso la mayor parte del día sentada junto a la ventana, observando los pájaros que se posan en el nido construido en la esquina de la casa, donde la arquitectura decorativa les deja un refugio.

—¿Dónde está? —pregunto en voz baja, mirando por la ventana. Flynn no suele hablar demasiado. Se pasa el día deslizando el dedo por el móvil y mirándome de vez en cuando, pero nunca me pierde de vista, salvo cuando voy al baño. Siempre cierro la puerta, y al cabo de diez segundos, ahí está él, llamando. No es que pudiera escapar por el baño. No hay ventana ni respiradero.

Flynn levanta la vista hacia mí y me ignora, después vuelve a lo suyo. Tiene que estar tan aburrido como yo. Todo lo que hacemos es lo mismo: deslizar el dedo, mirar, respirar. Siento que mi destino

está decidido. Parece que he nacido para observar a los pájaros anidar y migrar el resto de mi vida, sea lo que sea eso.

—He dicho que ¿dónde está? ¿Cuándo va a volver?

Algo dentro de mí echa de menos a Matty. No solo hay una incertidumbre ansiosa revoloteando en mi estómago, sino que también hay una especie de necesidad. El miedo a lo desconocido pende sobre mí como una sombra, pero la necesidad de estar cerca de su fuerza me duele, como si su presencia aliviara algo. Al menos podría ver sus rasgos, leer en su cara lo que piensa. No verle, no saber lo que está pasando, es una auténtica tortura.

Flynn vuelve a mirarme pero, en vez de responderme, se pone en pie, se guarda el móvil y sale de la habitación. Me desespera que nunca me dirija la palabra. Me pregunto si es sordo o simplemente le han ordenado que no hable. Eso sí, vigilándome es bueno, excepto esta vez. Cuando escucho sus pasos alejarse por el pasillo, no oigo el clic de la cerradura. Ha dejado la puerta abierta.

Me relamo los labios y miro la puerta, luego a la ventana. No estoy encerrada. Este inútil se ha olvidado de cerrar la puerta y soy libre para irme. Solo llevo una camiseta y un pantalón corto, ni zapatos ni chaqueta, y es otoño—hace frío fuera. Pero mejor el frío de la calle que el encierro esperando a un destino incierto.

Salto de la silla y me acerco sigilosamente a la puerta. Tal y como sospechaba, el pomo gira fácilmente y hace clic al abrirse. Cruje mientras la abro y asomo la cabeza al pasillo. No hay ni rastro de Flynn, ni siquiera se oye el chirrido de sus botas en el mármol, así que salgo al pasillo. Ya estoy temblando de frío, abrazándome a mí misma mientras me dirijo hacia las escaleras. Lo hago con cautela. Por lo que sé, esto puede ser una trampa y él podría estar esperándome a la vuelta de la esquina para atraparme y darme una paliza por intentar huir.

Las escaleras me dejan en una posición muy vulnerable. Rodean la pared y descienden hasta el vestíbulo. Cuando voy por la mitad, ya

veo la puerta principal. No soy tonta. Sé que si me pillan, estoy muerta. Si consigo escapar y cuento a alguien lo que sé—que trafican ilegalmente con armas para equipar a sus aliados—me perseguirán y acabarán conmigo. Pero tengo que salir de aquí. Matty y ese magnetismo que me domina o no, necesito justicia para Hal y un sitio seguro donde vivir el resto de mi vida. Aquí no puedo conseguirlo.

En cuanto mis pies tocan el suelo de la planta baja, echo a correr. Mis pies golpean el frío mármol y me encamino a la puerta principal. El corazón me late con fuerza. Estoy a solo unos pasos de estar fuera, y entonces tendré que decidir hacia dónde ir y cómo escapar. Mis manos tropiezan con el viejo tirador de la puerta, intento bajarlo a la fuerza mientras tiro de él, pero está atascado. No sé si se ha quedado bloqueado o si está echada la llave, y ahora me empieza a entrar el pánico por salir de aquí. Flynn podría volver en cualquier momento.

Tiro de la manilla, sollozando y sacudiéndola; al mismo tiempo escucho el tintineo de una llave. Se me hiela la sangre, la cara palidece. Me giro lentamente y veo a Flynn de pie, con una bandeja de comida y una llave en la mano. Me frunce el ceño y asiente, pero sigue sin decir palabra. Cuando me pongo histérica y trato de pasar corriendo a su lado, deja caer la bandeja de bocadillos y la sopa y, con un solo movimiento, me agarra con el brazo. Quedo suspendida a su lado mientras vuelve hacia las escaleras.

—¡Suéltame de una puta vez! —grito, pataleando y golpeándole el muslo con el puño—. ¡Déjame ir!

Flynn sigue con su silencio mientras sube las escaleras y yo sollozo. Estuve tan cerca de ser libre y escapar de aquí. —¡Te odio!— Pateo con más fuerza, retorciendo mi cuerpo y esperando que me suelte, pero su férreo agarre se intensifica y apenas puedo respirar.

Cuando volvemos a mi habitación estoy sin aliento y dolorida. Flynn me deja caer al suelo y me empuja con la punta de su bota. Me aparto rodando, temerosa de que me pegue una patada, y me

apresuro a la cama, donde me hago un ovillo y me tapo hasta arriba.

—Quédate— ordena, y tiemblo solo de pensar qué hará si no le obedezco. Es grande, sus bíceps tan gruesos como mis muslos. No me cabe la menor duda de que podría aplastarme. Le miro mientras vuelve a salir, y esta vez el cerrojo suena claramente.

Mi determinación ha desaparecido, drenada tras días mirando las paredes y dando vueltas a la idea de no salir nunca de este sitio. Ahora la desesperanza reina a sus anchas en mis pensamientos. Jamás vengaré a Hal. Nunca volveré a ver a mis padres, ni me enamoraré, ni me casaré. Nunca seré madre, ni podré perseguir mis sueños como esperaba. Mi vida ha terminado, y nadie lo sabe salvo yo.

Quiero ir hasta la puerta y golpearla, gritar y suplicar que me dejen salir, pero no servirá de nada. Matty no está aquí. Flynn es como un robot. Ha recibido unas órdenes y las cumple al pie de la letra. No estoy ni siquiera segura de que haya más gente en esta casa. Estoy sola y nadie me oirá si pido ayuda. Así que dejo que la tristeza me invada, pesa sobre mí en el colchón hasta que me duermo.

Un ruido repentino me despierta—puertas que se cierran de golpe y gritos. Oigo varias voces, todas elevadas al máximo. Salto temblando de la cama y pego el oído a la madera de la puerta. Flynn no está; no volvió nunca, y tampoco cené. Supongo que es culpa mía por intentar escapar y por hacer que él tirara la bandeja al suelo mientras me apresaba.

La voz de Matty suena nítida, y alguien está muy enfadado por culpa de mi fuente.

—Sí, bueno, Jeff también ha muerto ahora. Primero Dan y ahora Jeff, y después de perder a tantos hombres, esto significa guerra.— Quien sea parece llevar la voz cantante. —Sea quien sea la fuente, nos está haciendo mucho daño. Ella lo tiene que saber.—

Trago saliva, nerviosa. No sé nada. Es la verdad. Ni siquiera he escuchado nunca su voz real. Recibía correos cifrados y mensajes de un móvil de prepago. Siempre que hablábamos era a través de un programa de distorsión de voz. Ni siquiera sé si es hombre o mujer, pero a estas alturas incluso mi fuente debe haberse dado cuenta de que me han secuestrado.

—No puedes demostrar que fuese su fuente.— Matty está furioso. Sus gritos me resuenan en el pecho. Quiero correr hacia él y decirle la verdad, que mi fuente es completamente anónima.

—Tampoco puedes demostrar que no lo fue. Y no puedes probar que ella no sabe quién es.— Una tercera voz masculina, más grave, me pone los pelos de punta. —Déjame con ella. Haré que hable.—

—¡Guarda esa pistola!— interviene Matty. Ojalá pudiera verle la cara, saber qué expresión tiene. —Voy a llegar al fondo de esto, pero no será torturándola ni matándola.—

Me aparto de la puerta mientras el miedo me hiela la sangre. Sabía que buscaban mi investigación, que está a salvo en el edificio ultraseguro que sirve de sede al periódico. Y sé que quieren matarme, pero oírlo de primera mano lo hace todo real otra vez. Matty ha dicho que se conforma con mantener el acuerdo como está. Supongo que eso significa que yo sea su juguete sexual y que duerma en mi cama de vez en cuando. Sinceramente, eso suena mejor que morir, aunque preferiría vivir de verdad.

Esto, sin embargo, suena a que no tendrá elección. Le obligarán a matarme, o lo harán ellos mismos. Conociendo cómo han sido nuestras interacciones, no creo que él sea capaz, pero sé que ellos sí lo harían. Sólo con el odio en esas voces sé que esta familia no va de farol. Soy una amenaza porque sé demasiado, y aunque jure una y otra vez que guardaré su secreto, nunca será suficiente.

—Mierda...— susurro antes de volver a pegar el oído a la puerta.

—Si se lo ha contado a alguien y la matamos, saldrán y lo dirán. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?— ¿Matty me está defendiendo? ¿Por qué? ¿De verdad quiere quedarse conmigo? Ni siquiera me conoce.

—Y cuántas veces te he dicho que consigas la información que necesitamos. Hazlo esta noche o busca otra manera de conseguir su portátil. Por lo que sabemos, ya sospechan que la han secuestrado y han entrado en su portátil. Cualquier día alguien denunciará su desaparición.— El primer hombre enfadado parece calmar el tono, y entonces oigo puertas que se cierran de golpe.

Vuelvo corriendo a la cama, a punto de romper a llorar. ¿Qué torturas me esperan esta noche? Ahora sí que estoy segura de que Matty está en esta casa. He oído su voz. Sé que está aquí. Y cuando está aquí, viene a verme. Es cierto que el sexo cuando está furioso es intenso y me encanta cada segundo, pero a veces me asusta. Como ahora, cuando escucho sus botas subiendo las escaleras mientras yo me escondo bajo una manta endeble, como si pudiera protegerme de su ira.

Quiero que esté enfadado, necesito que esté enfadado. Porque necesito que despierte el monstruo en mi interior que me lanza a la batalla y me hace sentir viva. Porque necesito que me domine hasta romperme y ser vulnerable con él. Porque le deseo.

Pero necesitar todo eso no elimina el miedo—que me eriza la piel cuando oigo sus llaves tintinear al otro lado de mi puerta. Me preparo, aprieto los ojos con fuerza y abrazo la manta hecha un ovillo contra mi pecho. Podría encantarme o podría odiarlo, pero en cualquier caso va a entrar, y no sé a qué atenerme.

Dios mío... ¿por qué deseo esto?

12

MATTY

Matar a Sheffield probablemente es lo que ha salvado a Natalie hasta ahora, y ella ni siquiera se da cuenta. Su jefe no puede denunciar su desaparición si está muerto. Nadie ha denunciado su desaparición porque sus padres están demasiado ocupados llorando a Hal para llamar y comprobar cómo está, pero solo es cuestión de días que lo hagan. Entonces no tendré forma de convencer a Dominic de mantenerla con vida. Será un problema. Ya lo es, pero no en la misma medida que si supieran que ha desaparecido.

Introduzco la llave en la cerradura, furioso con la situación. Hemos perdido a otro hombre debido a la filtración de su fuente. No es culpa suya que su fuente esté harta y ahora recurra a otros miembros de la prensa, así que si puedo convencer a Dominic de que es a la fuente a la que necesitamos eliminar, no a Natalie, quizá me permita quedármela. Hasta entonces, tiene que empezar a cooperar conmigo. No me importa lo que sepa. Se callará siempre que yo lo decida. Pero necesito a su fuente.

—Levántate —exclamo, cerrando la puerta de golpe. Meto la llave en el bolsillo y empiezo a dar vueltas, pellizcándome el puente de la nariz. La luz está encendida, pero ella está bajo la manta, con esta

cubriéndole completamente la cabeza. Está encogida, probablemente ha escuchado los gritos de abajo. —¡He dicho que te levantes! —grito, tirando de la esquina de la manta y descubriéndola.

Natalie tiembla, mirándome con miedo en los ojos mientras se muerde una uña. No se mueve, no parpadea. Como un ciervo ante los faros, permanece completamente inmóvil.

—¿Estás sorda? He dicho que te levantes. —Me abalanzó sobre la cama y agarro su muñeca, tirando de ella para sacarla de la cama. Su cuerpo golpea el suelo con un golpe sordo, y ella se levanta temblando. Un gemido escapa de sus labios, y tira del borde de su camiseta. Me mira a los ojos y traga saliva. Juro que veo lágrimas formándose. No tiene nada que temer de mí si me cuenta lo que necesito saber.

—Dime quién es tu fuente. —Me acerco a ella, y ella retrocede. Ya hemos hecho esto suficientes veces, conozco esa mirada. Está aterrorizada y excitada al mismo tiempo. Si es una buena chica y me da una respuesta honesta, le daré una paliza hasta que se corra.

—Yo… no lo sé —murmura, apoyándose contra la pared. O es el frío de la noche de otoño sin calefacción, o está excitada. Sus pezones se marcan bajo la camiseta. Me gusta eso, que tengo este poder sobre ella. Que no puede controlar su propio cuerpo cuando estoy cerca.

Le agarro el cuello con fuerza, inmovilizándola contra la pared, y sus manos se aferran instantáneamente a mi muñeca. —He dicho que me digas quién es tu fuente. Necesito un nombre, un número, cualquier cosa. —Araña mis manos, con los ojos muy abiertos. Cuando hice esto durante el sexo la semana pasada, le encantó. Esta vez no estoy bromeando. Necesito una respuesta.

—No… lo… sé… —logra decir entrecortadamente. Su expresión frenética me enfurece. Suelto mi agarre y ella jadea en busca de aire. —¿Qué vas a hacer? ¿Vas a violarme? —Sus palabras atraviesan

mi corazón. Sé lo que está haciendo, y podría funcionar. No le haré daño de esa manera, no después de lo que le ocurrió a mi madre. Pero la dominaré, le enseñaré una lección. La miro fijamente a los ojos y aparto mi mano.

—Si no me dices el nombre de tu fuente, tendré que matarte, o Dominic lo hará. —Aprieto la mano en un puño, y ella me fulmina con la mirada. Sus fosas nasales se dilatan de manera desafiante, como si me estuviera diciendo que no se someterá a mis órdenes. Nadie se rebela contra mí.

—Se llevaron mi teléfono y lo destrozaron. Era la única forma que tenía de contactar con la fuente, aparte de un único correo electrónico que enviaron. —Cruza los brazos sobre su pecho. Es un gesto de autoprotección, o lo sería si no hiciera que sus tetas se marcaran ligeramente. Lo noto, y ella se da cuenta de que estoy mirando.

—Mmm… —Mi polla se estremece. Me paso la lengua por los dientes y luego la miro a los ojos. Este tenso enfrentamiento es interesante. Es como si estuviera esperando a que la lastime o me la folle, y no había entrado aquí con la intención de hacer ninguna de las dos cosas, pero al ver cómo se eleva su pecho, la neblina de lujuria en sus ojos… Quizá me aproveche de eso.

—Así que si lo quieres, estás de mala suerte.

—La agarro por la parte posterior de la cabeza, con el cabello firmemente sujeto en mi puño. —Oh, no estoy de mala suerte. Me lo vas a dar… —La empujo sobre la cama, y ella cae con un rebote y otro gemido.

—¿La información? —pregunta ella, arrastrándose lejos, pero le agarro el tobillo y la traigo de vuelta mientras abro la bragueta de mis pantalones. Solo pensar en follármela me tiene como una roca.

—No, tu coño —gruño, liberando mi polla.

Natalie gimotea, pero veo una media sonrisa en su cara mientras me subo encima de ella, clavándola en el colchón boca abajo. Ella chilla y empuja como si intentara escapar mientras le arranco la camiseta y la tiro. Tiene una cicatriz en la espalda que nunca había notado, y no me está peleando tan fuerte como las últimas veces. Quizás finalmente la estoy quebrando.

—¡Quítate de encima! —grita, retorciéndose hasta que logra darse la vuelta. Me quito la camisa por la cabeza y también la tiro, mi polla erguida a través de la bragueta de mis vaqueros.

—Mmm, eso no es lo que quieres, Natalie. Te conozco. Quieres que te folle tan fuerte ahora mismo, ¿verdad? En cualquier momento estarás suplicando por mi polla.

—Vete al infierno —gruñe, y su mirada me excita.

—Ya estoy ahí, cariño.

Le agarro del pelo y tiro de su cabeza hacia atrás mientras me bajo los pantalones, dejando al descubierto mi polla. Natalie la mira con los ojos abiertos. Me encanta la expresión de sorpresa en su cara, pero no quiero darle la oportunidad de cambiar de opinión. Le meto mi polla en la boca tan rápido que se atraganta.

—No vas a ganar esto —dice, apartándose. Me resiste, pero sé que lo quiere.

Le sujeto la cabeza con firmeza y me meto de nuevo en ella. Le follo la boca, obligando a sus labios a subir y bajar por mi polla. Sus tetas rebotan, y no puedo evitar agarrarle una mientras trabajo su boca.

—Cállate —gruño—. No vas a ganar este juego. Te has rendido. Lo quieres. Quieres que te folle. —Sus ojos están llorosos, y parece que está a punto de llorar. Me estoy disfrutando. Cada vez que su garganta se aprieta alrededor de mí en un arcada, me envía oleadas de excitación por todo el cuerpo.

—Mmm —gruñe, y jadea cuando empujo mi polla más profundamente, sujetando su cabeza quieta y tirando de su pelo. Sus ojos se cierran, y traga. Los músculos de su garganta me agarran, extrayéndome.

—Así está bien —digo, tirando de su pelo de nuevo—. Te lo vas a tomar todo, ¿verdad? —Sus ojos están llorosos, y le follo la boca más rápido. Se atraganta de nuevo, pero no aflojo—. Quieres que te lo dé todo, ¿no? —Mi polla se desliza en su garganta una y otra vez, y cada vez que se atraganta me aprieta, acelerando mi pulso.

Natalie se aparta y la dejo, empujando mi polla hacia su cara. Está jadeando por aire, pero asiente. —Mmm —gime y se tapa la boca. Respira agitadamente mientras le quito los pantalones cortos, y luego mis pantalones. Cuando me muevo para subir de nuevo a la cama, se da la vuelta en un intento de escapar una vez más.

—No, no lo harás —siséo, clavándola. Si no quiere jugar bien, recibirá al monstruo. Su piel cremosa es demasiado blanca, demasiado pura. Necesita un bonito tono rosado. Retrocedo y le doy una bofetada.

—Mierda —gime. Ni siquiera está protestando esto. Es demasiado fácil. Necesita luchar contra mí. Así que le doy otra bofetada fuerte en el culo, y ella grita. —Ahora estás hablando —digo, y le doy otra bofetada. Su culo está rojo brillante y se retuerce debajo de mí, su coño empapado. Bajo mi cara a sus labios calientes y húmedos y la lamo por todas partes. Pruebo sus dulces jugos y meto mi lengua dentro. Ella jadea y sus caderas se arquean, empujando su coño contra mi cara.

—Dios mío —gime—. Te odio.

—Te encanta —digo, y meto mi lengua aún más, separando sus piernas para llegar ahí. Meto mi lengua en su agujero y se la follo tan fuerte como puedo. Está gritando, sus puños golpeando la cama. Me aparto y le agarro el pelo, tirando de su cabeza hacia arriba. Ella jadea. —Ahora vas a recibirlo.

—No, por favor —suplica—. Seré buena.

—No quiero que seas buena —gruño. Sus ojos se abren cuando agarro mi palo y lo guío hacia su coño—. Quiero que seas mala para mí. —Quiero que se resista, que esto sea más divertido.

Ella gime cuando me meto en ella, agarrando sus tetas desde abajo y apretándolas. Está mojada y caliente, y su coño apretado agarra mi polla. Retrocedo, y luego la empujo de nuevo en ella y ella grita. Sé que estoy siendo brusco, pero no me importa. Quiero que lo sienta. Quiero que sepa que esto es lo que pasa cuando no me das lo que quiero. Quiero que sepa cómo se siente estar controlada. Quiero que sepa que la poseo.

—Voy a hacerte gritar —digo, y comienzo a follarla más fuerte. Ella gime y arquea sus caderas, encontrándose conmigo empuje por empuje. Retrocedo mi mano y le doy otra bofetada en el culo, y ella grita. —Así está bien —digo—. Grita por mí.

Los ojos de Natalie están muy abiertos y se muerde el labio. Llego abajo y le agarro el pelo, tirando de su cabeza hacia atrás. —Voy a hacerte suplicar por mi polla —dice—. Voy a hacerte que la tomes. Y vas a amar cada maldito segundo.

—Que te jodan —dice, pero lo dice de una manera que me hace querer follarla aún más fuerte. La tengo clavada y no se está peleando conmigo. Está gimiendo y suplicando por más. Siento que podría follarla toda la noche.

—Me pones tan duro —gruño—. Podría follarte toda la noche.

—Mmm —gime, sus ojos parpadean—. Lo quiero. —El dolor y la excitación en su tono me hacen cosas. Es imposible para mí parar ahora incluso si quisiera. Me tiene trepando por las paredes.

—Lo sé —gruño, pero no voy a darle lo que quiere tan fácilmente. Me retiro y espero, presionando mi polla contra su agujero. —Así que, suplica... —Deslizo la cabeza de mi polla hacia arriba y abajo

por su raja, humedeciendo su entrada estrecha y caliente. Ya puedo sentir el anillo de músculos resistiéndome.

—Por favor —gime, arqueando sus caderas. —Por favor, por favor, oh Dios, por favor.

—¿Por favor qué? —pregunto, presionando la punta de mi polla contra su entrada caliente. La deseo tanto. Necesito reclamarla, hacerla mía.

—Por favor, fóllame —gime. —Oh Dios, por favor, fóllame. —Se apoya contra mí y pierdo todo el control.

—Suplica —gruño, y empujo mi polla dentro de ella. Ella jadea mientras la introduzco. Puedo sentir cómo se resiste incluso mientras grita. Me retiro y la empujo de nuevo, gimiendo al sentir su culo apretado agarrando mi polla. Me retiro y la empujo otra vez, esta vez agarrando sus caderas. Su culo está tan apretado que es imposible que haya hecho esto antes, pero lo acepta fácilmente. Joder, si eso no lo hace más caliente.

Ella grita de nuevo y la follo más fuerte, mi polla golpeándola. Mi mano golpea su culo y ella grita, el sonido resonando por la habitación. La golpeo de nuevo, y otra vez, y la follo tan fuerte como puedo. Puedo sentir cómo se aprieta alrededor de mí, los músculos estrechos extrayéndome.

—Más fuerte —gime. —Por favor, por favor, fóllame más fuerte.

—¿Lo quieres más fuerte? —digo, retirándome. —Lo tendrás.

Ella se apoya contra el cabecero y repite —fóllame, fóllame — una y otra vez, y sé que no tardará en venir. Su cara está sonrojada y suda, y puedo ver que está cerca. Le agarro los hombros y la empujo contra mí más fuerte para poder penetrar más profundamente en su culo, y ella gime tan fuerte que sé que estallará en cualquier momento.

—Ven por mí —gruño, y siento cómo se aprieta alrededor de mí.

—Me estoy viniendo —gime, y su cara se contrae, y sé que está llegando al clímax. Sus rodillas ceden y la empujo contra mí, penetrando tan fuerte como puedo en su culo. Pequeños pulsos de contracciones me agarran y luego se sueltan rítmicamente.

—Joder —jadea. —Joder, joder.

Le muerdo el cuello, fuerte, y la sensación la lleva a un frenesí. Se levanta contra mí y puedo sentir cómo viene alrededor de mi polla, su culo apretándose y sus gemidos resonando por la habitación. Sigo follándola, implacable, hasta que mis pelotas se tensan. Gimo, y puedo sentir mi orgasmo llegando. Me vengo dentro de ella, vaciándome en su culo.

Me retiro y me levanto, un hilo de mi semen se estira desde la cabeza de mi polla hasta que se rompe y gotea sobre su nalga. Ella yace allí algo incoherente hasta que le golpeo el culo de nuevo. Ella se estremece y se curva de lado. No puedo evitar desear la sensación de su cuerpo contra mi piel todavía. Así que me subo sobre ella, rodeándola. Ella se gira y me mira mientras me siento sobre sus caderas y siento sus tetas presionar contra mi pecho.

—Te daré una salida.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, su voz apenas un susurro.

Lo pienso por un segundo. Necesito saber su información, quién es su fuente, quién más podría saber la verdad sobre nuestro negocio de contrabando. —Tráeme ese portátil, ayúdame a descubrir quién es la fuente, y podrás alejarte de esto. —Lo digo en serio. Puedo decirle a mi hermano que está muerta, que la escondí. Él nunca tiene que saberlo.

—Yo…

—Necesito que me acompañes a ese edificio y me des el portátil, que me des el código de acceso. Si la información que dices que es verdad está en tu correo electrónico, tendré a la fuente por los

huevos. —Y también sabré con quién más ha compartido cualquier información. Lenny puede revisar su portátil y descubrirlo.

—Vale —murmura, y la creo.

Me acuesto a su lado y la obligo a apoyarse contra mi cuerpo. Estoy jugando con fuego. Mi padre, ahora en su lecho de muerte, una vez me dijo que si jugaba con el diablo, perdería mi alma. Pero entregué mi alma la primera vez que me acosté con esta mujer. Hay dos cosas en esta vida que siempre me han importado: la familia y la lealtad. Y voy a poner a prueba su lealtad hacia mí esta noche.

—Tengo que contarle a Dominic el nuevo plan. Me acompañarás directamente a la oficina y conseguirás el portátil, y lo traeremos aquí con la intención de encontrar la fuente. Entonces te dejaré ir.

Natalie no me mira ni parpadea; apenas respira. Si puede pasar mi prueba, no será una enemiga. Será familia.

—Duerme bien —le digo, saliendo de la cama. Me visto rápido; ella me mira. Y cuando salgo, cierro la puerta, pero no la cierro con llave. Tengo cámaras en todos los pasillos de esta casa. Vi las imágenes de ella intentando salir. Flynn fue un tonto por olvidarse de cerrarla, pero yo lo hago a propósito. Tengo tres hombres listos para hacer turnos y vigilar las cámaras. Si intenta salir, la atraparán. Si no, sabré que quiere estar aquí.

Primero, tengo que contarle a Dominic mi nuevo plan, con un pequeño cambio. Él pensará que Natalie estará muerta al final, pero no puedo permitir eso, así que tendré que hacerlo parecer real. Solo hasta que pueda encontrar una manera de demostrarle que no es una enemiga. Hasta entonces, permanecerá aquí conmigo, y la protegeré.

Si consigo ese portátil.

Si no, no tendré más remedio que dejar que mis hermanos hagan lo que quieran.

Rezo para que no llegue a eso.

13

NATALIE

Matty tiene un lado tierno y lo está mostrando. Después del comentario que hice merezco ser castigada, pero él no lo ha hecho... No ha podido. ¿Por qué? Se ha contenido esa vez. ¿Ha sido porque esta vez no me he resistido tanto? ¿O porque le ha surgido conmigo algún tipo de apego malicioso y erótico? Sea lo que sea, no estoy segura de querer que termine. Me gusta ese tira y afloja, aunque esta noche, cuando entró, me dio un poco de miedo.

Sin embargo, él es distinto. Nunca pensé que los hombres de su gremio tuvieran sentimientos o una vena sentimental. No hasta que le conocí. Y quizá solo sea una anomalía, una excepción entre los demás, pero sé que no debería ser así. Muestra clemencia conmigo cuando sus hermanos exigen justicia inmediata. Amenacé su apellido, su negocio, su reputación, pero él se interpone como un escudo entre ellos y yo.

¿Por qué?

Salgo de la cama y me acerco de puntillas a la puerta. Al girar el pomo, compruebo que no la ha cerrado con llave. No era solo imaginación mía. Realmente me ha dejado en una habitación sin cerrar, a pesar de los barrotes en la ventana, a pesar de que ya he

intentado escapar dos veces. No sé por qué lo ha hecho, pero la idea de huir ni siquiera se me pasa por la cabeza.

Me sorprendo sonriendo, mordiéndome una uña, como si aún quedase mucho por roer allí. Está empezando a confiar en mí, y yo descubro que empiezo a sentir algo por él. Sentimientos de verdad. Por eso no le luché esta noche. Él estaba alterado, y no era una exhibición de hombría para intimidarme y obligarme a fingir sumisión. Había una verdad en sus ojos esta noche, rabia y dolor por algo tan real que le sacudía. Matty tenía miedo de su hermano.

Me pongo la camiseta y los pantalones cortos, preguntándome si no será solo una prueba. ¿Quiere que vuelva a intentar escapar? ¿Pelearme con él como he hecho cada vez que hemos tenido sexo, solo para que pueda excitarse otra vez? ¿Pero por qué? ¿Por qué no simplemente decirme lo que quiere y confiar en que seré su putita cuando le apetezca? ¿Qué ha cambiado? ¿Y por qué ahora?

Abrazándome las manos al estómago, salgo de la habitación. Ya he visto esto antes, varias veces. No es nuevo, pero esta vez me detengo un momento para empaparme bien del ambiente. Cada puerta está elegantemente tallada, todos los arcos son iguales. El mármol del suelo está frío bajo mis pies, y bajo despacio las escaleras. Veo la puerta principal, pero no es hacia donde me dirijo. Quiero encontrarle. Solo estar cerca de él me parece lo correcto.

Las luces están bajas, solo unas pocas iluminan el vestíbulo. Veo una puerta entornada, como si la hubiera dejado así a propósito para invitarme a pasar. Me encamino en esa dirección. El dibujo de un pentagrama en el mármol bajo la enorme lámpara me llama la atención. Nunca lo había notado las otras veces que he entrado aquí. Está hecho con mármol salpicado de oro, enmarcado con finas losas de mármol negro. Es curioso. Me pregunto si ya estaba cuando compró la casa o si lo mandó poner él mismo.

Sigo hacia la habitación iluminada y veo que está vacía, pero algo en el interior me llama, me invita a entrar. Así que empujo la puerta y avanzo dentro. Parece un despacho, grande pero acogedor. Un

armario alto ocupa una pared, en otra hay una estantería. Al fondo hay un escritorio, y más cerca de mí, dos sofás enfrentados con una mesa entre ellos. Resulta acogedor. Los tonos cálidos de marrón y dorado me envuelven.

Las apliques en la pared emiten una luz suave, mientras que la otra lámpara del techo está apagada. Tiene el aire de un viejo local a punto de cerrar. Solo falta la música de fondo. Entro descalza un poco más, y me fijo en la alfombra lujosa bajo la mesa y los sofás. Matty no ha escatimado en esta sala. Debe de ser su lugar preferido de la casa; entiendo por qué podría ser el mío también.

Dejo que mi mano resbale sobre el respaldo del sofá de cuero mientras camino. Aquí huele a almizcle, a puros y whisky. Y además hace calor. Puede que sea la única estancia de la casa que ya tiene la calefacción puesta. Me gusta eso; le da un aire más hogareño. Y al ver un retrato familiar colgado en la pared, me detengo para observarlo.

Hay cinco chicos, de edades similares, y un hombre y una mujer. Reconozco a Matty al instante. En esa foto debe de tener unos diez años. No ha cambiado nada, salvo por haberse hecho más varonil. Y su padre—vaya, es clavadito a él, aunque también le veo parecido con la madre, y dolor. Ese dolor lo llena todo en sus ojos, de forma inquietante. Su mirada es hueca, carente de la vida que suele transmitir una foto familiar. Me pregunto si la historia de Matty era cierta, si realmente estuvo tan devastada y atormentada que acabó quitándose la vida. Este retrato desde luego muestra a una mujer marcada por el sufrimiento.

Aparto la vista del retrato y observo las estanterías con libros. Varios álbumes gruesos llaman mi atención. Si una imagen vale más que mil palabras, esos álbumes podrían contarme historias del pasado que completarían los huecos para mí, contarme quién era el Matty de antes, el que existía antes de que llegase el dolor, antes de que se adentrase en este mundo y la vida de la delincuencia organizada. Ese al que quiero encontrar, al que quiero acercarme.

Cojo un álbum y me acurruco en uno de los sofás. Al pasar sus páginas, me sorprende sentirme tan profundamente conectada a él. Cada foto en este libro tiene al menos una cara familiar, que coincide con el retrato de la pared. No sé quién es quién, pero conozco sus nombres gracias a mi investigación. Empiezo a preguntarme cuál de los hermanos es Dominic, el mayor y el que tomará las riendas de la familia cuando Alexsi, su padre, muera. Sé que está en cuidados paliativos porque mi fuente me dijo que no quedaba mucho y que el momento de atacar será cuando estén debilitados por su ausencia.

Ya no creo querer eso, atacar quiero decir. Matty no parece empeñado en destruirme. Parece comprender por qué hago lo que hago. Por qué investigué a su familia y por qué necesito hacer justicia por Hal—o venganza, cualquiera de las dos me vale. Parece entender que necesito encontrar al asesino de Hal.

Paso otra página y encuentro un recorte de periódico. Es un artículo sobre la mujer cuyo rostro aparece en la imagen de la pared. Empiezo a leer, preguntándome de qué trata. En la foto parece feliz, pero el artículo no tiene nada de alegre. Detalla las circunstancias de su suicidio y Matty no exageraba. El artículo lo cuenta todo, su violación y la nota de suicidio que dejó, pero se detiene antes de reproducir el contenido de la carta. Debió de quedarse destrozado. Siento que se me llenan los ojos de lágrimas por él, deseando con todas mis fuerzas que esto nunca le hubiera pasado a él ni a su madre.

Cierro el libro y suspiro, incapaz de mirar otra foto. Mi corazón no puede con eso ahora mismo. Me afecta demasiado. No hace tanto que se llevaron a Hal, y me siento más unida a esta familia de lo que querría admitir. Jamás encontré pruebas concluyentes de que fuera la familia de Matty quien mató a Hal, aunque sigo sospechándolo mucho. Una parte de mí se pregunta si fue uno de sus hermanos. Me estremece pensar que podría haber sido él, que me he acostado con el hombre que asesinó a mi tío a sangre fría. Tengo que apartar ese pensamiento antes de que eche raíces, porque me estoy enamorando de él.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y cierro los ojos. Si hubiera querido matarme, ya lo habría hecho. Y quizá al principio me mantuvo con vida porque pensaba que podía serle útil, o porque temía que tuviese preparada una red de seguridad que le pudiera caer encima si yo desaparecía. ¿Pero ahora? ¿Semanas después? Ya no tiene motivos para ser amable conmigo, para ofrecerme una salida si le ayudo a conseguir la investigación. No tiene razones para confiar en que no he hecho copias o las he enviado a mí misma o a otra persona. O las he guardado en discos duros escondidos en otros sitios. No tiene motivos para pensar que no volvería a mi trabajo y reconstruiría un caso en su contra.

—¿Qué haces aquí dentro?

La voz de Matty me sobresalta y pego un respingo. Me incorporo y le miro con los ojos muy abiertos. Está de pie en la entrada con un plato de comida en la mano. A mí también a veces me da hambre después del sexo, pero no se lo digo. No consigo articular palabra, ni siquiera para excusarme. Me quedo sentada con las piernas encogidas y el álbum en el regazo, mirándole con temor mientras irrumpe y deja el plato sobre la mesa.

—Esta es mi oficina privada —gruñe mientras se acerca a zancadas —. No me da tiempo a reaccionar. No pensé que se enfadaría. Creí que era una invitación.

—No intentaba escapar —gimoteo mientras él me agarra del pelo y me arrastra fuera del sofá. El álbum cae al suelo y tropiezo hacia delante al tiempo que me arrastra hacia la puerta.

—¿Qué coño hacías? ¿Registrando aquí? ¿Buscando más información sobre mi familia? —Está furioso y, bueno, supongo que lo entiendo. No sabía que pensaría que intentaba airear sus trapos sucios.

—No, Matty, por favor. Déjame explicártelo. ¡Ay! —me quejo cuando me empuja bruscamente al vestíbulo y mis rodillas golpean el mármol—. Joder...

—¡Levántate! —Su voz retumba y vuelvo a sobresaltarme. Me incorporo lo más deprisa que puedo, pero él ya está encima de mí. Pierdo el equilibrio y empiezo a caer, y entonces él me agarra por la cintura y me echa al hombro como si nada.

—Matty, por favor. Pensé que habías dejado la puerta abierta para que bajara y me sentara contigo. Yo no sabía…

—¡Cállate! —me escupe y me da una bofetada en el trasero. Pero no es una palmada juguetona como las de antes. Y su tono ya no es seductor ni hambriento. Está dolido. Es como si de verdad me hubiera estado poniendo a prueba y acaba de descubrir que no me comporto como él pensaba. Me aferro a su cuerpo mientras sube a zancadas la escalera. Me sacude tanto que me duele el cuello. Gimoteo, pero parece que no me oye, o si lo hace, le da igual.

Entra de un portazo en mi habitación y me deja caer sobre la cama. Me aparto el pelo de la cara de un manotazo.—¡Basta! ¡Déjalo ya! —grito y él se queda de pie sobre mí, el pecho subiendo y bajando—. Bajé para sentarme contigo. Podría haberme ido. Podría haber salido directamente por la puerta principal, pero no lo he hecho. No me he escapado. Te he dicho que te ayudaría a conseguir ese puto portátil, y lo haré. ¡Que lo haré, joder! Quizá gritarle ahora sea un error, pero me da igual.

—No tenías ningún derecho a entrar ahí dentro. —Sus ojos destellan de rabia, tormentas tan oscuras que parecen a punto de estallar, y yo solo puedo sentir lástima por él.—Ese es mi espacio privado. Nadie entra ahí.

Lo sabía. Sabía que era como un santuario privado. Aquel lugar me pareció demasiado sagrado. Tiene razón; no debí haber entrado ahí. No sé por qué no salí corriendo en cuanto sentí esa punzada en el estómago. Solo puedo observarle mientras tiembla de furia.

—Yo… —No tengo palabras, ni excusas, solo un dolor en el pecho por querer arreglar lo que he hecho y tranquilizarle. Le tiendo las manos y él las aparta de un manotazo.

—Has cruzado la línea. —Me fulmina con la mirada y niega con la cabeza antes de salir y cerrar la puerta con llave.

Salto de la cama y corro hacia la puerta, zarandeando el pomo.—No, por favor, Matty. Por favor… —lloriqueo y sollozo, golpeando la puerta.—Lo siento. No era mi intención. Por favor, vuelve. Todo iba bien. Él y yo teníamos una conexión. No debería haber acabado así. No puede estar enfadado y marcharse y dejarme encerrada ahora. No quería hacerle daño. No estaba buscando más mierda. Sentía que de verdad nos estábamos conectando.

—Matty —lloro, golpeando la puerta, pero él no vuelve. No se oye un solo ruido en la casa. El viento aúlla más fuerte tras las ventanas que los sollozos que salen de mi garganta y me deslizo por la puerta hasta acurrucarme en el suelo, apoyada en ella.—No era mi intención.

Me duele el corazón. Quizá me equivoqué. Quizá él no siente esa conexión conmigo. Quizá ver el álbum familiar fue cruzar la línea. Dios, cómo duele esto y ni siquiera sé por qué. Nunca quise herirle, y ahora solo puedo esperar a ver qué pasa, si sigue de mi lado cuando vuelva conmigo.

Dios, ¿qué he hecho?

14

MATTY

Me siento frente a Nanette, la esposa de Dominic, en la mesa del comedor. No es tan diferente de Natalie. Las dos son inteligentes y guapas, y Nan llegó a la vida de Dom de una forma bastante parecida también. Aunque, Natalie empezó estando en el lado equivocado. Todavía me pregunto si sigue dudando después de lo que pasó hace dos noches. Cuando cerré esa puerta, me quedé allí escuchando sus sollozos, suplicando que volviera, diciéndome que no había querido molestarme. Esa es una virtud que tiene, pero tendrá que demostrarme que merece mi confianza. Yo también estoy dudando.

—Pásame la sal, por favor —dice Dominic, señalándome con el tenedor.

La sal está escondida detrás del cuenco de judías verdes que ha preparado la asistenta de Dominic. La cojo y se la paso, y él baña el asado de cerdo. Estoy aquí para hablar de negocios, pero primero terminaremos de comer. No le gusta que su esposa esté presente durante las conversaciones de negocios. Prefiere separar su vida personal de lo que hacemos. Así que, a pesar de tener un plan muy sólido, me mantengo en silencio.

—Este asado está espectacular. Mika se ha superado hoy —Nanette se lleva el último trozo de carne a la boca y lo mastica despacio, saboreando los matices. Yo también disfruto la comida. Parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que comí una comida de verdad. No he parado con los asuntos familiares y durante varias semanas he pasado la mayoría del tiempo sentado junto a la cama de mi padre.

—Estoy de acuerdo. —Me limpio la boca con la servilleta y dejo el tenedor sobre el plato vacío—. Gracias por invitarme a cenar.

—Por supuesto —responde, sonriendo—. Os dejo para que habléis de vuestros asuntos. Se pone en pie y recoge su plato, alargando la mano hacia el mío. Lo levanto y se lo entrego, colocando la servilleta encima.

—Gracias —le digo, y asiente con cortesía antes de besar a Dominic en la frente.

—Te espero en la cama —dice Nanette antes de desaparecer en la cocina. Por fin, Dominic y yo nos quedamos solos. Doy un sorbo a mi brandy y le observo mientras termina de comer. No voy a sacar el tema hasta que termine el plato; es lo correcto. Yo valoraría a un hombre que me diera ese mismo respeto. Dominic y yo tampoco somos tan distintos. Mismo gusto en mujeres, mismo amor por la familia, misma sed de verdad y de venganza. Pasó años persiguiendo al violador de mi madre para hacer justicia y, cuando lo logró, se transformó en otra persona—más centrada.

Aun así, hasta en la decoración tan familiar de la casa, los muebles, los cuadros, las alfombras, estamos cortados por el mismo patrón. Incluso la lámpara de araña que cuelga sobre nuestras cabezas se parece mucho a la que tengo en mi comedor. Y corre por nuestras venas la sangre del apellido Gusev, por eso ambos haremos lo que sea necesario para proteger a nuestra familia y nuestro negocio.

—¿Así que la has roto? —pregunta mientras se limpia la boca. Su plato no está vacío, pero lo aparta y deja la servilleta encima.

—Sí. —Estoy seguro de que, en cierto modo, está rota; solo que no estoy convencido de ser yo quien lo ha conseguido. Pero mi plan funcionará.

—¿Y la fuente? —Dominic se inclina hacia delante, juntando las yemas de los dedos, con los codos apoyados sobre el mantel.

—Tendremos la dirección de correo electrónico y la forma de rastrear su origen en cuanto tengamos ese portátil.

—Hmm, ¿y cuál es el nuevo plan para conseguirlo? —me examina y baja ligeramente la barbilla. El plan anterior fracasó estrepitosamente, y no voy a permitir que vuelva a pasar. No podemos perder a más hombres.

—Voy a entrar directamente en el periódico y cogerlo a plena luz del día, y Natalie será mi escolta. —Me recuesto en la silla con confianza y tamborileo los dedos sobre la mesa—. Ella usará su identificación y su huella para la biometría, y me acompañará como su "fuente". Una vez dentro, tendremos todo lo que necesitamos, y Natalie dejará de ser un problema.

El rostro de Dominic se retuerce y resopla.—Si sabe lo que creemos que sabe, siempre será un problema, un fantasma que nos persiga. Tendrá que ser—

—Me encargaré yo —digo con firmeza, cortándole.—No será un problema.

—Bien… —Se levanta y se ajusta la corbata.—Hazlo pronto. He sabido por el sargento Monroe que ya la están buscando. Hay gente haciendo preguntas. Todavía no hay una denuncia oficial por desaparición, pero si no conseguimos pronto ese portátil, la habrá. Probablemente sea bueno que se deje ver por la oficina. Eso desviará la atención de nosotros, al menos de momento. Pero asegúrate de cubrirte la cara o las cámaras de seguridad te grabarán.

—Ya estoy en ello. Lenny desviará la señal mientras esté dentro del edificio.— Me levanto también y le tiendo la mano para estrechársela. Dominic agarra la mía con fuerza y el trato queda sellado. Seguiré mi plan y eliminaremos la amenaza. Luego me ocuparé de Natalie, y todo terminará. Solo tiene que confiar en mí y mantener la boca cerrada.

—Infórmame cuando esté hecho.— Dominic se marcha y yo me acaricio la barba con la mano. Ahora toca volver a casa y repasar el plan con Natalie otra vez. Tiene que comprender lo fundamental que es que haga exactamente lo que le digo. Si no, su vida está en juego.

Vuelvo a casa y encuentro a Flynn custodiando su puerta, tal y como le pedí, pero ahora tengo otra petición. Natalie y yo tenemos que hablar, así que le digo que la traiga a mi despacho—el lugar en el que nunca se le permite estar. Su reacción cuando la pillé aquí el otro día me hace pensar que está dispuesta a obedecerme, quizá incluso más. La semana pasada tampoco se apartó cuando se acurrucó sobre mi pecho.

Abro la puerta de mi despacho y enciendo las luces, luego busco dos vasos bajos y sirvo un poco de ginebra en cada uno. No pasa mucho tiempo antes de que la oiga gimotear y lloriquear. Está protestando por algo y estoy seguro de que es por la manera en la que Flynn la está manejando. Cuando me siento en el sofá y dejo los vasos sobre la mesa de centro, Flynn entra con Natalie. La sujeta por ambos brazos, obligándola a avanzar. Ella se pone rígida al verme y se queda en silencio.

—Bienvenida, Natalie— le digo, señalando el sofá que está frente al mío.— Siéntate. Flynn, déjanos solos.— Hago un gesto con la muñeca y él se va, cerrando la puerta tras de sí.

Natalie se agarra un codo y se queda allí, con aire tímido. La misma camiseta y los mismos pantalones cortos que lleva puestos desde hace días cuelgan de su cuerpo delgado. Tiene aspecto cansado, el

rostro demacrado y el pelo revuelto. Ha adelgazado desde que llegó, no mucho, pero se nota en su cara.

—Yo… ¿Puedo volver a mi cuarto?

—Siéntate— le ordeno con firmeza, y ella se tensa. Su andar rígido mientras se acerca al sofá me divierte. Ni siquiera ha visto todavía mi lado oscuro y violento. Ese azote en el trasero fue solo el principio, si no se somete a mí, aunque sé que lo hará. No dejará que llegue al punto en que me enfade de verdad con ella. Se le ve en los ojos. Quiere obedecerme.

Se sienta justo en el borde del cojín y apoya las manos sobre las rodillas. Está tímida y le tiemblan un poco las manos. Mi reacción cuando la pillé husmeando la asustó de verdad. Ahora sabe que no soy un hombre con el que se pueda jugar. Eso es bueno. Ahora podemos ir al grano.

—Bebe— le ordeno, asintiendo hacia su vaso mientras cojo el mío. Me lo bebo todo de un trago y me arde al pasar.

—¿Qué es?— pregunta ella, levantando el vaso con cuidado usando solo dos dedos.

—Ginebra.

La observo mientras ella también se bebe el contenido de un trago. Tose y se atraganta un poco, secándose la boca con el dorso de la mano antes de dejar el vaso de nuevo en la mesa.— Es horrible.

—Es una botella de quinientos dólares.— Es fuerte también, cuarenta grados y capaz de arrancar la pintura de las paredes. Ya empiezo a sentir el efecto después del brandy en casa de Dominic.

—¿Qué quieres?— Natalie se echa un poco hacia atrás en el sofá, pero sigue pareciendo incómoda.

—Mañana es el día en que me llevas al periódico. Necesito saber quién más tiene copias de tu trabajo, y necesito la verdad. Si eres buena y me cuentas lo que necesito saber, te irás a la cama

contenta.— Me relamo el labio inferior solo de pensar en lo mucho que deseo hacerle cosas muy sucias a su cuerpo.

Ella me mira con calma y se encoge de hombros.— Les di una copia a algunos amigos. Tienen instrucciones de enviarla a todos los grandes periódicos de Nueva York si desaparezco.— Dice las palabras con tal firmeza y convicción que casi me lo creo. Es lo más sensato cuando se investiga a alguien tan peligroso como yo, como mi familia. Pero hay algo en su mirada que me hace dudar de si dice la verdad.

—¿Qué amigos?

—Como si te lo fuera a decir. Solo los matarías.— Saca pecho y, de nuevo, casi me convence. Endereza la espalda y no aparta la mirada de mí, incluso cuando me pongo en pie y rodeo la mesa hacia donde está ella. Cuando entro en su campo periférico, flanqueando el sofá en el que está sentada, sigue mirando fijamente el lugar donde yo estaba segundos antes.

—Aquí no mentimos, Natalie. Si esto va a funcionar, vas a tener que ser sincera.— Me coloco detrás de ella y le aparto el pelo del hombro, dejando al descubierto su cuello. Entonces me inclino, respiro sobre su piel de porcelana y miro dentro del cuello de su camiseta.— Porque no querría que ese bonito cuello tuyo acabara manchado por la hoja de mi hermano.

Inclinándome más sobre el respaldo del sofá, le beso suavemente el cuello, luego le doy un leve mordisco. Ella jadea y se estremece, pero permanece sentada con una postura impecable, mirando hacia la otra pared. Lentamente acerco la boca a su oído y susurro:— Y además, ¿cómo voy a hacer contigo lo que quiero si eres un cadáver? Las mentiras suelen arruinarlo todo. Y lo nuestro merece seguir vivo, ¿verdad, Natalie?

Tiembla y veo cómo se le eriza el vello de los brazos y la piel se le pone de gallina. Pero no dice nada. Me está cerrando la puerta, lo que puede significar que confía plenamente en que su historia saldrá

a la luz, o tal vez está faroleando y se le da de maravilla. Rodeo su cuello con mi mano, rozando suavemente su piel. Su cuerpo vuelve a tensarse cuando deslizo la mano hacia su garganta y la obligo a alzar el mentón.

Me mira de reojo y aprieta los dientes.— ¿Me estás mintiendo? ¿De verdad hiciste copias de los archivos y se los enviaste a tu amigo como seguro?

Natalie parpadea varias veces e intenta apartarse, pero aprieto su cuello con tanta fuerza que se atraganta y luego tose. Me mira directamente a los ojos y aflojo mi agarre. Cuando lo hago, dice—Sí, lo hice.

—No me mentirías, ¿verdad?

—No —responde ahogada, y la suelto. Lleva la mano al cuello y lo frota, con el pecho agitado. Vuelvo a rodear el extremo del sofá, pero esta vez me dirijo al mueble de las bebidas. Quiero otro trago, y la quiero a ella más desinhibida. Se va a acordar de todo, pero ahora mismo está demasiado rígida como para que sea realmente divertido.

Agarro la botella de ginebra y, al darme la vuelta para regresar, la veo lanzarse como un relámpago hacia la puerta. Me río entre dientes y niego con la cabeza. Ya está fuera y corriendo y no puedo esperar a ir tras ella. La casa está a oscuras. Todas las puertas están cerradas con llave, así que no puede salir aunque quiera. Ahora tiene miedo, lo cual significa que es muy posible que me haya mentido y tiene todas las razones para estar asustada. Doy un trago a la ginebra y dejo la botella mientras me adentro en el pasillo.

—Natalie —llamo mientras avanzo por el pasillo. Oigo un gemido en la oscuridad y decido no encender las luces. Es más divertido así, buscarla como si fuera mi presa y yo el lobo acechándola en la noche—. Vuelve, diablilla. Tu lobo va a cazarte y va a hacer contigo lo que quiera.

Me adentro más en los rincones de la casa. Mantengo las puertas cerradas, así que no hay muchos lugares donde pueda esconderse. Incluso si ha conseguido entrar en una habitación y cerrar la puerta tras ella, tengo la llave maestra.—Te encontraré y cuando lo haga aprenderás otra lección.—Un ruido a mi izquierda me llama la atención, así que me dirijo allí. Está en la cocina.—¿Te gusta que te cacen, Natalie? ¿Te gusta hacerte la difícil?

No hay respuesta, pero oigo un golpe y empujo la puerta de la cocina. Aquí también está oscuro, pero mis ojos ya se están acostumbrando. Con el resplandor de la luz de la luna que entra por la ventana, veo una silueta difusa moviéndose lentamente. Cree que es invisible o algo así.—Ahora sí que me estás empezando a cabrear, Natalie.—Desabrocho mi cinturón y lo deslizo sigilosamente por las trabillas.—Y no quieres verme realmente enfadado, ¿verdad? ¿O es que te gustó cuando te azoté por meterte en mi espacio?

Su respiración agitada me excita. Puede que no me vea porque estoy en la sombra, pero está de pie junto a la puerta trasera. Su figura se distingue con claridad.

—Es una pena, de verdad, tener que hacerte esto otra vez. Pensé que habías aprendido la lección.—Me acerco para rematar, ya sólo quedan unos pasos. Me quedo atónito al ver algo brillante en su mano. Mi mente va a mil por hora. ¿Pero qué demonios...? ¿Tiene un cuchillo? ¿Qué pretende hacer con eso? Me desconcierta, pero continúo.

Me lanzo sobre ella y le quito de un manotazo la mano y el cuchillo. El cuchillo va a parar al suelo con un estrépito y ella se queda sin aire. Tengo el cinturón en la mano y levanto el brazo, preparado para descargarlo sobre ella. No quiero hacerle daño, pero lo haré si es necesario.

—¡No! —grita, cubriéndose la cara con las manos mientras se desliza por la pared, intentando alejarse de mí—. No, lo siento.—No sabe qué más decir. Sólo intentaba protegerse. Es lo único que sabe hacer.

Con ambas manos paso el cinturón alrededor de su cuello, sujetándola contra la pared. Estaría furioso si no me pusiera tanto que intentase escapar de mí. Estoy completamente excitado, listo para embestirla y hacer que grite mi nombre. Presiono mis caderas contra las suyas, empujándola contra la pared. Oigo cómo toma aire bruscamente. Ella también está excitada. Sus ojos están muy abiertos, asustados, pero su cuerpo responde al mío. Quiere lo que voy a darle, aunque no esté segura de si debe admitirlo.

—¿Por qué has huido? —mi susurro suena casi como un gruñido—. Te gusta lo que te hago.

—Que te jodan —intenta gruñir, pero el cinturón apenas le deja emitir sonido.

—Oh, lo harás...—Agarro los extremos del cinturón con una mano, manteniéndolo bien ajustado alrededor de su cuello, y la aparto con fuerza de la pared. Ella se agarra a mi muñeca y jadea, gruñendo cuando la doblo sobre la mesa de preparación de acero inoxidable.— Sabes que te gusta.

—¡Que te jodan! —ruge, y aprieto el cinturón a su cuello, estrangulando su voz casi hasta el silencio. Presiono mis caderas contra su trasero, sosteniéndola con un brazo mientras con el otro le arranco los pantalones. Su trasero luce sonrosado y tentador a la luz tenue de la luna. Tengo ganas de verlo enrojecido por mi mano. Me golpea y forcejea, y siento su calor contra mi pierna. Contengo las ganas de penetrarla de inmediato. Sé que ella lo desea.

—Todavía no, Natalie —susurro.

—Por favor —susurra ella de vuelta.

—No tienes derecho a decir por favor —sonrío—. Aún no puedes suplicar.

—Ugh —gruñe.

—Voy a enseñarte; vas a aprender.

—Que te jodan —insiste.

—Eso harás —presiono mi mano contra su trasero, notando el calor de su piel. Paso el cinturón rozando su trasero, entre sus piernas, provocándola.—Voy a hacer que grites mi nombre. Voy a hacer que supliques por mi polla.

—Que te jodan —forcejea, tratando de escapar.

—Voy a azotarte hasta que no puedas sentarte.

—No —suplicó.

—Sí —respondo de inmediato, dándole una palmada fuerte en el trasero. Ella suelta un grito y siento cómo su cuerpo se tensa. Voy a disfrutar esto.

15

NATALIE

Matty tiene la mano caliente; me arde al bajarla sobre mi culo. Me aferro al filo de la mesa metálica y gimo. No he salido corriendo porque quisiera que él me persiguiera. He corrido porque tenía miedo de que viera a través de mi mentira. No tengo copias extra de los archivos porque fui una idiota y no lo pensé con antelación. Pero joder, disfruto esto, cuando finge estar enfadado, finge castigarme. Quizá la primera vez fue un castigo, pero ahora él está tan hambriento de mi coño como yo de su polla.

Su mano vuelve a bajar sobre mi culo, y aunque no me está sujetando, no me muevo. Lo quiero a él—quiero esto. Matty no se aparta, al contrario, me frota el culo, extendiendo el calor por mi piel. Cierro los ojos y disfruto de este momento, de esta sensación.

—Buena chica —susurra. Me da otra palmada. Escuece, y se lo agradezco. Le agradezco el escozor, el dolor, su polla frotando la parte trasera de mi muslo, su mano sobre mi piel. Todo eso me hace sentir de nuevo y quiero sentirlo una y otra vez. Todos los días.

—Estás empapada, joder —dice.

Lo sé, pienso. Me frota el coño y extiende mi humedad. Quiero sus dedos dentro de mí. Quiero su polla dentro de mí. Quiero que me

folle y correrme tanto que no pueda ni respirar.

—Por favor —digo.

Oigo cómo se baja la cremallera y sé que va a follarme. No duda, no me provoca ni me frota el clítoris. Su polla se desliza dentro de mí, dura y rápida, y dejo escapar un jadeo. Él gime y yo empujo hacia atrás para recibirle. Me gusta que sea brusco conmigo, que no finja que esto es otra cosa que puro deseo. Me tira hacia él, y quiero sentirlo más adentro. Empujo mi culo hacia atrás, mis caderas contra las suyas.

—Te gusta, te gusta que te follen por detrás, ¿verdad? —susurra. Lleva la mano a mi clítoris y gimo. No sé qué quiere que diga, así que no digo nada. Me gusta esto, me gusta él.

—Dímelo, dime lo que quieres.

—Te quiero a ti —digo—. Quiero que me folles.

Su mano vuelve a bajar sobre mi culo mientras embiste profundo dentro de mí. No se detiene, no me deja recuperar el aliento. No para de embestir una y otra vez.

—Vas a correrte para mí, ¿a que sí? —pregunta.

Asiento, porque no puedo hablar. Solo quiero que me haga correrme. Quiero sentirme bien, y quiero recordar esto, sentirlo dentro de mí, el calor, el placer.

Su mano aterriza de nuevo sobre mi piel, y grito. Duele y escuece, pero no quiero que pare. Es demasiado y nunca es suficiente. Se sale de mí y me siento vacía. No puedo hablar así que gimo, suplicándole que vuelva a meterme la polla, pero él se aleja. Me quedo tumbada sobre la mesa escuchando cómo se mueve por la cocina. Sale una luz de la nevera cuando la abre y saca una cerveza. ¿Ahora? ¿Por qué?

—Mmm —gimo, tocando suavemente mi propio clítoris. Tiene que volver, tiene que follarme. Así que imagina mi sorpresa cuando

vuelve con una botella de cerveza helada en la mano. Me incorporo y está ahí, pasando la botella fría por mi muslo.

—Inclínate —dice con voz áspera. Me planto ante él.

—¿Qué? ¿Por qué? —intento protestar, pero me mete la botella entre las piernas. Me sobresalta y me estremezco. Está fría.

—Ahora vas a recibir tu castigo.

—¿No quieres follarme? —pregunto, pero en realidad no es una pregunta, porque la respuesta es obvia.

—Sí —responde—. Pero no así.

La botella resbala sobre mi coño y se mete entre mis labios. Me abro para él y empuja la botella dentro. El frío me hace jadear y él presiona el pulgar contra mi clítoris. Está helado y me retuerzo y gimo. Me encanta. Es gruesa y estoy tan húmeda que entra y sale de mí sin dificultad.

—¿Te gusta cuando te follo con mi polla? —Asiento con la cabeza, porque sí me gusta—. Quiero que te folles tú sola con la botella, y que te corras.

—¿Qué? No—

Mi protesta es respondida con una bofetada. Me da un revés y mi cuello se gira hacia un lado, luego guía mi mano hacia la botella. —Ahora —dice, obligándome a aferrar la botella. La agarro con firmeza y él se agacha, metiendo las manos por detrás de mis rodillas. Me levanta y quedo tumbada boca arriba sobre esa maldita mesa metálica y fría. Pero la botella se siente increíble, así que no tengo queja.

—Fóllate —ordena. Abro más las piernas, sujetando la botella.—Lo hago. —Meto y saco la botella de mí. Hace sonidos indecentes al rozar mi coño. Él me separa los muslos y se inclina hacia delante.—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? —Escupo en su mano y siento sus dedos en mi coño, tocando mi clítoris. Me follo más fuerte, gimiendo mientras empieza a masajearme. También se acaricia la polla y lo único que puedo hacer es retorcerme bajo su toque.

Estoy a punto de correrme. Se inclina y me besa, su lengua invade mi boca. Le devuelvo el beso, con fuerza, tirando de su pelo. Él me agarra un pecho y me retuerce el pezón. Grito contra su boca y me besa aún más fuerte. Sus dedos son duros y rápidos sobre mi clítoris y noto cómo me aprieto alrededor de la botella. Dios, me voy a correr.

Mi cuerpo se sacude, tiembla y se tensa mientras el orgasmo me arrasa. Nunca ha sido tan increíble, hasta que vuelve a darme una palmada fuerte en el culo. El dolor se mezcla con las olas de placer y le suplico: —Otra vez... hazlo otra vez.— Y así lo hace. Me azota de nuevo y mi orgasmo se intensifica. Arqueo la espalda y aprieto la botella con tanta fuerza que me duelen los nudillos. Me corro por sus dedos, gimiendo su nombre y echando la cabeza hacia atrás contra la mesa.

Matty saca sus dedos de mi coño y luego me alza hasta que me siento en el borde de la mesa. Me besa de nuevo, metiendo su lengua en mi boca. Le rodeo el cuello con los brazos y él guía su polla dentro de mí. Sigo corriéndome y me parece enorme, como un maldito bate de béisbol. Gimo en su boca cuando empieza a follarme.

—Fóllame, Matty —le digo—. Fóllame duro.

—Cállate —responde, pero me folla con más fuerza, embistiéndome sin piedad. Su piel choca contra la mía mientras me agarra los pechos. Sigo corriéndome, olas de placer arrasándome por dentro. Me besa con fuerza y siento sus dedos clavándose en mis caderas con cada embestida.

—Quiero que te corras —le digo—. Corre sobre mí, toda para mí.

Sale de mí y no sé qué he hecho mal. Pero entonces me agarra de los hombros y me gira, empujándome hacia abajo hasta que quedo doblada por la mitad. Vuelve a embestirme y gimo. Es tan bueno. Puedo sentir cómo roza mi cérvix y me empujo hacia él, aferrándome a la mesa para no caer. Me está follando tan fuerte que temo que la mesa vuelque. Subo más el culo y él gruñe en respuesta.

—Joder, joder —gimo, sintiendo que otro orgasmo se avecina. Su polla lo golpea todo en el sitio justo y, cuando escucho el tintineo de su hebilla, un escalofrío de anticipación me recorre la espalda. —Joder, joder —jadeo mientras agarro la mesa que no deja de temblar.

Matty alarga el brazo y me agarra una teta. Me pellizca el pezón y grito. Duele, pero es ese dolor bueno que me acerca aún más. Estoy a punto de venirme. Me azota el culo—duro—y grito, empujándome hacia él. —¡Dios, Dios, me voy a correr! —chillo.

—Bien —dice él, embistiendo más fuerte.

Le siento hincharse dentro de mí. Apenas puedo respirar. Me folla como un martillo neumático y me corro otra vez. Es como nada que haya sentido antes. Me azota el culo de nuevo y mi cuerpo se rinde por completo. Me corro, lloro y gimo a la vez, y siento cómo exploto, los jugos chorreando por mi cuerpo. Las sensaciones son tan intensas que pierdo el control de la vejiga y no puedo hacer nada, sólo quedarme tumbada mientras ocurre.

Aprieto la mandíbula y los dientes, pero de nada sirve. La orina escurre por el interior de mis muslos y sollozo mientras él gruñe. Entonces siento cómo su descarga caliente me llena. También resbala por mis muslos y acabo exhausta. Se saca y me doy la vuelta, desplomándome en el suelo. Tiritando, me ayuda a levantarme cogiéndome de la mano. Estoy cubierta de su semen y de mis fluidos, y ni siquiera me importa. Me besa con suavidad y yo me recreo en su afecto.

—No me mientas nunca —dice, y asiento. Estoy tan cansada... ni siquiera puedo pensar.

—No lo haré —prometo.

Matty me entrega mis pantalones cortos y una toalla que saca de algún rincón de esta maldita cocina a oscuras. Me seco como puedo y luego me pongo los pantalones. Cuando termino, él ya ha guardado la polla y se ha abrochado los pantalones. Me agarra del codo y me lleva a empujones por la cocina hacia el pasillo. Sigue tan oscuro que no sé dónde estamos, pero no vamos a mi cuarto. Está arriba, y nunca antes había venido a este pasillo.

—¿A dónde me llevas? —pregunto. Me duele el brazo donde me agarra, pero no me quejo.

—Vas a dormir conmigo.

La forma en que lo dice es áspera, exigente, pero otra vez, no protesto. Me conduce con firmeza por el pasillo hasta otra habitación oscura y luego enciende la luz. La calidez de la estancia recuerda a su despacho. Me gusta. la ropa de cama burdeos y crema combina con las cortinas de terciopelo. Una cama alta de cuatro postes encaja contra unos fuertes paneles de caoba. Me quedo de pie, embobada, mientras él se acerca a la mesilla donde hay una botella de licor.

—¿Por qué quieres que esté aquí? —le pregunto, observando cómo bebe directamente de la botella. Nunca había hecho esto antes. Pensaba que estaba enfadado conmigo por haber entrado en su habitación privada.

—No hagas preguntas, desnúdate. Vas a ducharte y ser mi juguete sexual esta noche.

Me estremezco al oír sus palabras. Este hombre es tan condenado arrogante y egocéntrico para pensar que simplemente seré su objeto, pero tiene toda la razón. Lo seré. Porque me hace sentir increíble. Tan increíble que no quiero irme. Quiero quedarme aquí,

estudiarle, conocerle. Bajo mis pantalones cortos y caen al suelo, después me quito la camiseta.

—¿Vas a matarme? —Puede parecer una pregunta estúpida, pero he oído a tu familia decir lo que quieren hacer conmigo. Necesito saber que me protegerás de ellos, porque aunque quiera estar aquí, aunque le quiera, no podré. No si sus hermanos me quieren muerta.

—Te he dicho que me gusta nuestro trato. —Matty se sienta al borde de la cama y se quita los zapatos con una mano mientras con la otra bebe. —La ducha está ahí. —Señala la puerta con la botella y miro hacia donde indica.

Es entonces cuando veo el látigo colgado tras la puerta de su baño. Mango negro largo, tiras largas de cuero. Me tenso de excitación incluso después de dos orgasmos increíbles. Le va mucho este rollo y me encanta. Me retuerce el corazón en el pecho. Aparto la mirada y le miro a él otra vez. Estoy jodidamente enamorándome de este cabrón y no puedo evitarlo. Quiero enamorarme. Quiero quererle. Quiero ser su juguete y su puta, lo que él quiera. Pero él es la personificación de la oscuridad. ¿Por qué me siento tan atraída hacia él? ¿Será solo porque compartimos algún trauma del pasado? ¿Es solo eso? ¿Qué me pasa?

—He dicho que vas a ducharte —espeta, y me muevo hacia la puerta, acercándome al látigo con el que sin duda me azotará. —Y no tardes mucho. Estoy listo para otra ronda.

¿De verdad cree que mandarme es la vía para llegar a mi corazón? Debe pensar que sí. Y quizás tenga razón. Las cosas románticas no son lo mío. Flores, bombones, poesías—para mujeres blanditas que necesitan que las mimen. Toco el látigo suavemente al abrir la puerta. Esto sí es para mí. El camino a mi corazón es ablandarme el cuerpo con sus manos, es la única forma en que él logra conectar conmigo, la única forma en que logra que sienta algo por él. Y lo hace de maravilla.

Le echo un vistazo por encima del hombro cuando abro la puerta. Sus ojos me devoran. —Dicen que los azotes gustan todavía más cuando estás mojada —le suelto mientras entro al baño y le veo levantarse antes de girarme. No sé quién manda aquí, porque él parece seguir mis órdenes igual que espera que yo siga las suyas.

Dios, ¿por qué me estoy enamorando así de él?

¿Y cómo salgo yo de este embrollo sin acabar muerta?

¿Y qué pasa con el asesino de Hal?

16

MATTY

Natalie está impecable. El traje de raya diplomática que le compré le queda como un guante. Acerté con las tallas gracias a la ayuda de la mujer de Dominic y un poco de intuición. Y ese azul marino oscuro es un color que le favorece muchísimo; resalta el tono cremoso de su piel en esta época del año. Se sienta en el borde de la cama para ponerse los zapatos planos negros que elegí para que fueran a juego. Parece algo que llevaría cualquier otro día de la semana al trabajo. Pero hoy—miércoles por la tarde—no va a la oficina a trabajar, al menos no para ellos. Hoy trabaja para mí.

—Vas a querer esto —le digo, metiendo la mano en el bolsillo. Saco una horquilla, pequeña y azul oscuro, con un cierre de pinza. Ella me mira mientras le aparto suavemente el pelo hacia un lado y coloco la horquilla en su sitio. Le mantiene el pelo fuera de los ojos y cumple una doble función. La horquilla es mi seguro de que no podrá escaparse. Lleva un localizador dentro, y ni siquiera le diré que está ahí.

—Gracias, pero parece una horquilla carísima. —Intenta quitársela del pelo. Y tiene razón. Está hecha de zafiro macizo y plata de ley. Pero es fundamental para nuestro propósito y no puedo confiar en que salga de casa sin ella.

Le pongo la mano suavemente encima cuando va a quitarse la horquilla y cubro sus dedos. —Queda de maravilla. Déjala puesta.

Se pasa la lengua por el labio inferior. Sabe que cuando doy una orden, es para que se cumpla. Se lo he dejado claro a través de nuestras diferentes interacciones. Sabe que cuando obedece, va bien, y cuando no, va mal. Esta vez, asiente y baja la mano, y yo le sujeto la barbilla, obligándola a alzar el cuello para poder examinarla.

El maquillaje está bien hecho, discreto—como cualquier otro día en el trabajo. Tiene algún mechón suelto, pero nada fuera de lo normal. Y parece cansada, como si tuviera jet lag o hubiera dormido mal. Ese detalle encaja perfectamente con la historia que hemos inventado sobre dónde ha estado y por qué no ha dado señales de vida.

—¿Recuerdas lo que vas a decir? —le pregunto, buscando su mirada. Ella intenta asentir pero mi firme agarre en su barbilla se lo impide.

—Voy a decirles que estaba con una fuente fuera del país. Que Sheffield lo sabía.

—Buena chica. —La suelto y doy un paso atrás. Ya estamos listos. Conseguí sacar su bolso del coche de Rome, así que tenemos su tarjeta de acceso, y lo único que falta es ir al edificio del periódico y entrar como Pedro por su casa.

Me acerco al espejo para examinar mi propio reflejo. Esta mañana la mujer de Sven me ayudó con el disfraz: una gran cicatriz en la mejilla hecha con maquillaje de Halloween. Llevo un traje oscuro como siempre, pero las gafas y el bastón de punta blanca suman misterio. Entraré vestido de hombre ciego que ha sufrido alguna desgracia y, aunque las cámaras capten mi rostro, el software no podrá identificarme.

—Estamos listos —digo, y Natalie se coloca a mi lado. Me coge del brazo, con el bolso cruzado sobre el hombro, y observo cómo suben

y bajan sus hombros. Tiene esa expresión resuelta, decidida. No sé si está decidida a ayudarme o a escapar, pero no apartaré los ojos de ella ni un segundo.

Rome nos conduce al otro lado de la ciudad. El trayecto es silencioso; parece asustada. Yo tampoco digo gran cosa. No tengo mucho que decirle. Cuando esto termine, tendré todo lo necesario para evitar que demuestre que nuestra familia está metida en asuntos turbios—por ahora. Si quiere volver a intentarlo más adelante, puede hacerlo, pero tendría que empezar de cero. No estoy muy convencido de su historia sobre haber hecho copias de los archivos y haber dado orden de entregarlos si desaparecía. Lleva casi tres semanas desaparecida. Si algún amigo tuviera que entregar eso, ya lo habría hecho.

El coche se detiene cerca de una de las entradas laterales del edificio. No hay sitio delante para una huida rápida en caso de que ocurra algo. No podemos hacer nada al respecto salvo que Rome dé vueltas a la manzana. Si lo hace y necesitamos salir corriendo y está lejos, lo tenemos crudo, así que se queda a cincuenta pasos de la puerta.

—¿Lista? —le pregunto, y ella se muerde el labio y asiente. Salgo yo primero, sujetándole la puerta. Echo un vistazo alrededor; su fuente podría estar vigilando. Ha pasado tanto tiempo sin noticias que podría ser objetivo de alguien. Por eso llevo encima mi pistola de un solo disparo, impresa en 3D. No puedo pasar un arma real por seguridad; es mi única opción.

Le ofrezco el codo y Natalie lo agarra mientras caminamos juntos. Nos acercamos a la puerta caminando con naturalidad. Se nota que está nerviosa. Está rígida. Yo, en cambio, me siento completamente tranquilo. Esto dista mucho de ser lo más arriesgado o peligroso que he hecho en mi vida. No figuro en ninguna lista de vigilancia; no hay órdenes de arresto contra mí y, si me registran, no encontrarán jamás el arma encajada en mi bota.

La puerta se desliza y entramos. Natalie es como un soplo de aire fresco. Su sonrisa luminosa y cálida parece cambiar el ambiente. El guardia de seguridad levanta la vista sorprendido y se pone en pie para recibirla mientras nos dirigimos hacia los tornos y detectores de metales. Natalie rebusca en el bolso y saca la acreditación, y yo enderezo los hombros, preparándome para cualquier enfrentamiento que pueda surgir.

—Hola, Mike, ¿qué tal? —le dice, entregándole la tarjeta y esperando a que la escanee—. Hoy he traído a un amigo. Es una fuente importante para una noticia en la que estoy trabajando. Necesito entrevistarlo en la sala segura. —Da golpecitos nerviosos con la punta del zapato. Sé que es su gesto, pero no sé hasta qué punto este tal Mike la conoce.

—Mmm... Srta. Yates, hace tiempo que no viene por aquí. —La observa con cautela—. ¿Se ha enterado de lo de Sheffield? —Mike—un hombre negro de más de metro noventa, rasgos duros y cabello entrecano—le devuelve la tarjeta.

—Lo hice… —Su voz adquiere un tono sombrío—. Es horrible. Estaba en San Petersburgo cuando me enteré. Pobre mujer e hijos. —Su voz se quiebra. Es una emoción auténtica. De verdad apreciaba a ese hombre, y Mike debe de haberle tenido también cariño. Veo que se le humedecen los ojos. Yo no siento nada. Sheffield era una pieza de una máquina mucho mayor que debía ser retirada antes de que todo el sistema colapsara. Si hubiera sido su primer error, le habría dejado pasar. Pero se lo había buscado.

—Parece que los peces gordos van a poner a otro. De momento, Lucy está al mando. —Saca un portapapeles y un bolígrafo y se lo ofrece a ella—. Fírmale la entrada.

Natalie me lanza una mirada y parece ponerse nerviosa por un instante. Frunce el ceño y se muerde el labio inferior. Si Mike la ve vacilar, estamos perdidos. —No estoy segura de cómo se escribe tu nombre. ¿Te importa? —me pregunta, acercándome el portapapeles.

—Por supuesto —respondo con mi mejor acento ruso. Lo he escuchado tantas veces que me sale natural, aunque me crié aquí con un marcado acento americano. Tampoco sé mucho ruso, solo lo suficiente para salir del paso.

Garabateo un nombre ruso falso en el papel, firmo y se lo devuelvo a Natalie, que completa algunas partes del formulario y firma con su propio nombre de manera apresurada. Le entrega el portapapeles de vuelta a Mike y él hace un gesto. Vamos pasando uno a uno por los tornos y luego por el detector de metales. El detector suena cuando ella lo atraviesa y, con gesto leve, se toca la horquilla del pelo.

—Perdona, Mike… Se me ha olvidado. Me la compré en Rusia. —Hace una mueca.

—No pasa nada. Adelante. —Mike hace un gesto y ella sigue.

Hasta ahora nuestro plan marcha sobre ruedas. Al subirnos al ascensor, Natalie se retuerce un poco y tira del bajo de la chaqueta. Vuelve a meter la acreditación en el bolso y mueve el cuello en círculos un par de veces.

Me quedo mirando el panel de los números hasta que el botón del "tres" se ilumina. Ahora entiendo por qué nuestros chicos nunca encontraron el portátil. No estaba en la segunda planta. Ella me saca de mis pensamientos y me lleva a un espacio caótico lleno de gritos. El sonido de impresoras arrastrando hojas a través de los inyectores de tinta nos recibe. La gente levanta la vista, se sorprende al vernos cruzar la sala.

Natalie me guía directamente hasta un pequeño cubículo cerca de la pared del fondo. Su mesa tiene vistas a unos edificios aburridos y mástiles de banderas. Todo está cubierto por una fina capa de polvo, incluido su portátil, que está cerrado pero enchufado. Se afana metiéndolo junto al cable en su bolso mientras yo observo las reacciones de sus compañeros. Algunos cuchichean en voz baja, pero una se acerca. Una mujer rubia, de nariz afilada y tacones tan puntiagudos como su carácter.

—Yates, ¿dónde demonios te has metido? —Su voz es estridente, y tengo claro que es una superiora.

Natalie se pone tensa y frunce el ceño, todavía de espaldas a la mujer. Me mira con rabia, se le abren las aletas de la nariz y entonces se da la vuelta para encararla—. He estado en San Petersburgo, incomunicada. Perdí el móvil durante el viaje.

La rubia viene buscando pelea. Parece de esas a las que todo les molesta. Lleva el traje tan ajustado que los botones están a punto de saltar, y juro que sus ojos son tan negros como el pecado.—Se supone que debes fichar. Te damos este puesto y ni siquiera sigues las normas.

—¿Cómo querías que fichase, Lucy? Estaba fuera del país, sin teléfono. Ahora estoy aquí. Solo vengo a por mi portátil y voy a entrevistar a mi fuente. —Natalie se cuelga el bolso al hombro y se mantiene firme—. Además, tú no me diste este puesto. Fue Sheffield, que en paz descanse.

La rubia inspira hondo y me clava una mirada de arriba abajo.—¿En qué historia estás trabajando? Ni siquiera te han asignado nada oficialmente.

—Estoy escribiendo un reportaje de investigación. Sheffield me lo aprobó de palabra. Le mataron la noche que me fui. No puedo decir más hasta que haya entrevistado a mi fuente. —Al terminar, ella me asiente y yo hago lo mismo a la rubia, acompañando el gesto con una sonrisa.

Hay que reconocer que sabe disimular muy bien. Pensaba que no tenía ninguna capacidad para el póker, pero esta pequeña zorra sabe lo que hace. Quizá sea conmigo con quien no sabe ocultarse. Tal vez sea yo quien la veo a través de su fachada y la tiento para que salga a la luz hasta tal punto que ya no quiere esconderse, pero esta zorra —¿Lucy?—parece ponerla de los nervios de la peor forma posible. Me gusta esta faceta de Natalie. Me recuerda a cuando lucha conmigo mientras follamos. Y eso hace que se me agite la polla.

—De acuerdo. Tienes setenta y dos horas para entregar algo digno de ser publicado. Si no, estás despedida. Ya tengo la aprobación de arriba.—La rubia se cruza de brazos sobre el pecho y esboza una sonrisa burlona.—Buena suerte.

Me encantaría borrarle la sonrisa de una bofetada, pero no es mi papel. Natalie resopla, aprieta la bolsa con más fuerza y se marcha. Asiento a Lucy y le ofrezco una sonrisa firme, luego sigo a Natalie, golpeando mi bastón mientras camino. Escucho el clic de sus tacones y lo sigo, fingiendo estar ciego. Si alguien de verdad está observando, tal vez detecte que no lo estoy, así que cometo un error deliberado, girando cuando ella aún no lo ha hecho.

—Joder... —se queja, y la oigo acercarse.—Por aquí —dice, enlazando su brazo con el mío.

Me conduce de nuevo hasta el ascensor y noto que tiene el cuerpo aún más tenso. Lo está haciendo de maravilla; quizás acabe follándomela en el coche de camino a casa. Nunca pensé que sería capaz de interpretar el papel tan bien. Y ya casi hemos terminado.

—¿Quieres que la lleve yo? —le pregunto, pero ella niega con la cabeza. Me quedo un poco por delante de ella en el ascensor, mirando de nuevo los números. Ella suspira y se cubre la cara. Apenas lo veo de reojo, pero me doy cuenta. Está sintiendo la presión de todo esto. Le doy unas palmaditas en la parte delantera del muslo.—Ya casi se acaba, Natalie.

Cuando suena la campana, vuelve a enganchar su mano a mi brazo y salimos del ascensor cruzando el vestíbulo hacia la seguridad. Solo tenemos que llegar al coche y enviar el portátil a Lenny y se acabó esta pesadilla. Natalie y yo tendremos que hablar sobre sus supuestos amigos y sobre el plan de respaldo, que cada vez tengo más claro que es pura invención. Pero mi intuición no es suficiente. Dominic querrá pruebas, y entre las habilidades técnicas de Lenny y la confesión de Natalie sobre la mentira—a la que la obligaré—, conseguiré esa prueba.

—Todo listo, Mike —llama Natalie. Pasa rápidamente por el detector de metales y el torniquete, tropezando un poco mientras saluda al hombre mayor. La sigo, pero ocurre algo muy extraño cuando paso por el detector. Suena, igual que le ocurrió a ella al subir.

Natalie se gira un instante y la veo aterrorizada justo cuando Mike se levanta y se acerca a mí. Ella niega con la cabeza.—Te juro que no se lo contaré a nadie, Matty. Tengo que encontrar al asesino de Hal. Lo juro. Tu secreto está a salvo...—Natalie deja la bolsa en el suelo de mármol blanco.

Y entonces echa a correr.

Suelto el bastón y salgo tras ella, intentando saltar el torniquete pero el guardia ya está allí y me agarra por la cintura. Me revuelvo y forcejeo mientras él me inmoviliza contra el torniquete y me cachea. Sus manos me registran tan rápido que no sé ni lo que está pasando, excepto que Natalie sale corriendo por la puerta principal justo cuando el guardia saca la horquilla de su bolsillo.

—¡Maldita sea! —grito, buscando mi arma. Saco la pistola de plástico de mi bota y apunto al guardia, disparándole en la pierna con mi única bala. Después salto el torniquete y atravieso la puerta corriendo, cogiendo la bolsa con el portátil al paso.

Pero ella ya no está.

Aunque al menos tengo mis pruebas.

—¡Maldita sea, joder! —grito de nuevo, apuntando con el arma inútil al suelo.

Esto no debía haber pasado así. Corro enfadado hacia el coche de Rome justo cuando el guardia de seguridad por fin dispara algunos tiros. Si cree que va a salir indemne de esta, está muy equivocada.

17

NATALIE

Corro—tan rápido y tan lejos como puedo hasta que me quedo sin aliento y me veo obligada a parar. Llevo el bolsillo lleno de billetes de la caja chica que Sheffield me asignó durante mi periodo de prueba. Lo metí ahí cuando Matty no me miraba, justo antes de que Lucy pusiera la nariz donde no debía. No es mucho, un par de cientos de dólares, y en Nueva York eso no me alcanza ni para una noche de hotel. Pero espero que me ayude con algunas cosas. No puedo volver a mi piso; será lo primero que miren. Puede que ya estén esperándome allí. Y tampoco puedo ir al periódico.

Apoyada contra la fachada de ladrillo de esta farmacia, me doy cuenta de que estoy sola en esto. Ya no tengo a Sheffield para respaldarme, ni ninguna fuente de la que sacar información. Da igual. Mientras recupero el aliento y observo cómo pasan los coches por la calle, sé que jamás escribiré esa historia. Ya sea porque la familia de Matty me dé alcance y me mate, o porque tenga que huir para esconderme el resto de mi vida, su secreto, de verdad, está a salvo conmigo. No tengo instinto suicida, solo quiero justicia para Hal y no pienso rendirme.

Me duelen los pies, pero empiezo a caminar hacia el norte. Correr con tacones es complicado, así que me sorprende que ni siquiera

intentara perseguirme. O quizá no vio hacia dónde fui. En cualquier caso, de momento soy libre y tengo que aprovechar cada segundo. Por lo que sé y las imágenes que he visto, sé que uno de los hombres que me agarró aquella vez en la calle estaba allí en la escena. Nunca logré ver bien sus caras, pero recuerdo una voz. Mi memoria está tan confusa desde aquel día que dependo de las fotos para recomponerlo todo. Los médicos dijeron que sería así, que los betabloqueantes podían afectar a mis recuerdos.

Camino al menos veinte minutos antes de tener una idea. Hay una biblioteca cerca, en la Quinta Avenida. Puedo ir y consultar los archivos públicos, números antiguos de revistas y periódicos. Si consigo escarbar un poco por mi cuenta, quizás logre averiguar quién tiene la culpa de verdad. Si Matty fue quien encargó el golpe, me lo habría dicho. No dudó en contarme que mató a Sheffield. Y si fue culpa de su familia, creo que lo habría notado en sus ojos. Aun así, no puedo estar segura, y ahora mismo lo único que me impulsa es descubrir al asesino de Hal.

Las calles de Nueva York nunca son un lugar especialmente amable, pero hoy me siento aún más vulnerable. Solo llevo el bolsillo lleno de dinero—sin bolso, sin espray de pimienta, sin móvil para llamar a un taxi. Mientras paso junto a personas sin techo que piden limosna, no puedo evitar preguntarme dónde dormiré esta noche, si estaré a salvo. Miro por encima del hombro y me estremezco solo de pensar en dormir en la calle como ellos. He visto ratas tan grandes como perros pequeños por aquí cuando cae la noche. No es ninguna broma.

La idea de dormir en una acera o en un banco me hace añorar el refugio de la casa de Matty, incluso aunque me diese un bofetón y me encerrase. Al menos tenía techo, y ahora no tengo nada. Sé que ellos también están buscando, lo que me asusta aún más. Sin manera de protegerme ni lugar al que ir, soy un blanco fácil. No tengo ni idea de hasta dónde alcanza su influencia, y aquí estoy, justo en pleno territorio Bratva.

Cuando por fin llego a la biblioteca, ya tengo ampollas en los talones por culpa de los tacones. Estoy empapada de sudor de caminar tan rápido y tengo la boca seca. Debería haberme parado a tomar un poco de agua, pero ahora no me queda tiempo. Si no descubro al asesino de Hal antes de que la familia Gusev me encuentre, no lo lograré jamás. Me matarán o me tendrán encerrada para siempre. Quizá debería haber acudido a la policía, pero tal como encubren las cosas y con la cantidad de policías corruptos que trabajan para ellos, no serviría de nada. Ni siquiera puedo llamar a mi familia; correría el riesgo de arrastrarles conmigo en esto.

Este sitio es enorme. Parece más bien un castillo o un palacio de justicia gigantesco. Altos pilares de marfil sostienen el techo. Imponentes escaleras de mármol y granito ascienden a la segunda planta. Un mostrador de bienvenida se esconde cerca de los arcos por los que entro, pero no hay nadie allí. Cuerdas de terciopelo rojo sobre pedestales dorados separan la zona de la cola del vestíbulo principal. Me impresiona la elegancia de este lugar para ser una biblioteca. Es como si hubiese cruzado un umbral hacia la historia.

Veo un cartel que indica que la sala de investigación y ordenadores está en el sótano, así que me dirijo a las escaleras y bajo. Voy escaneando todo con la mirada, desde todos los ángulos. No puedo permitirme que me pillen desprevenida y acabe con una bolsa en la cabeza en el asiento trasero de un coche otra vez. La mano me tiembla al deslizarse por la barandilla hasta que llego al sótano y aparecen ante mí los ordenadores.

Nadie parece fijarse en mí mientras avanzo ligera sobre la alfombra roja. Hay unos cuantos ordenadores encendidos, aunque uno de ellos está aislado cerca de una pequeña ventana por la que se cuela la luz de la calle superior. Elijo ese, esperando tener algo de intimidad. Si no consigo nada más, al menos puedo consultar registros públicos para buscar números de teléfono de personas que realmente puedan ayudarme. No tengo mi móvil y hoy en día nadie se aprende los números de memoria. Si quiero llamar a Lucy, o a

cualquiera del periódico, tengo que buscar el número y usar una cabina o comprar un móvil desechable.

El ordenador resulta desesperante, obligándome a crear una cuenta en la biblioteca y a solicitar un carné que enviarán a mi piso en unos días. Al menos hoy me dan acceso temporal durante siete días. Sin embargo, una vez he iniciado sesión, me quedo en blanco. Ni siquiera sé por dónde empezar. Mi investigación era tan extensa, abarcando años atrás. No necesito hundir a todo el mundo, solo al responsable. ¿Por dónde empiezo, entonces?

Navego hasta los archivos donde almacenan copias digitales de todas las revistas y periódicos. Conozco bien este archivo, porque tengo que usarlo casi a diario. Es distinto al del Herald: este contiene todos los números de todos los periódicos de la ciudad. El archivo del Herald solo conserva sus propios ejemplares. Utilicé un archivo como este en otra biblioteca, pero tampoco era tan completo. Quizá aquí tenga más suerte que en mis investigaciones anteriores.

Escribo la fecha del tiroteo y el ordenador muestra miles de artículos, de cientos de reporteros. Hay literalmente más de mil páginas de resultados de búsqueda, con diez artículos por página. Esto podría llevarme la vida, y no tengo tanto tiempo. Pincho en la pestaña de filtros y selecciono algunos. No necesito nada de deportes ni de religión. Las noticias nacionales y los asuntos internacionales también pueden irse. Cuantas más formas encuentre de filtrar, mejor. Quito algunos temas más que no vienen al caso y, entonces, actualizo la página.

Me quedo con unos trescientos artículos, cuyos titulares puedo ojear para acotar aún más la búsqueda. Lo que busco resultará muy evidente. La crónica del Herald sobre el tiroteo no me dio suficiente información. El Tribune y el Times también lo cubrieron, pero solo eran copias de Reuters, quienes sacaron sus datos del Herald. Necesito una perspectiva fresca, alguien que estuviese en el lugar de los hechos, no una entrevista a posteriori con un poli corrupto.

Permanezco sentada en esa silla al menos dos horas, leyendo titulares y artículos que parecen prometedores. Por fin, en la página veintidós de los resultados, encuentro una pequeña editorial que cubrió el tiroteo. Es una editorial de autoedición y muchas veces no son de fiar, pero merece la pena echarle un vistazo. Abro el artículo y leo su versión de lo sucedido. Suena extrañamente parecido a la historia que mis padres me contaron sobre lo que pasó. De nuevo, tengo los recuerdos borrosos por las pastillas que tomé en terapia, pero parece bastante exacto.

Las imágenes que captó ese reportero también son explícitas—de las que no se enseñan a los niños. Hay mucha sangre. Al menos tres personas murieron en ese tiroteo. El hombre que veo de pie junto a uno de los cuerpos se parece a Matty, y estoy bastante segura de que podría ser uno de los hombres que me secuestraron. He visto esa foto antes, o una semejante. Es justo después del tiroteo. Analizo la imagen, intentando evocar un recuerdo que me ayude a encajar las piezas. Por suerte, aquí no hay ninguna foto de Hal, o seguramente perdería la compostura.

De repente todos los hilos empiezan a conectarse en mi mente. Si un hombre que se parece a Matvey Gusev está inclinado sobre un cadáver, sin arma en la mano, ¿por qué dijeron los polis que fue la Bratva la que disparó? Los detectives cargaron las culpas de todo sobre el apellido Gusev como si hubiesen sido ellos los autores de los disparos, pero ¿por qué dispararían contra los suyos? ¿Y cómo no me di cuenta antes?

Antes de irme de aquí, necesito números. Cojo un bloc de notas y un lápiz y me dirijo a la búsqueda de registros públicos. Encuentro el número de Matty y algunos más—el del periódico, el de Lucy y el de un detective de policía en quien creo que puedo confiar. Se llama Akers. Apunto los números rápidamente y los guardo en el bolsillo; entonces casi se me para el corazón.

Oigo la voz áspera de un hombre que habla al otro lado de la sala y se me pone la piel de gallina. Me incorporo en la silla y miro por

encima del ordenador, luego por encima del hombro. Va vestido completamente de negro, con vaqueros y chaqueta, y lleva un jersey de cuello vuelto debajo. Veo un tatuaje asomando bajo el cuello de la chaqueta y empiezo a ponerme nerviosa. No le veo la cara. No sé si es alguien a quien Matty ha mandado a buscarme o si solo estoy paranoica. Tengo buenas razones para estar tan recelosa. Acabo de huir del mayor sindicato criminal de la ciudad, y seguro que me están buscando.

Empujando lentamente la silla hacia atrás, me pongo en pie y camino en dirección opuesta a donde el hombre charla con una bibliotecaria. Mis tacones se hunden en la alfombra corta y mullida, e intento dar zancadas largas para moverme más deprisa sin parecer que huyo. No quiero vivir así—siempre mirando por encima del hombro, con miedo, saltando de un sitio a otro porque siento que alguien me sigue. Necesito marcharme de esta ciudad cuanto antes, pero ¿cómo voy a hacerlo si Hal no ha recibido justicia?

Subo las escaleras, con los tacones resonando en el mármol. Miro unas mil veces hacia atrás, pero cuando llego arriba, me topo con alguien, haciendo que tropiece. Es un hombre bien vestido con pantalón de vestir y un jersey. Me tiemblan las manos, tengo el pulso disparado y debe de darse cuenta de lo asustada que estoy, porque me mira con preocupación y extiende la mano mientras pregunta—¿Estás bien?

Rodeo a ese hombre y niego con la cabeza. Ahora mismo ni siquiera soy capaz de encontrar las palabras adecuadas. No puedo implicar a nadie, ni siquiera a un completo desconocido. Los hombres que me persiguen son tan peligrosos que matarían a cualquiera que se cruzara en su camino. Personas inocentes como mi tío han muerto por haberles implicado. Este hombre probablemente tiene pareja e hijos, o incluso nietos.

—Estoy bien —balbuceo, aunque no lo estoy. Estoy lejos de estarlo. Necesito que Matty sepa que su secreto está a salvo y que no voy a

contárselo a nadie. Necesito que no mande a más hombres tras de mí.

—Pero, señorita, yo—"

Me alejo antes de que el hombre pueda decirme nada más, cruzando a toda prisa el imponente vestíbulo de la biblioteca hacia la puerta principal. Los grandes arcos brillan ahora con una luz dorada. Ya cae la tarde y las calles se han llenado de gente que vuelve a casa tras la jornada laboral. Intento mimetizarme, seguir el ritmo, aunque camino un poco más despacio que la mayoría. Me duelen los pies y juro que las ampollas ya se han reventado. Y cuando miro por encima del hombro, vuelvo a ver al hombre, el del sótano de la biblioteca, con la chaqueta negra, el cuello alto y el tatuaje.

¿Me está siguiendo?

—Joder... —respiro al girarme de nuevo para no chocar con nadie. La adrenalina vuelve a recorrerme el cuerpo por enésima vez hoy. Tengo las manos sudorosas, la boca seca. Acelero el paso, luchando contra el dolor y tratando de obligar a mi cerebro a calmarse y pensar con claridad. Podría estar simplemente yendo en la misma dirección que yo. Así que tengo que poner a prueba esa teoría, pero apartarme de la multitud sería una locura.

Empiezo a abrirme paso hacia el extremo izquierdo de la acera, pegada a los edificios. Si de verdad me sigue, entrará en alguna tienda cuando yo lo haga. Así que busco la tienda más concurrida que encuentre. Paso de largo algunas buenas opciones porque en este momento mi cuerpo está tan en modo huida que no me fío de mí misma para hacer nada que no sea seguir avanzando. Cada vez que miro atrás, él sigue ahí.

Por fin, cuando veo una farmacia con las luces rojas del rótulo parpadeando, me cuelo dentro, abrazándome a mí misma. Ahora tengo frío, una señal inequívoca de que estoy sufriendo un ataque de ansiedad. Sudo y tiemblo; seguro que parezco tener fiebre. Avanzo por la primera fila y me giro para mirar hacia los ventanales.

Parece que pasan quince minutos hasta que el hombre aparece en mi campo de visión. En realidad, son solo unos segundos; estoy tan en tensión que el tiempo parece haberse detenido.

Contengo la respiración, temiendo que el hombre entre en la farmacia, pero pasa de largo como si ni siquiera existiera en su mundo. Aun así, me quedo clavada en el suelo, temblando. No puedo con esto. No sirvo para soportar semejante intensidad. Sheffield tenía razón al advertirme. Le mataron a sangre fría, sin pensárselo dos veces. ¿Qué me harán a mí?

—¿Se encuentra bien, señorita?

La voz me sobresalta, doy un respingo y me vuelvo para ver a un chico joven, quizá de dieciséis años. Lleva un chaleco con el logo de la farmacia y una pistola de etiquetas en la mano. Respiro hondo y asiento, procurando que no se note lo asustada que acabo de estar.

—Eh... ¿vendéis aquí teléfonos prepago? —Necesito a alguien para hacer llamadas, quizá buscar un poco más de información.

—Sí, claro. Por aquí. —Asiente y le sigo hasta la caja, aún muy consciente de que soy un blanco fácil.

El hecho de que ese hombre no me siguiera no significa que la próxima persona que me asuste no lo haga. Necesito la palabra de Matty de que no está enviando a nadie tras de mí. Necesito saber que no me va a buscar. Le di los archivos, los únicos que tenía. No tengo copias, ni amigos a quienes enviárselos siquiera. Se lo dije para que pensara que estaba preparada. No lo estaba. Sheffield solo me dio el visto bueno como media hora antes de que me arrebataran de la acera. Pero me había ganado cierta reputación husmeando estos últimos años, cuando no temía al gran mundo del crimen. Ahora, mi miedo está más vivo que nunca.

—Aquí los tienes —me dice el chico, señalando.

Miro los distintos modelos y cojo uno sin pensármelo demasiado. —Solo necesito esto y los minutos que traiga. ¿Puedes activarlo? —Le

entrego el teléfono aún en su envoltorio de plástico y meto la mano en el bolsillo para sacar el fajo de billetes.

Me acompaña hasta la caja, escanea el teléfono y pago; luego lo activa por mí y vuelta a la calle, escondida en un rincón cerca de la entrada, fuera de la corriente de aire. Empieza a refrescar y no llevo chaqueta decente. Solo este traje. Saco el trozo de papel con los números anotados y marco el de Matty, pegando el teléfono al oído.

Salta el buzón de voz, así que dejo un mensaje. —Matt... Soy Natalie. Lo siento mucho. Te he dejado el portátil. Por favor, déjame en paz. Por favor, mantén a tus hermanos lejos de mí. No pienso contárselo a nadie, te lo juro. Solo necesito encontrar al asesino de Hal.

Cuando cuelgo, se me hace un nudo en el estómago. No creo que me haga caso. Pero tenía que intentarlo.

18

MATTY

Roma ha desaparecido cuando llego, quizá se ha marchado por los disparos que se escucharon. Corro justo por donde estaba aparcado y me meto a toda prisa en un callejón. No tengo ningún arma para defenderme, y no es precisamente como si pudiera enfrentarme a balazos con los puños. Ya escucho las sirenas resonando a lo lejos. Estos tipos no se andan con tonterías. Recupero el aliento y echo un vistazo a la bolsa de Natalie. El portátil está ahí, y también el cargador, pero aún la necesito a ella. No puedo entrar a este portátil sin su contraseña.

A medida que las sirenas se acercan, me incorporo de la posición agachada y avanzo por el callejón, alejándome del periódico. Sigo alerta, sabiendo que en cualquier momento alguien podría descubrirme y relacionarme con el tiroteo. Necesito un coche para cruzar la ciudad. Llamo a Rome, preguntándome dónde estará, y él responde.

—Perdona, tío. Una controladora de parquímetros me echó y para cuando di la vuelta a la manzana ya había escuchado los disparos. Tú ya no estabas. No es seguro para mí volver. La controladora conoce el coche y la matrícula. Seguro que lo relacionarán con el tiroteo.

—Ya, lo entiendo... —Estoy frustrado, pero Roman tiene toda la razón y está haciendo lo correcto. Llegados a este punto, aquí cada uno va a lo suyo. A veces han caído algunos de los nuestros por meterse en marrones así, pero nosotros cinco siempre nos hemos mantenido limpios porque sabemos salir de estas mierdas—. Estaré en casa de Dominic en quince minutos —le digo, fijándome en un coche. Un chaval, probablemente de unos veintitantos, se acerca a un viejo Ford Focus.

—Nos vemos entonces —dice Rome y cuelga.

Me acerco directamente al chico y le apunto con la pistola. No hará nada más que servir de objeto contundente para dejarlo seco, pero al menos resulta intimidante. Este tío no sabe que la he impreso en mi impresora 3D en casa.

—Dame las llaves —ordeno, y él levanta las manos, las llaves colgando de su dedo corazón.

—Eh, tío. Tranquilo. No hace falta pegarme un tiro.

—He dicho que me des las llaves. —Sigo disfrazado, un maquillaje horrible y con gafas de sol, pero no puedo evitar ponerme nervioso al saber que este tipo me está mirando fijamente.

Empieza a retroceder y de un salto me lanzo sobre él, tirándole al suelo. Forcejeamos un poco, pero lo domino con facilidad y le quito las llaves de la mano, casi partiéndole el dedo mientras gime—. Por el amor de Dios, colega. Es la segunda vez que me roban el coche.

—Pues agradece que no sea la tercera.

Intenta barrerme las piernas para desequilibrarme, pero le doy una patada fuerte en el estómago y él se encoge hecho una bola. No me gusta hacer daño a gente inocente, pero necesito ese coche y se me ha resistido.

Llevo la bolsa hasta el coche, asegurándome de coger la pistola de plástico conmigo. Tengo mis huellas por todas partes y ahora es

cuestión de tiempo antes de que pongan una alerta de búsqueda sobre su coche, que seguro relacionarán con el tiroteo. Conduzco todo lo rápido que puedo hasta el otro lado de la ciudad y aparco a unas manzanas de casa de Dominic. Uso el bajo de mi camiseta para limpiar el volante y la palanca de cambios; luego bajo y corro hasta allí el resto del camino.

Rome ya está aquí, ha llegado instantes antes que yo. Está hablando con uno de sus hombres en la puerta y yo subo a toda prisa, con la bolsa colgando del hombro. Me miran y puedo notar que ya saben que he fallado. Dominic debe de estar de un humor de perros.

—Alguien tiene que ir a la esquina de allí, justo bajando por la calle Hawthorne, y mover el Ford Focus rojo. He dejado las llaves allí. Pero si alguien relaciona el relato de la controladora de parquímetros que obligó a Rome a marcharse con el hecho de que han robado un coche y encuentran ambos coches en las inmediaciones de la casa de Dominic, vamos a tener problemas. —Ni siquiera me detengo al hablar. Paso por su lado, subo las escaleras y entro en casa de Dominic dando zancadas.

Se cuela música suave desde la puerta entreabierta de su despacho. También percibo un suave aroma a humo, como si estuviese fumando una pipa o un puro. Dom no suele fumar, pero cuando lo hace es porque está celebrando o porque está enfadado. En este caso sé que es lo último. He fallado y él lo sabe. No solo Natalie está a la fuga, sino que tampoco tenemos forma de acceder a su portátil para comprobar si ha enviado sus archivos a alguien más, y el alboroto en el periódico se va a asociar seguro al asesinato de Sheffield, así que si nuestros hombres en comisaría no consiguen enterrar las pruebas, estamos perdidos.

—Entra, Matvey —dice Dom desde el fondo de su despacho.

Normalmente, no me impone en absoluto, pero cuando meto la pata así, preferiría abrazar a un erizo. Avanzo despacio, preparando ya mis argumentos sobre la situación y cómo voy a recuperar a Natalie para que podamos acceder a su portátil. Sus palabras resuenan una

y otra vez en mi cabeza: «No se lo diré a nadie». Eso fue lo que dijo. Pero da igual que no lo cuente ahora. Los chicos no van a creerse promesas así. Ahora querrán venganza. Debería haber confiado en mí.

—Aquí está —digo, dejando el portátil en el sofá.

—¿Y la reportera? —pregunta, dando una larga calada al puro. Está sentado tras su escritorio, recostado con los pies en alto sobre el tablero. Aquí dentro siempre está oscuro, como de costumbre. Su pose de malo no me afecta, pero esa fina capa de sudor y la negrura de su mirada sí que lo hacen. Permanezco callado un instante mientras pienso, pero no puedo mentirle.

—Está huyendo. —Lo digo lo más neutral posible. No tengo sentido intentar explicar nada ni justificarme. Va a ordenarme que la busque y la mate, y eso es culpa de ella. Pensaba que entre nosotros había complicidad, que ella iba a confiar en mí y, claramente, me equivocaba.

—Hmm... Interesante. —Se incorpora, coloca los pies bajo el escritorio y hace rodar su puro por el cenicero, eliminando la gruesa capa de ceniza del extremo—. Pensarías que un profesional con experiencia como tú habría tenido un plan alternativo, alguien que vigilara a la chica en cuanto se te escapara. —La mirada de Dominic se oscurece aún más. Entrecierra los ojos y me observa, esperando mi respuesta. No tengo nada que decir. Tiene razón. Debería haber hecho que Flynn se quedase a una manzana de distancia, o que Peter o Lenny cubrieran el otro sentido. Confié demasiado en ella, dejé todo demasiado al azar.

Como sigo en silencio, él prosigue con su sermón.—Y ahora tenemos el portátil, pero voy a suponer que está encriptado o al menos bloqueado con una contraseña que no conocemos. Por eso, no estamos más cerca de asegurarnos de que nuestros secretos estén a salvo. Puede que tengamos esos archivos, pero cualquier otra copia que haya sido enviada desde ese ordenador no podrá ser rastreada. Eso significa que necesitamos encontrar a la reportera.

—Entendido.

—Y una vez que el portátil esté asegurado y desbloqueado, tienes que matarla en el acto. ¿Me entiendes?

Respiro hondo, despacio, mientras le miro a los ojos. No tiene ni idea de lo que Natalie ha pasado por culpa de este lío en nuestras vidas. Sí, nos investigó y puso en peligro tanto a ella como a su tío, pero era inocente de todo, y su tío murió. Le vio morir. Sufrió algo muy traumático, y lo único que quiere es justicia. Y yo lo que quiero es estar con ella. ¿Cómo puedo aceptar esa orden? ¿Cómo puedo estar aquí y admitir que ella es un problema que hay que eliminar cuando, en realidad, los dos somos iguales?

—¿Me entiendes? —pregunta de nuevo, esta vez con una voz tan potente que me oprime el pecho. Lo entiendo, pero no estoy de acuerdo, y quizá esta sea la única vez que desobedezca a mi familia.

Vi a Leo enfrentarse a todo por la mujer a la que ama, traicionando los principios de la familia. Yo tampoco voy a dejar que maten a Natalie. No es policía; no puedo convencerla de nuestro lado. A lo mejor no hará más que causarnos problemas, investigar cosas que perjudiquen a nuestro negocio y a nuestro nombre. Pero en el instante en el que le metí la polla en su dulcísimo coño, pasó a ser mía. Y ahora no quiero follar otro coño que no sea el suyo. Dominic no me va a quitar eso jamás.

—¿Entie—

—¡Entendido! —grito; luego aprieto la mandíbula. Me hierve la sangre mientras le fulmino con la mirada—. Lo entiendo de sobra, joder.

Él se endereza en su asiento y deja el puro sobre la mesa mientras me mira.—Esta es una orden directa de tu líder, Matvey. Si me desafías, sabes lo que eso implica.

—Y si te desafío, tú sabes por qué. —Me doy la vuelta, dejo el portátil en la silla frente al escritorio y me marcho.

—¡No puedes desobedecer una orden directa! —grita, y sus palabras resuenan tras de mí mientras salgo furioso por la puerta y empiezo a bajar la acera. Necesito despejarme. Necesito alejarme de esto y pensar, respirar, calmarme.

Sé lo que significa desafiar al jefe de la Bratva. Cuando era mi padre, sabía que existía un cierto margen de seguridad. Me castigaría y me haría hacer cosas detestables antes de matarme, me daría la oportunidad de arrepentirme. Pero Dominic busca sangre ahora. Tiene algo que demostrar como nuestro nuevo líder, y papá ni siquiera está enterrado todavía. Podría ir a ver a papá, suplicarle clemencia para Natalie, pero está en cuidados paliativos. Nadie sabe cuánto le queda. No es buena idea.

Mi móvil vibra y lo saco del bolsillo. De alguna manera, con todo lo que ha pasado, me he perdido un par de llamadas. Esta es de un número que no reconozco. Han dejado un mensaje, así que desbloqueo el móvil y lo escucho mientras camino.—Matt... Soy Natalie. Lo siento mucho. Te dejé el portátil. Por favor, déjame en paz ahora. Por favor, mantén a tus hermanos lejos de mí. No diré ni una palabra, te lo juro. Solo necesito encontrar al asesino de Hal.

Mierda, está ahí fuera sola y buscando problemas. Sé que fueron los italianos quienes mataron a su tío, y si va tras ellos sola, no solo mi familia la perseguirá, sino que pensarán que está colaborando con ellos. Desde que mi hermano mató a su subjefe, llevan intentando acabar con nosotros. No se detendrán ante nada para derribarnos de una vez por todas. Ahora Natalie va a indagar sobre Hal y descubrirá que fueron ellos. No tendrán ninguna piedad con ella. La matarán en el acto.

No puedo dejarla sola para luchar contra ellos. Escribo un mensaje y se lo envío, y ella responde de inmediato.

Matty 17:47: Natalie, ¿dónde estás? Voy a por ti.

Natalie 17:47: No. No puedo volver. Tus hermanos me matarán. Tienes el portátil. Es lo único que necesitas.

Matty 17:48: Quieren verte muerta, y soy el único que está de tu lado ahora mismo. Si sigues investigando, acabarás durmiendo con los peces.

Pasan unos minutos y camino sobre ascuas. Es un número extraño, probablemente un móvil desechable. Si voy a la policía, contacto con alguien o incluso aviso a Lenny para rastrear este número, Dominic se enterará y Roman llegará antes que yo a donde esté ella. Ya sabe que pienso desobedecerle. Puede que haya dado la orden a toda la familia de disparar a matar en cuanto la vean y de no ayudarme.

Matty 17:56: Natalie, soy tu única opción.

Natalie 17:57: No puedo volver, Matty. Tengo miedo. Solo quiero que el asesino de Hal pague, y pienso demostrarlo. Por favor, prométeme que convencerás a tus hermanos para que me dejen tranquila. Sé que ni tú ni ellos habéis sido.

Estoy hirviendo de rabia ahora mismo. Nadie me dice que no. Nadie me desafía ni huye de mí. ¿No se da cuenta de que intento ayudarla? ¿Acaso no ve que, si se queda sola por ahí, la encontrarán? Y la matarán.

Matty 18:00: Déjame ir a buscarte. Te traeré a salvo.

Natalie 18:01: ¿Para qué? ¿Para que consigas mi contraseña y luego me mates? No, gracias.

Intento llamarla. Suena y suena, pero nunca contesta. Así que vuelvo a intentarlo, una y otra vez. Sé que está ahí. Sé que ve mis llamadas. Sé que está enfadada y asustada, y maldita sea lo que no daría por ver ahora la cara de esa diablilla, terca y enfrentándose a mí. Le enseñaría una lección que nunca olvidaría. Pero no responde, y ahora mismo estoy perdido.

Matty 18:07: Coge el puto teléfono.

Matty 18:08: No voy a dejar que te maten, ¿vale? Te quiero en mi cama.

Diría mucho más, pero este no es el momento. Por lo que sé, pueden estar rastreando mis mensajes y llamadas y ya saber dónde está porque han localizado el número con el que me comunico. Tiene que abrir los ojos y ver la estupidez que está haciendo.

Le mando una ráfaga de mensajes, al menos quince, pero deja de contestar y, cuando intento llamar de nuevo, salta directamente el buzón de voz. Ha debido quitar la batería, apagar el teléfono, o han dado con ella y se lo han destruido. Grito y doy una patada a una piedra de la acera. Tengo que llegar hasta ella antes que Dominic o los italianos. Es probable que aún no estén buscándola, pero solo es cuestión de tiempo. Hemos conseguido demostrar casi con total certeza que su fuente era L'ombra, gracias a la investigación de Rome.

Voy a por ti, Natalie, aunque sea lo último que haga. Porque cuando deseo algo, lo cojo. Y nadie me detiene. No me importa que mis hermanos te quieran muerta.

19

NATALIE

Me apoyo contra el edificio, mirando los mensajes de Matty hasta que no puedo soportarlo más. No puedo volver atrás. No comprende que necesito justicia para Hal. Lo único que pasa por su cabeza es lo bien que le follo. No solo es que eso no sea suficiente para una relación de verdad con él, sino que su familia me matará. Ahora sé que investigar a la Bratva, la mafia italiana, los armenios o cualquier otra familia del crimen organizado en esta ciudad es la peor idea posible. Sheffield tuvo razón al advertirme, y me odio por que él pagó con su vida, por tener que aprenderlo a las malas.

Apago el móvil y lo guardo en el bolsillo. Hace frío, estoy temblando. Camino sin rumbo un rato, mirando por encima del hombro cada pocos segundos para asegurarme de que no me siguen. No tengo dinero suficiente para coger una habitación en ninguna parte, pero sí para pagar un billete de metro. Un trayecto a cualquier sitio cuesta solo unos pocos euros, así que compro mi billete y bajo al subsuelo.

Aquí abajo hace más calor, el calor de los enormes motores que mueven los trenes mantiene esto a una temperatura sofocante incluso mientras el otoño se adueña de la ciudad. Por un momento me siento aliviada de no estar tiritando, pero el ambiente es frío de

otro modo. Demasiada gente es atracada y asesinada en las estaciones de metro. He leído historias de terror sobre mujeres violadas y hombres destripados solo por un reloj sin valor. Aun así, es mejor que dormir en una acera donde las ratas me perseguirían.

Entro en un vagón, y ni siquiera me importa no saber hacia dónde va. Estos trenes recorren un enorme circuito que funciona las veinticuatro horas del día. Y el vagón que he elegido está bastante vacío. Unos pocos pasajeros sentados, dispersos, absortos en sus móviles o en un libro. Una mujer de pie, agarrada a la barra, mirando al vacío. Ocupo un sitio cerca del principio del vagón y me siento. Me siento tan sola aquí, como si pudiera deambular en este tren durante días y nadie viniera a buscarme.

Me pregunto si Lucy y el grupo del trabajo me habrían buscado si Matty me hubiera retenido más tiempo. Me pregunto si mis padres estarán ya preocupados, si alguien les habrá llamado diciendo que desaparecí. Han pasado semanas. Yo misma les llamaría, pero ¿qué iba a decirles? No puedo volver porque, si lo hago, un loco y su familia podrían mataros a todos… No es precisamente un pensamiento reconfortante para ellos. Tal vez sería mejor que nunca les volviera a hablar. Al menos estarían a salvo—destrozados, sí, pero no muertos.

Las palabras que desfilan por el letrero LED colgado del techo indican que hay retrasos en la línea. Da igual. En realidad, ni siquiera voy a ningún sitio. Solo necesito un lugar cálido y seguro donde dormir. Las posibilidades de que un criminal me elija a mí, en este tren concreto, en este preciso instante, de entre todos los trenes que circulan ahora mismo por la ciudad, y todos los vagones de cada tren… probablemente es tan probable como que me toque la lotería, y nunca me ha tocado.

Me apoyo contra la pared, dejo caer la cabeza sobre la ventana y cierro los ojos. Aún es temprano, poco después de las siete, pero estoy agotada. Llevo meses agotada. Buscar pistas para encontrar al asesino de Hal me ha dejado vacía por dentro. Cuando descansaba

sobre el pecho de Matty era cuando más a gusto y relajada me sentía. Pero ese momento no fue real. Él no es mi alma gemela. No puedo volver con él.

Hombres como Matty son soldados entrenados para obedecer órdenes. A estas alturas, su hermano ya le habrá dicho que debe matarme. Lo sé. Lo siento en las tripas. Solo está siendo amable conmigo para dar conmigo. No tiene ninguna intención de protegerme. Mi única salida es desenmascarar al asesino y marcharme de la ciudad. No tengo otra opción. Por muy mágicos que hayan sido los momentos entre Matty y yo, no fueron reales. Eran una ilusión pintada a base de hormonas y desesperación.

Siento que las lágrimas empiezan a brotar y ni siquiera trato de detenerlas. Yo quería que Matty fuera real, que de verdad sintiera algo tan fuerte como para amarme, para protegerme. Pero no puede. Él tiene que ser leal a su familia. Lo sé. Y no voy a intentar impedírselo, pero sí tengo que sobrevivir, aunque solo sea lo suficiente para darles algo de consuelo a mis padres sobre Hal.

El sueño me arrastra a lo más profundo, y me ahogo. Las pesadillas me atormentan, obligándome a despertar de golpe cada veinte minutos o así. Es una tortura revivir aquel día una y otra vez, y lo único que recuerdo cada vez que me despierto es la sangre. Había sangre por todas partes. No puedo quitármelo de la cabeza, no puedo hacer nada salvo seguir avanzando en busca de respuestas.

Hasta que un sueño con Matty me reconforta. Está allí, sus manos recorriéndome el cuerpo, las palabras susurradas con rabia en mi oído de que soy suya. De que me posee. Y yo me entrego, desesperada por pertenecer a algún sitio, ahora que el lugar donde más en casa me sentía ha desaparecido. Hal era como un hogar, como un padre para mí, y ya no está. Pero Matty sí está, dispuesto a ser mi refugio… Si tan solo creyera que es verdad.

Me despierto con el suave toque de una mano en mi rodilla. Me duele el cuello de haberlo tenido doblado toda la noche. Las luces siguen igual que cuando me dormí. Ni siquiera tengo forma de saber

qué hora es hasta que miro el letrero LED, que anuncia que el tren de las siete va con nueve minutos de retraso. Parpadeo fuerte y miro a mi alrededor, frotándome la nuca, y veo a una mujer muy sucia sentada enfrente de mí. Tiene que haber sido ella quien me ha despertado. Su piel está tan cubierta de suciedad que no puedo decir de qué raza es, salvo por la forma de sus ojos—al menos no es de ascendencia asiática.

—Oye, no puedes dormir aquí. Vendrán y te echarán —dice como si tuviera experiencia en el tema.

—¿Dónde estamos? —mascullo, frotándome los ojos.

—Sí, guapa, vendrán y te arrestarán si haces eso —sus ropas apestan a orina y le tiemblan las manos—. Te digo que deberías cuidarte un poco, ¿sabes?

—Gracias —murmuro, intentando enfocar la vista para poder leer el cartel.

—Estamos cerca de la Noventa y Seis. Creo que voy a ir a por algo de desayuno. ¿Tienes algo de cambio? Una chica tan guapa como tú, tan arreglada, seguro que llevas unos cuantos dólares.

Me froto el brazo con incomodidad. Si muestro el dinero y ve los pocos cientos de dólares que llevo en el bolsillo, seguro que no va a conformarse con un par de billetes y quién sabe si acabará robándome. No puedo permitirlo. Tengo que decidir qué hago ahora.

—Lo siento, no... —me levanto y camino hacia la parte trasera del tren. Tenemos que estar cerca de una estación. Me siento mal, porque me ha despertado de buena fe para avisarme, y yo he sido totalmente borde con ella, pero ahora mismo tengo que pensar en mí. Necesito volver a la escena del crimen y quedarme allí. Quizá así recupere la memoria. Seguro que recuerdo algo.

El tren se detiene y bajo, subiendo directamente las escaleras hacia la calle. Hay tanta gente que no puedo ver nada. Es un caos. Nunca he tenido que ir andando a un sitio tan temprano. Normalmente voy

a trabajar sobre las nueve, pero ahora hay aún más gente que a esa hora. Meto los brazos pegados al cuerpo, agacho la cabeza y ando. Los pies todavía me duelen, las ampollas siguen escociendo, pero me siento con más energía después de casi doce horas de sueño interrumpido.

Me gruñe el estómago. Me muero de hambre. Tengo que conseguirme un sándwich o un café, o ambas cosas. Me abro paso entre la multitud y consigo acercarme a las entradas de las tiendas. Veo el cartel de una cafetería y decido parar, pero antes paso por delante de una armería. Es temprano, acaban de abrir, pero algo dentro de mí me empuja a entrar. Si tengo que estar a la fuga, lo único más valioso que el dinero es la protección. Sé que no puedo llamar a la policía para pedirles que me protejan porque no sé de quién puedo fiarme entre ellos.

Así que, de repente, me giro sobre mis talones y casi choco con el hombre que tengo detrás. Me suelta una grosería mientras me aparto y me abro paso por la multitud para entrar en la armería. Una campana suena sobre mi cabeza cuando me acerco al mostrador. Nunca he tenido un arma, no tengo ni idea de cómo funciona. Pero un hombre mayor, de ojos amables, se acerca sonriendo. Debo de tener un aspecto terrible. No he comido bien, llevo el pelo hecho un desastre. Tengo manchas de suciedad en la falda, vete tú a saber por qué, y probablemente las ojeras se me notan a kilómetros.

—¿En qué puedo ayudarte?

—¿Tienes alguna pistola por menos de doscientos dólares? —apoyo las manos en el mostrador, que es una vitrina, y miro las armas y los seguros guardados dentro. Ahora no cabe duda de que necesito un arma. Tengo que poder defenderme.

—Por supuesto, señorita. Tenemos algunas de segunda mano que podríamos venderte por ahí. ¿Tienes el carné de conducir? Tenemos que hacerte una verificación de antecedentes penales y tendrás que esperar tres días para los resultados.

Se me cae el alma a los pies cuando lo miro a los ojos. —¿Tres días? Pero ahora mismo hay gente que me está buscando. —Ya he dicho demasiado y lo sé. Me alejo del mostrador y el hombre me dedica una mirada comprensiva.

—Podría llamar a la policía por ti.

—¡No! —grito de repente, dándome cuenta de que esto ha sido una mala idea.—Por favor, no lo haga. No es buena idea.

Salgo corriendo de la tienda y me sumerjo otra vez en la multitud. Me camuflo, intentando parecer una persona cualquiera que va al trabajo. Al mirar por encima del hombro, veo al hombre mayor mirando entre la gente. Me siento tan vulnerable aquí afuera y sé que no puedo arreglármelas sola, pero la oferta de Matty de salvarme tampoco es la solución. No puedo fiarme de él. Aun así, cada vez que miro atrás, tengo la sensación de que hay alguien vigilándome.

Después de caminar cinco manzanas, con los pies doliéndome otra vez, entro en una cafetería. Espero y veo a un hombre extraño que se para delante de la puerta. Titubea, me mira y luego se aleja. Menos mal que he entrado aquí. Me asusta pensar que puede ser de la familia de Matty y me busca, o simplemente un indeseable cualquiera y he tenido suerte de encontrar este sitio.

Me acerco al mostrador y una mujer de mediana edad se acerca. —¿Qué quieres? —pregunta. No es una pregunta grosera, sólo está tomando mi pedido, pero lo dice con tan mala educación que me ofende un poco.

—Eh, solo un café solo. ¿Y hay alguna salida diferente? Creo que ese tipo me está siguiendo. —Señalo por encima del hombro mientras meto la mano en el bolsillo para sacar unos dólares y pagar.

—Escucha, cielo, no somos la policía. Solo servimos café. —Dicho con ese aire tan típico de Nueva York, de narcisismo y egoísmo.

Pongo los ojos en blanco mientras pago y espero a que me sirva el café.

Me siento junto a la ventana y doy sorbos al café caliente, vigilando al hombre. Se queda merodeando fuera, como si esperase a que salga, pero soy cabezota: no me muevo de aquí hasta que me acabo hasta la última gota y el vaso queda vacío. No tengo escapatoria, y después de todo esto, sé que efectivamente me estaba siguiendo. El corazón me late a mil. Solo quiero que se vaya para poder largarme de aquí. Si fuera de la familia de Matty, ya habría entrado y me habría cogido, así que debe de ser un desgraciado cualquiera.

Me quedo allí el tiempo suficiente para que se canse, supongo. Finalmente entra en la cafetería, me mira fijamente. Ni siquiera pide nada. Va directo a mi mesa y se sienta, y yo me tenso y contengo la respiración. Huele a alcohol y a sudor. Su sonrisa está marcada por manchas de tabaco y caries; cuando intento levantarme, me agarra de la muñeca.

—He oído que buscas un arma...

Sus palabras me ponen la piel de gallina. Se me eriza el vello. —Eh... no, está bien.

—Te puedo dar una... —Se relame los dientes y me muestra esa sonrisa estúpida, fea y torcida.—Solo ven al baño conmigo. Chúpamela... Tengo un arma que puedes quedarte.

Su "oferta" me da tanto asco que noto el estómago revolverse. —Suéltame —digo, intentando zafarme, pero él aprieta todavía más.

—Venga, nena. Necesitas un arma. Es gratis. Ven conmigo. —Se levanta y me tira del brazo, obligándome a incorporarme, pero yo me zafó bruscamente y retrocedo varios pasos.

—Déjame en paz —espeto, retrocediendo hacia la puerta. Él avanza despacio, sin quitarme ojo.

—Solo intento ayudarte.

Doy media vuelta y echo a correr tan rápido como puedo. Los tacones salen volando; ni siquiera intento recuperarlos. Cruzo corriendo un paso de cebra con el semáforo en rojo, sorteando gente mientras corro. Al mirar atrás veo que me persigue. Cuando Matty me ofreció ponerme a salvo y protegerme, dudo que se imaginase un asunto de este tipo, pero ahora quiero que esté aquí. Quiero llamarle y que venga a salvarme, pero eso significaría volver a esa prisión que es su casa y arriesgar mi vida de otra manera.

Así que simplemente corro….

20

MATTY

Me siento al otro lado del escritorio frente al inspector Akers, un nombre nuevo en nuestra plantilla. Su hija se metió con mi familia de una forma desafortunada y, gracias a eso, ahora cobra de nuestra nómina. Estoy seguro de que no le gusta, y también de que Dominic ya le ha ordenado que no me ayude, por eso mi pistola cargada apunta directamente a su pecho. Me observa de mala gana mientras rastrea el número con el que Natalie ha estado comunicándose conmigo. Si supiera hacerlo yo mismo, lo habría hecho, pero así es más sencillo. El único inconveniente es que Dominic lo acabará descubriendo y, si este idiota le dice dónde está Natalie, solo tendré unos segundos para llegar antes y cogerla.

—Aparece que está aquí —dice, girando la pantalla del ordenador hacia mí—, justo cerca del Night Hotel en Broadway. Tío, tu hermano te va a matar. Deja la pantalla tal cual y memorizo la ubicación. Dominic no me va a poner un dedo encima, porque no pienso darle la oportunidad.

—Déjame que me preocupe yo de mi hermano, y tú preocúpate de ti. Te matará si le dices que me has ayudado. —Me recuesto y guardo la pistola en la funda. Creo que el tipo ya ha entendido que está en un buen lío.— Recuerda negar siempre todo. Cuanto menos

le digas, mejor. Porque yo soy de su sangre, y tú solo eres un prisionero reticente en sus planes. —Me pongo en pie y abrocho la chaqueta sobre el arma enfundada.

—Matvey, no puedes dejarme así. Si se entera de que te he ayudado, de verdad que me mata. Tienes que cubrirme; lo he hecho por ti. —Su voz se resquebraja mientras me habla. No hay nada peor que un hombre débil, pero a veces no podemos elegir a quién ponemos en la nómina. Este hombre era un mal necesario, así que ahora saldará su deuda con mi familia ayudándome. Y si acaba pagando el precio por mi insubordinación, que así sea.

—Mantente al margen, Akers.

Con una nueva pista sobre la ubicación de Natalie, salgo a la calle. Cuando decidí buscar ayuda para rastrear su móvil, sabía que Akers era el único al que podía llamar. Nuestro otro colega de la policía, el sargento Monroe, está demasiado vinculado a la familia. Lleva demasiado tiempo por aquí. Dominic y él son casi amigos ya, y le he visto mandar a prisión a demasiados de los nuestros por tonterías—por auténticas nimiedades.

El tráfico está pesado esta mañana, y el de peatones aún más. Escaneo la multitud buscándola, pero no veo por ninguna parte la conocida falda azul marino de rayas. Natalie podría ser una aguja en un pajar. No puedo seguir rastreando, así que solo cuento con la última localización. Me lleva a una cafetería. No hay dónde aparcar, así que dejo el coche en medio de la calle con los intermitentes puestos y entro en la diminuta tienda con cuatro cabinas y una sola mesa.

La mujer de mediana edad tras la barra me lanza una mirada de pocos amigos cuando me acerco. Parece el saludo habitual en Nueva York. Aquí nadie es simpático, a menos que te conozcan personalmente y, aun así, no a estas horas. Akers desde luego no lo fue, aunque también le desperté a las seis de la mañana para que trabajara para mí.

—¿Qué quieres? —espetó, y no me impresiona en absoluto. Natalie no está aquí y eso significa que ha salido hace apenas unos minutos.

—Busco a una mujer, pelo castaño oscuro, ojos marrones. Lleva un traje azul marino de rayas. ¿La has visto? —No tengo ninguna foto de Natalie para enseñarle, si no, lo haría.

No creo que eso ayudara de todos modos. Esta mujer no parece muy dispuesta. Dice:—¿Y esto qué es, la maldita comisaría del distrito cinco? Anda, presenta una denuncia por desaparición. ¿Qué le pasa hoy a la gente con sus problemas? —Ni siquiera toma mi pedido; simplemente se da la vuelta y se pone a limpiar la cafetera con un trapo.

Estoy tentado de contestarle, pero eso no me ayudará a encontrar a Natalie. Me dirijo hacia la puerta cuando suena mi teléfono. Lo saco del bolsillo y veo que es el mismo número desde el que ella me ha escrito, y contesto de inmediato.

—¿Natalie?

—Matty, ayúdame, por favor —suplicó ella, y noto que apenas puede respirar—. Me está persiguiendo.

—¿Dónde estás?

Oigo alboroto, gritos y algún que otro gemido. Su jadeo dificulta oír qué más ocurre. Lleva un buen rato corriendo, lo sé por cómo le cuesta respirar.—Esquina... de... la setenta y tres con Broadway... —consigue decir antes de que la llamada se corte.

—Mierda —mascullo, corriendo de vuelta al coche. Está solo a diez manzanas de aquí. Tiene problemas y no sé de qué tipo, pero nunca me llamaría voluntariamente. Sabe que necesita ayuda, lo que me hace pensar solo una cosa. Se ha metido con mis enemigos.

Metí la marcha y di la vuelta en U, metiéndome de nuevo en el tráfico lo más rápido posible. El carril en dirección sur va tan lento que nunca la encontraré, así que subo por el carril norte, en sentido

contrario, y acelero. Los coches se apartan y maniobran para dejarme paso, con bocinazos y frenazos. Yo también toco el claxon, forzando el coche hasta donde puedo ir sin matarme. Por poco atropello a un peatón y tengo que girar el volante bruscamente, lo que provoca que otro coche choque contra un autobús urbano. El estruendo de bocinas es ensordecedor, pero tengo que llegar hasta ella.

No aparto los ojos de la multitud, escaneando las aceras en las dos direcciones. Cuando me acerco a la esquina donde dijo que estaba, no veo nada, pero sigo adelante, buscando, y ahí la encuentro. Su melena oscura ondea tras ella mientras corre. También veo al hombre que se le acerca, aunque no es lo que me esperaba. Veo un hueco en la multitud y, a tiempo, giro el volante justo para rozar su cadera derecha. Da una vuelta y se empotra contra una farola y cae al suelo al tiempo que yo paro el coche y lo dejo en punto muerto.

—¡Natalie! —grito al bajar del coche de un salto. El corazón me late a mil. Ya la tengo. Está aquí.—¡Natalie! —vuelvo a gritar, y ella se gira y, al hacerlo, comienza a frenar el paso.

—Dios mío, Matty —solloza ella. Se cubre la boca y casi se cae intentando recuperar el aliento. Cuando empieza a caminar hacia mí, avanzo en su dirección. No tengo claro qué quería el hombre con ella, pero lo averiguaré en cuanto esté a salvo en mi coche.

La rodeo con los brazos y la aprieto contra mi pecho mientras respira con dificultad, tomando aire a bocanadas. Nunca he sentido una necesidad tan fuerte de proteger a alguien en mi vida, ni siquiera a mi familia. Natalie es diferente y ni siquiera sé explicar por qué. Solo sé que es mía y nadie puede tocarla salvo yo.

—Vámonos de aquí… —Con un brazo alrededor de su cintura, la guío hacia mi coche. La puerta está abierta, el motor aún en marcha. Es hora de sacarla de la calle y devolverla a la seguridad de mi casa antes de que alguien peor que ese matón salga tras ella.

—Él era… Dios mío… —solloza, todavía intentando tranquilizarse y recuperar el aliento.

—Mira, por ahora estás a salvo. Tenemos que ir a mi casa.

—Parece que alguien está causando problemas, Tony. —La voz que me interrumpe me hiela la sangre. El marcado acento italiano deja claro el tono de la conversación. Sé que estamos bien adentro del territorio italiano y no he venido a buscar líos. Solo quiero llevar a Natalie a casa. Busco mi arma, pero no está—quizá la perdí cuando esquivaba el tráfico y el gin.

—Sí, Gio, creo que deberíamos enseñarle a este tipo que no queremos líos en nuestras calles. —La segunda voz es de un hombre con traje oscuro, sombrero negro y gafas de sol. Lo reconozco de múltiples encontronazos con esta familia. Con la tensión ya caldeada entre nosotros, sé que no estamos nada seguros.

—Sube al coche, Natalie —le ordeno, empujándola en esa dirección, pero los hombres no parecen tener la menor intención de dejarnos marchar sin más.

—Eso no va a pasar… —El primer hombre empuña una pistola. Quiere dejar clara su postura. Se nota que me reconoce. Quizá quiera enviar un mensaje, o quizá simplemente quiera matarme.

—No busco problemas. Ese matón la perseguía; solo vine a sacarla de aquí. Si queréis limpiar vuestras calles, hablad con él. —Señalo al hombre que ahora se retuerce de dolor. Probablemente tenga la cadera rota y quizá unas cuantas costillas también por el golpe contra la farola, pero sobrevivirá.

—Será mejor que te largues antes de que te pase algo malo —dice el segundo hombre a Natalie. Le aparta el pelo mojado por el sudor del hombro y le pasa un dedo por la mejilla, y yo ya he tenido suficiente.

—Corre —ordeno y lanzo un puñetazo al hombre. Ella corre hacia el coche y salta al asiento del conductor.

Es entonces cuando escucho el disparo. Al principio ni siquiera siento la bala atravesarme. Solo noto calor, como una oleada sofocante recorriendo mi cuerpo, haciéndome sudar al instante. Me mareo y, de repente, aparece el dolor cuando caigo de rodillas. No puedo respirar. Es como si un caballo me hubiera dado una coz en el pecho y arde. Quema como si tuviera ácido o lava corriendo por dentro.

Aspiro una bocanada de aire y me estiro hacia el coche, pero alguien me da una fuerte patada en el estómago y me doblo hacia delante. —Dile a tus amigos rusos que vamos a por ellos. L'ombra caza esta noche. Será un festín cuando caigas. Y tu familia pagará por matar a nuestro jefe.

Suelto otro suspiro ahogado y siento la sangre resbalarme por la boca. Estoy mareado, la visión se me nubla. Intento hablar, pero no sale ningún sonido. Los hombres se ríen entre dientes y se alejan, y los curiosos que no se han marchado gritando ya empiezan a rodearme. Hay un murmullo, susurros y gente preguntando si estoy bien. Me sorprende no ver a Natalie salir disparada, pero en vez de eso baja del coche, rodea el vehículo y abre la puerta del copiloto.

—¡Atrás! ¡Atrás! —grita, empujando a la gente. —Matty… —Se arrodilla a mi lado. —Matty, tengo que llevarte al hospital. Joder… Dios mío. Que alguien me ayude. Tengo que llevarlo al hospital. Se va a morir.

Me siento débil, como si toda la fuerza se hubiera ido de mi cuerpo y estuviera a punto de perder el conocimiento. Natalie intenta levantarme y no consigo ponerme de pie. Luego desaparece. Estoy a punto de desmayarme, la visión se me apaga y luego se aclara, y de repente veo luces brillantes. Cuando vuelve, está furiosa. La oigo gritar a la gente.

—He dicho que ayudéis, joder. Tú, ahora. Sube con él al coche; no puedo esperar veinticinco minutos a que llegue una ambulancia.

Me queda apenas la fuerza justa para sacar el móvil del bolsillo. La superficie dura y lisa en mi mano es mi única esperanza. Si llamo a

Dominic, puede avisar al veterinario, y él me salvará. Si llego a tiempo.

Unas manos me levantan y abro los ojos a la fuerza. Natalie está de pie con mi pistola en las manos, apuntando a los hombres que me arrastran hasta mi coche. Sigo sangrando a chorros, la camisa ya roja y empapada. Cada respiración va acompañada de un ruido burbujeante mientras la sangre me llena los pulmones. Echan el asiento hacia atrás y cierran la puerta, y Natalie salta al volante y arranca a toda velocidad. Yo busco el móvil a trompicones y llamo a Dominic.

Con la mano temblorosa me llevo el teléfono a la oreja mientras ella pisa el acelerador y se mete en un callejón, y Dominic contesta.

—Matvey, será mejor que no—

—Llama a Brewster… —consigo balbucear, y enseguida empiezo a toser tan fuerte que la sangre salpica todo lo que veo, incluida Natalie.

—Joder, Matty… dios mío —llora ella, aunque no deja de conducir.

—¿Qué tan grave es? —Dominic ni siquiera necesita preguntarme a qué me refiero. Llamamos al veterinario cuando necesitamos atención de urgencia que no puede aparecer en ningún registro. No puedo ir a un hospital; acabo de atropellar a un tío y darme a la fuga. Necesito el coche limpio y el pecho cosido.

—Grave… —gruño y vuelvo a toser. No puedo articular ni una palabra más. De hecho, estoy tan débil que dejo caer el teléfono. Se queda encajado entre el asiento y la consola central, y no puedo recuperarlo. Estoy sangrando tanto que me voy a desmayar de un momento a otro.

—Matty, joder…

—A casa de Dom… —gruño, y ella chilla al pasar un semáforo en rojo y acelerar.

—No, tienes que ir a un puto hospital. Te estás muriendo. Joder.

—A casa de Dom, Natalie. —Apenas puedo moverme. De nuevo la vista se me nubla. Cierro los ojos mientras el coche salta por encima de cosas y no sé si siquiera me va a hacer caso. Pero recito su dirección lo más claro que puedo.

Dominic es el único que puede salvarme ahora. Solo rezo para que vea que Natalie intenta salvarme la vida y respete que no quiere entregarnos. Si me lleva a un hospital, sin embargo, sabré que nunca podré confiar en ella. Escucho sus gritos histéricos mientras mi pecho se va haciendo más pesado. Oigo el ruido áspero de mi propia respiración y sé que estoy cerca de la muerte. El dolor en el pecho es tan intenso que siento que todos los músculos de mi cuerpo están ardiendo.

Y entonces la oscuridad me engulle.

Pero al menos ella está a salvo.

21

NATALIE

No puedo ni creer que esto esté ocurriendo. Matty se está desangrando justo a mi lado, todo porque le pedí que viniera a salvarme de un hombre desarmado. Me entró el pánico. ¿Por qué le llamé? Y ahora voy a perderle. Dudaba en irme con él a su casa porque temía a su familia, pero eso no significa que quiera que muera. De hecho, estar lejos de él, huir, y ahora verle ahí, muriéndose, me hace desear no haberme escapado nunca. Que simplemente me hubiera quedado con él.

—Matty... necesito un hospital...—Estoy sollozando tan fuerte que apenas logro ver. Me seco los ojos con la mano y giro por Columbia Street. Sé perfectamente dónde vive Dominic. No necesitaba que Matty me soltara su dirección. Me he informado bien sobre estos cabrones, y joder, ojalá pudiera llevar a Matty a un hospital, pero tiene razón. Probablemente su familia tenga medios para ocuparse de esto y, si va al hospital, le pillarán por el atropello. Si ese hombre muere, Matty irá a la cárcel.

Así que me dirijo a casa de Dominic rezando para que sean capaces de arreglar esto. Por lo que parecía durante la llamada que Matty ha hecho antes de desmayarse, estarán esperándonos—a mí. Estoy aterrorizada. Van a matarme, o quizá no lo hagan porque he salvado

su vida. Si es que logro salvarla. Está perdiendo tantísima sangre. No sé ni si este coche puede correr lo bastante, sin contar con el tráfico. Voy por calles secundarias y callejones, pero aun así hay gente en medio.

—Mierda, agárrate—gimo al girar bruscamente para esquivar un camión de la basura. Sus luces parpadeantes me avisan de su presencia, y casi me lo llevo por delante mientras doy un volantazo por detrás. El retrovisor del lado del conductor del coche de Matty se estrella contra el parachoques y yo sigo adelante, arrancándolo de cuajo. Las cosas se pueden reponer, las vidas no, así que ni me molesto en parar.

Estamos apenas a unas manzanas de la casa de Dominic cuando Matty empieza a toser y gruñir. La sangre salpica por todas partes, empapando mi manga, el cambio de marchas y la radio. Se retuerce y se dobla mientras yo tomo una curva y entro en la urbanización. La verja de Dominic está abierta y, cegada por las lágrimas, raspo el lateral del coche al meterme en su entrada, frenando en seco cerca de la puerta principal.

Antes siquiera de poner el coche en punto muerto, tres hombres enormes salen corriendo hacia nosotros. Dos van al lado del pasajero y abren la puerta de un tirón; el tercero abre la puerta del conductor. Me pasa el brazo por delante y pone el coche en punto muerto antes de sacarme de un tirón por el bíceps. Chillo y berreo, intento defenderme a puñetazos, pero la verdad es que no tengo nada que hacer. Este tío me triplica en tamaño.

—Suéltame, maldito enfermo.

Me agarra del pelo y me arrastra rodeando el coche mientras veo cómo sacan a Matty de su asiento. Él tose fuerte y más sangre le sale por la boca. —Matty, dios mío, por favor. Que alguien le ayude. Por favor.—Lloro e intento alcanzarle, pero el gigantón que me sujeta no afloja ni un ápice.

—¡Ponedle en la camilla!—ordena un hombre bajo, calvo, con bata blanca y un maletín médico negro. Parece seguro de sí mismo y yo, en cambio, estoy hecha un lío. Me dejo caer de rodillas y rompo a llorar más fuerte.

—Dios mío, por favor... Por favor, Dios, haz que viva.—Me limpio la cara y trato de acercarme a Matty otra vez, y alguien me aparta las manos de un golpe. Grito y las abrazo contra mi pecho, pero el corazón me late de puro pavor. No puedo perderle.

—Llevadla por detrás—ordena un hombre, y al mirar veo a Dominic Gusev bajando corriendo las escaleras. Viste de negro y sus ojos destilan muerte. Ha ordenado que me maten más de una vez y temo que el final me ha llegado.

—No...—La voz de Matty sale como un chillido ronco.—Ni se os ocurra... tocarle... un pelo...—Se esfuerza por hablar y cada palabra le arranca más sangre de la boca y la nariz.

—¡Habéis oído!—ruge Dominic, y el hombre que me agarra tira de mi pelo hasta que no me queda más remedio que ponerme en pie.

—Joder, ¡ay! Por favor, necesito estar con él. ¡Ay!—Empujo el pecho del hombre, pero no se inmuta ni un centímetro.

—Dom, no.—Interviene otro hombre. Le reconozco como uno de los hermanos, pero no sé cuál.—Si no sobrevive, ésa es su última voluntad. Hay que respetarlo.—Le pone una mano firme en el pecho a Dominic, mientras los hombres que han sacado a Matty y el tipo de la bata blanca lo suben en la camilla y lo llevan escaleras arriba, dejando un reguero de sangre junto al coche y goteando desde la camilla hasta la entrada de la casa de Dominic.

Dominic me clava la mirada y veo cómo se le ensanchan las aletas de la nariz. Algo me dice que, si sólo dependiera de él, yo ya estaría muerta en su entrada. Pero no depende y lo compruebo por el hombre que le retiene. Se enzarzan en un pulso silencioso, luego

Dominic niega con la cabeza y me mira.—Enciérrala en la habitación azul—ordena, y después se gira y sigue a Matty dentro de la casa.

El hombre que me defendió me dedica una mirada de odio y luego se va también. Probablemente también me habría matado si no hubiera sido por la petición de Matty, y espero que eso sea suficiente para que nunca me maten. Lloro mientras me conducen dentro de la casa, siguiendo el reguero de sangre, hasta que me empujan por un pasillo estrecho dentro de una habitación. Me dan tal empujón que avanzo varios pasos a trompicones y caigo de rodillas.

—Ay—gimo, y me estremezco de dolor mientras permanezco llorando. Matty está muriéndose, y es todo culpa mía. Le he llevado directo a la muerte. Dios, soy tan culpable como toda esta organización. Le pasó a mi tío y ahora le está pasando a él. La única diferencia es que, esta vez, he visto al hombre responsable, y sé que fue un italiano el culpable.

Ni siquiera pierdo el tiempo metiéndome en la cama para llorar. Me enrosco sobre la alfombra azul claro y me apoyo contra la colcha floral que cae por el lateral de la cama. Es cierto lo que dicen. No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, y Matty es ese algo. No puedo perderle. Me entiende y, por la razón absurda que sea, le importo lo suficiente como para enfrentarse a su familia y para recibir una bala por mí.

Lloro, por Matty, por mi corazón, por Hal y por la necesidad apremiante de estar con el hombre al que amo, a quien no tengo miedo de admitir que amo. Lloro hasta que me dan calambres en el estómago y se me acaban las lágrimas, y entonces me siento vacía. Me quedo tumbada en la alfombra mirando el oscuro zócalo de madera, deseando haberme quedado con Matty, deseando no haber huido para encontrar yo sola al asesino de Hal. Si lo hubiera hecho, ahora los dos estaríamos a salvo en su casa.

El picaporte de la puerta hace clic y se abre despacio. No tengo noción del tiempo. No sé cuánto tiempo llevo tumbada en la alfombra llorando. Siento rabia, hambre y cansancio. El sol entrando

por la ventana me indica que sigue siendo de día, quizá última hora de la tarde, pero, de nuevo, no puedo determinarlo desde aquí.

—¿Natalie? —llama la voz de una mujer, y me incorporo. Entra en la habitación con un vaso de agua y una sonrisa. Es guapa, lleva bailarinas blancas, unos pantalones amarillos claros y una camisa de seda blanca. Debe de no haberse enterado de la regla de que el blanco después del Día del Trabajo es un error de estilo, pero, considerando con quién está relacionada, dudo que le importe lo más mínimo—. Aquí estás…

Me limpio la cara, segura de que debo de estar espantosa, y me recojo las rodillas contra el pecho. Abrazando mis piernas, la observo cuando entra y deja el vaso de agua en la mesilla de noche. La mujer no es tímida; se sienta justo a mi lado en el suelo. Su ropa es cara, tal vez incluso de alta costura. No debería sentarse en el suelo.

—¿Quién eres?

—Me llamo Nanette. Puedes llamarme Nan. Estoy casada con Dominic —su sonrisa suave es amable, como sus ojos. Es evidente que no tiene parentesco de sangre con estos animales.

—¿Dónde está Matty? ¿Está bien? —sollozo y me froto los ojos con la manga.

—Matty va a salir adelante —alarga la mano y coge la mía—. Vi lo mal que estabas. Le pedí permiso a Dominic para venir a verte. Parece que realmente te importa —su pulgar acaricia suavemente el dorso de mi mano y siento ganas de apartarla. No quiero esta amabilidad. Quiero a Matty.

—¿Puedo verle? Quiero decir, ¿cómo está? —retiro mi mano, no de forma grosera, pero el contacto físico no es lo mío. Nada de esto es lo mío. No quiero estar encerrada en la habitación de nadie y que me sirvan la comida. Quiero que Matty vuelva, quiero estar con él. Aunque sea un monstruo.

—Dominic me ha dado permiso para que puedas visitarle unos minutos. Matty se despertó durante la intervención para extraer la bala y preguntó por ti. El veterinario tuvo que volver a sedarle y terminar, pero ahora está bien —Nanette habla despacio, como si pensara que tengo algún problema mental o algo así. Tal vez no sabe quién soy, así que le doy el beneficio de la duda.

—Entonces vamos… —me levanto y ella me sigue, pero vuelve a cogerme de la mano—. ¿Qué pasa?

—Ha perdido mucha sangre, ¿de acuerdo? Así que está sedado. Puede que esté consciente o puede que no, pero preguntó por ti, así que tienes permiso para correr —le tiembla el labio y frunce el ceño —. Natalie, yo estaba igual que tú. Me retuvieron contra mi voluntad y estaba muerta de miedo. Te prometo que Dominic es un hombre racional y solo hará lo que sea necesario para proteger a su familia —veo una gran preocupación en sus ojos.

No quiero morir. No quiero delatar a su familia. Solo quiero saber que el hombre del que me he enamorado sin remedio va a estar bien. Asiento y dejo que me coja de la mano. Me ofrece el agua y me la bebo entera, agradecida. Luego le doy el vaso vacío y ella me guía hacia el pasillo.

La casa es enorme, muchísimo más grande que la de Matty. Al pasar por la entrada miro hacia arriba y veo dos plantas por encima de nosotras y una gran rotonda pintada al estilo de una catedral antigua. Cruza conmigo el recibidor redondo hasta un pasillo oscuro. La habitación huele a lejía y los suelos parecen recién fregados, como si acabaran de eliminar los restos de sangre de Matty.

Obras de arte intrincadas cuelgan de las paredes. Paneles de madera recubren todas las superficies del pasillo. El techo es bajo, como si hubieran hecho estas habitaciones hace siglo y medio para alojar esclavos, pero no digo nada. El único ruido es el golpeteo de mis pies descalzos contra el suelo. Solo quiero estar con él, sentarme a su lado y comprobar que está bien. Mi corazón no puede estar tranquilo hasta saber que él lo estará.

Nanette abre una puerta y se aparta. La luz inunda el pasillo y rodeo la esquina para entrar en la habitación. Una máquina pita, marcando el ritmo del corazón de Matty. Si no fuera por el entorno, diría que es una habitación de hospital. Las luces del techo iluminan su figura frágil, pálida y cubierta de tubos y esparadrapos. Está limpio, sin rastro de sangre, y yace con el pecho descubierto, la gasa blanca salpicada aquí y allá de puntitos de sangre del disparo que aún supura.

Me acerco a él y veo al mismo hombre corpulento en la esquina de la habitación. Está sentado leyendo un libro, sin prestarme atención cuando me siento al borde de la cama de Matty y le cojo la mano fría. De cerca, veo que aún hay sangre seca bajo sus uñas y en los nudillos, muestra de lo cerca que estuvo de morir. Me hace llorar otra vez y beso su mano, apretándola contra mis labios.

—Tienes que despertar, Matty. Tienes que volver conmigo. Te necesito —vuelvo a besar su mano una y otra vez, deseando que abra los ojos, pero permanecen firmemente cerrados. Solo estoy aquí porque él lo pidió, y eso me parece tan irónico, porque solo está aquí por mi llamada—. Te necesito, Matvey, por favor. Despierta.

Tiene que ayudarme a vengar a Hal, pero más aún, tiene que estar aquí para quererme, porque ¿qué hago ahora que he probado el amor si él no puede estar aquí?

Cuando mueve los dedos por sí solo, me detengo a observarlos. Los mueve de nuevo y mi mirada salta a su rostro. Parpadea varias veces pero no mueve nada más. Luego clava los ojos en mi cara—. Madre mía, Matty —jadeo y cubro su mano de besos. Pero no me basta con besarle la mano. Me inclino sobre él, besándole la frente y las mejillas. Ni me da tiempo a reaccionar cuando alguien me agarra por detrás y me aparta de golpe. El hombre de la esquina—supongo que debe de ser el veterinario—se levanta y avanza pesadamente hacia la cama mientras me sacan de la habitación a rastras, yo estirando el brazo hacia Matty.

—¡Joder, suéltame de una puta vez! —le doy manotazos a quien me sujeta, el mismo hombre enorme que me sacó a rastras del coche—. ¡Déjame verlo! —grito, pero es inútil pelear. Sé que solo obedece las órdenes de Dominic.

Tampoco hay rastro de Nanette, y me llevan de nuevo a la habitación donde me dejaron antes. El hombre me encierra y yo aporreo la puerta desesperada, llorando y suplicando para poder estar con Matty.

Al menos sé que está vivo….

22

MATTY

Ese olor, es tan familiar. Y juro que oigo la voz de un ángel suplicándome que vuelva. Me remuevo, sintiendo un peso sobre mi pecho tan grande que apenas puedo respirar. Cuando lo hago, duele; un dolor abrasador que atraviesa mi pecho y se extiende por mis piernas. Muevo los dedos, pero mis ojos no se abren; están tan pesados como mi pecho. Pero no puedo quitarme de encima la sensación de que ella está aquí, que Natalie está en esta habitación conmigo. Eso me hace pelear por abrir los párpados.

Trago saliva y giro la cabeza hacia el sonido de una mujer llorando. Está oscuro; luego hay luz—y vuelvo a parpadear varias veces. Y la mano que sujetaba la mía se aparta. El sopor hace que vaya y venga, pero sigo luchando, porque soy un luchador. Es lo que hago. Me concentro en respirar, inspirando lenta y profundamente mientras abro y cierro los ojos. El aroma a flores y dulces se marcha, sustituido por un olor rancio a tabaco.

—Vaya, por fin te despiertas. Es Dominic. Está aquí y sigo vivo. Recuerdos fugaces de lo ocurrido regresan—el disparo, Natalie conduciendo. Pero mi memoria está nublada. ¿Quién me disparó y por qué?

Me humedezco los labios, abriendo y cerrando la boca varias veces. Me duele la cabeza y tengo sed. Levanto el brazo, pero una mano me lo sujeta y lo devuelve a la cama. Gruño en señal de desaprobación y vuelvo a obligar mis ojos a abrirse. Brewster está aquí, rondando. Su rostro rechoncho enmarcado por el estetoscopio mientras lo apoya sobre mi pecho. Está frío, refrescante sobre mi piel ardiente.

—Latido fuerte, Dom. Creo que estará bien, siempre y cuando no haya infección—. La voz de Brewster es tranquilizadora. Él nunca miente. Recuerdo haberle llamado, o decirle a Dom que lo hiciera. Todo es un borrón.

—Gracias, doc—. La voz de Dominic resuena tan alta. Es irreal.

Me vuelvo hacia él, logrando mantener los ojos abiertos un poco mejor ahora. Sven está a su lado, los brazos cruzados sobre su pecho de tonel. Debí de estar a punto de morir para que ambos estén aquí. Seguro que los demás también andan por ahí—Roman y Leonid. Nunca estamos más unidos como familia que cuando uno de nosotros sufre, y me alegra que mis hermanos estén aquí por mí. Eso solo me recuerda a Natalie, y cuánto deseo tenerla aquí a mi lado también. Pero antes de que pueda preguntar por ella, Dominic se adelanta.

—Nos diste un buen susto, Matvey. Incluso papá está preocupado por ti. Enfrentarte tú solo a dos matones italianos sin tu arma encima...—. Se agarra una muñeca con la otra mano y me observa. Lleva sangre en el traje, Sven también. Seguro que ayudaron a arrastrarme hasta aquí.

—¿Qué ha pasado?—. Consigo articular con un graznido. Me duele la garganta, quizá por un tubo de respiración o algo así. Recuerdo vagamente haberme despertado con un dolor intenso en el pecho y ver a Brewster inclinado sobre mí. Probablemente me desperté durante la operación. —¿Me han disparado?

—Sí, te han disparado a quemarropa. De milagro la bala no te ha tocado la aorta, pero sí el pulmón.— Sven niega con la cabeza. —Eres un puto idiota.—

Es su forma de consolarme y de restar peso a mi experiencia cercana a la muerte, no me cabe duda. Sven tiene un gran corazón pero, como todos nosotros, es incapaz de mostrar o expresar cualquier emoción que no sea enfado. Su miedo a perder a un hermano solo se manifestará en una intensidad aún mayor hacia cualquiera que se rebele o amenace a la familia durante las próximas semanas.

—Saliste corriendo para ayudar a esa puta reportera y dos italianos se te echaron encima. ¿Te das cuenta del riesgo que corriste?—. Dominic suspira. Se nota que está enfadado conmigo, pero sabe que este no es el momento de dar lecciones mientras estoy postrado peleando por mi vida. —Ahora se han escapado, pero Roman los atrapará. Pero tú... Desobedeciste mis órdenes, moviste hilos a mis espaldas para involucrar a Akers y te lanzaste a rescatarla tú solo como un auténtico imbécil.—

Ahora lo recuerdo, corriendo detrás de Natalie por la calle y arrollando a ese idiota que la perseguía. Ella se alegró tanto de verme, y yo también de verla a ella. Hago una mueca al intentar incorporarme, pero Brewster está ahí empujando de nuevo mi hombro sano contra el colchón. —Quieto—, ordena, y luego su mano baja hasta mi muñeca. Mira los monitores y los observa mientras me presiona dos dedos sobre la muñeca. Vuelvo a mirar a Dominic. Si tengo que estar atado a esta cama, ellos seguirán teniéndome que escuchar.

—Necesito verla.—

—Está bien.— Sven me mira con severidad, su expresión adusta amenazándome desde arriba. —La hemos encerrado en una habitación. No le hemos hecho nada más que hablar con ella.—

Así que sí, han seguido mi petición de no hacerle daño. Eso me indica que estuve más cerca de la muerte de lo que admiten. Los últimos deseos de un hombre siempre deben respetarse, y temieron que muriera, así que cumplieron mis palabras finales. Trago saliva de nuevo. Tengo la boca y la garganta más secas que el esparto. Daría lo que fuera por un vaso de agua.

—Si la hubieran cogido...—. Intento decir, pero no consigo terminar la frase. Me da un ataque de tos y me doblo en la cama. Brewster me sujeta, presionando ambos hombros, y toso sangre que le salpica la cara. Su expresión es grave y dirige una mirada a Dominic.

—Necesita descansar. No puede alterarse.— Brewster me suelta en cuanto cesa el ataque de tos, saca un pañuelo y se limpia mi sangre del rostro.

Dominic dice con severidad: —Si la hubieran cogido y se hubiera enterado de algún secreto nuestro, estaríamos acabados. Lo sé. Pero esa no es la razón por la que entraste ahí como un idiota.—

Tiene razón. Entré a salvarla porque es algo más que una amenaza potencial para nuestro apellido. Es más que un riesgo o un topo. Natalie es mía, y la defenderé con uñas y dientes. De hecho, aunque supiera el resultado, volvería a hacerlo sin pensarlo.

—Quiero verla.— Aprieto los puños y tenso la mandíbula. Duele como mil demonios, pero si tengo que salir de la cama para encontrarla, lo haré. Necesito saber que está bien, que han cumplido de verdad su palabra y no le han hecho daño.

—Eso no va a pasar, Matty. Vas a descansar y recuperar fuerzas, porque si no, no lo cuentas. Has estado a punto de morir.—

Esta vez, cuando intento incorporarme, es Sven quien me sujeta. Siento una punzada de dolor en el pecho, justo donde me alcanzó la bala, y una opresión en el estómago. No tiene sentido resistirse. Incluso en mi mejor día me costaría vencerle, pero ahora ni siquiera puedo plantearme oponer resistencia.

—Descansa, hermanito. Se están respetando tus deseos hasta que podamos tener una conversación en condiciones contigo. —Dominic se interpone entre Sven y yo, y Sven se aparta. Me dejo caer contra el colchón firme y le miro hacia arriba. Sé que es un hombre de palabra, y confío en que la cumplirá. No tengo otra opción.

Que Dios me ayude: si me despierto y descubro que ella no está bien, o que le han tocado un solo pelo de la cabeza, los mataré a todos. Cierro los ojos e inspiro todo lo profundamente que puedo sin que el dolor me mate, y después dejo que mi cuerpo abandone toda la tensión que alberga. Permanezco un rato tumbado, convencido de que el sueño acabará por alcanzarme, pero no lo hace. Simplemente resulta reconfortante mantener los ojos cerrados.

Es entonces cuando les oigo hablar. Brewster interviene primero y no me gusta lo que dice. —Quizá debería sedarle. Cuanto más se mueva y hable, más difícil se lo pondrá a sus pulmones. Si vuelve a tener un ataque de tos como ese, podría abrirse los puntos y desangrarse por dentro.

—Prepara el sedante —ordena Dominic, y en mi fuero interno bufo. Mi cuerpo está demasiado débil para permanecer alerta y reaccionar. Todo lo que puedo hacer es quedarme tumbado y aceptar lo que me den. Pero de débil no tengo nada; mi alma y mi pasión son auténticos incendios dispuestos a arrasar con cualquiera que se cruce en mi camino.

—¿De verdad va a sobrevivir? —pregunta Sven. Sigue tan cerca de mí que puedo oír la preocupación en su voz ahora. Como si de verdad estuviera angustiado por mí. Tal vez aún no haya salido de peligro.

—Si consigue mantenerse tranquilo y deja que la herida cicatrice tal cual está. Puede que tenga que aspirar líquido del pulmón, y debo seguir administrándole el antibiótico para que no se le infecte. — Siento las manos de Brewster trabajando en mi pecho, quizá comprobando el vendaje. Cada sensación se amplifica, como si me

clavaran agujas en la piel y tuviera martillos neumáticos taladrándome los oídos.

Durante un rato sólo se oye el sonido de las máquinas a las que estoy conectado. Emiten pitidos, zumban, clican y silban, y por un momento pienso que estoy solo. Me tienta dejarme llevar y quedarme dormido, pero Dominic carraspea y vuelvo a la alerta en un instante.

—Es peligrosa, Sven. Lenny ha hackeado el ordenador. No vemos ningún correo saliente, pero no hay forma de saber cuántas veces se ha copiado esa información o se ha descargado en pendrives o discos duros independientes. Puede que sepa tanto como cualquiera de nosotros, y eso es demasiado arriesgado. —Dominic suena convencido de que el problema es Natalie, pero si pudiera explicárselo, sabría que no es así.

Sven emite un gruñido grave y después le oigo resoplar. —Conoces el código, Dom. No podemos saltárnoslo. Ni un poco. Matvey aún no ha salido de esta. Si muere, y Leo o Rome descubren que hemos hecho daño a Natalie, jamás volverán a confiar en el nombre de la familia. Toda su lealtad se esfumará en un segundo.

—¿Y entonces la mantenemos encerrada en mi casa el resto de su vida porque a Matty le dio por hacerse matar? —Dominic suena enfadado, la voz más aguda y alta. Yo permanezco lo más quieto posible para que no se den cuenta de que les estoy escuchando. Sven tiene razón. Si desobedecen mis últimas voluntades y yo realmente muero, la familia se va al garete. Se volverán los unos contra los otros, uno tras otro. Nadie confiará en nadie porque se habrá roto el código.

—Escúchate, Dominic. Como líder de esta familia, si rompes el código de honor, la familia cae. Lo mismo te daría entregar el portátil a la policía y a los italianos. —Sven vela por mí y, aunque quizá no comparta mi opinión sobre Natalie ni mi deseo de protegerla, cumplirá mis instrucciones.

Las tinieblas empiezan a envolverme, el cansancio tira de mi conciencia hacia sus profundidades. Noto el peso cada vez más pesado mientras me dejo arrastrar por el sueño. Dominic y Sven siguen hablando, pero sus voces se apagan, como si se alejaran de mí. Pero en realidad soy yo el que se aleja, viajando más rápido de lo que quisiera hacia la negrura del sueño.

Estoy en la calle corriendo, persiguiendo una figura negra que se me escapa. Lleva un arma, una grande. Sé que está cargada, y soy muy consciente de que ya la ha usado. Miro mi pecho al correr y veo la sangre. Brota a chorros con cada zancada, y sin embargo no siento dolor. Al contrario, acelero, forzando mi cuerpo hasta el límite.

El hombre gira hacia un callejón oscuro y ahí está mi padre, observando. Permanece de pie con las manos cruzadas delante de sí mismo y una expresión estoica. Sus facciones están más envejecidas, desvaídas, sus ojos reflejan tristeza. Me observa mientras avanzo hacia el hombre y apunto mi arma.

Pero cuando el hombre se da la vuelta, ya no es un hombre. Es Natalie, está aquí en mi sueño, atormentándome, poniéndome a prueba, provocándome. Me señala y luego gira la mano hacia arriba, invitándome a acercarme con un solo dedo, curvándolo y atrayéndome hacia ella. Sus labios articulan algo que no alcanzo a distinguir, y su camisa está abierta, mostrando sus pechos. Me está seduciendo, tentando mi atención lejos del peligro que me rodea.

Entonces un ruido detrás de mí me sobresalta. Me vuelvo para ver una bala que vuela directa hacia mi pecho y Natalie aparece, poniéndose delante. Se la lleva ella. Sus ojos se abren desmesuradamente. Está atónita y herida. Y la sujeto cuando cae, la sostengo mientras se desangra sobre mí.

Está muriendo y no puedo evitarlo.

Y cuando levanto la vista, veo a Dominic con una pistola apuntándole directamente.

Me despierto con el zumbido y el clic de las máquinas, y estoy solo. La habitación está fresca y oscura. Todo está impregnado de olor a alcohol y lejía. Pestañeo varias veces intentando acostumbrarme a la oscuridad. Sigo en la cama, pero no tengo ni idea de cuánto tiempo llevo aquí ni de qué hora es. Ni siquiera sé en qué día de la semana estamos.

Intento rascarme la nariz, pero tengo la mano inmovilizada. Me concentro en la muñeca, entornando los ojos para ver qué me ata. Es una correa de cuero. Estoy encadenado a la barandilla. Y al intentar incorporarme, noto que también tengo el pecho sujeto. Suspiro y dejo caer la cabeza hacia un lado. Quizá me han inmovilizado porque soy un peligro para mí mismo, por si intento arrancarme los tubos o levantarme dormido. O quizá no quieren que me levante y vea que le han hecho daño a ella.

Después de la conversación que escuché mientras me sumía en la inconsciencia, creo que Sven mantendrá a Dominic a raya, pero no puedo estar seguro. Ahora estoy indefenso, atado a esta camilla y encadenado como un preso. Gritar pidiendo ayuda no servirá de nada. Si esto es como la última vez que desperté, ni siquiera podré hablar, mucho menos gritar. Ni siquiera puedo coger aire suficiente para intentarlo.

Así que me quedo tumbado mirando al techo, esperando a que mi cuerpo sane para poder arreglar esto. Ella tiene que saber que no ha sido culpa mía. Al fin y al cabo, me salvó; ¿cómo podría culparme también?

23

NATALIE

Me siento en el ventanal, acomodada entre cojines de flores rosas, mirando por la ventana. Da a un jardín precioso que desciende por una colina hasta un cenador cubierto de glicinas y una fuente. La fuente está apagada, seguramente protegida para el invierno ahora que el frío otoñal se ha instalado. Pero sigue siendo una estampa idílica. Podría pasarme el día entero aquí observando cómo revolotean los pájaros. Ahora están migrando hacia el sur, así que hay muchísimas especies que normalmente no se ven por esta parte de Nueva York.

Y aunque casi todas las plantas ya han perdido sus flores, el follaje sigue siendo hermoso. Rojos y amarillos salpican la ladera, y de vez en cuando veo un conejo salir saltando de debajo de alguna rama o arbusto. Estoy tan absorta observando la naturaleza que apenas llego a oír el clic de la puerta al abrirse. Llevo siete días encerrada en esta habitación sin contacto humano salvo Nanette, que me trae toallas limpias, ropa de recambio y una comida tres veces al día. Nunca dice nada; simplemente deja sus paquetes en la mesilla y se marcha.

Yo tampoco le digo nunca nada. Me siento aquí y miro, pensando en Matty. A estas alturas, o está muerto, o se está recuperando bien.

Sin embargo, estoy convencida de que, si estuviera muerto, ya me habrían sacado a ese jardín y acabado conmigo. Por eso aún tengo la esperanza de volver a verle, de oír su voz. Así que ni siquiera me giro para ver quién es. Se acerca la hora de comer; seguramente sea Nanette trayendo una bandeja de comida que rechazaré igualmente. Tampoco he comido mucho, apenas he bebido el agua que me han dejado. Estoy demasiado deprimida. Ni me he molestado en sacar el móvil de prepago del bolsillo. Seguro que ya está sin batería. Lo único que quiero es a Matty.

—Natalie —dice una voz masculina, ronca, y me giro para ver al hermano mayor de Matty, Dominic, de pie al pie de la cama. Va vestido de manera informal por una vez, con un polo blanco y vaqueros azul marino oscuro. El pelo suelto le cae sobre los ojos, lleva zapatillas de deporte. Le queda bien, aunque dudo que sea algo habitual en él.

Me doy la vuelta de nuevo hacia la ventana y contemplo el exterior. Hay un cardenal en el comedero, picoteando semillas. Su pareja anda cerca. Se emparejan de por vida y rara vez se separan. Incluso cuando migran, los cardenales permanecen fieles a su pareja. Casi nunca se los ve separados mucho tiempo. Incluso la naturaleza nos muestra cómo debería ser todo.

—He venido para hablar contigo.

Oigo movimiento. Supongo que se ha sentado o algo así. Me da igual. Da lo mismo preguntar por Matty o no, nunca me dicen nada. De hecho, ya nada importa si él no está. Estoy entumecida, una cáscara vacía de la mujer que debería ser. No siento nada salvo tristeza y vacío. Estoy cansada. Ojalá pudiera ahogar mis penas en ese dulce whisky escocés que Matty me obligó a beber aquella noche.

—Hemos accedido a tu ordenador portátil, Natalie. Sé las cosas que guardas ahí. Sé que lo sabes todo. —Está calmado. ¿Por qué está tan calmado? ¿Por qué no me está pegando o cortándome el cuello o algo así?

—¿Y qué? —Sigo mirando por la ventana, aunque la curiosidad por saber por qué está aquí me reconcome. Si sabe lo que yo sé, tiene información suficiente para matarme y no mirar atrás.

—Quiero oírtelo de tu propia boca. Cuéntamelo todo.

Le miro. Está sentado con calma al pie de la cama, las manos entrelazadas en el regazo. Su encanto rudo no va a hacer que me desmaye. Mi corazón ya tiene dueño. Pero puedo ver el parecido familiar y eso hace que desee con todas mis fuerzas tener a Matty en mis brazos, perderme sobre su pecho tras el sexo, fundiéndonos para siempre.

—¿Qué? —Giro mi cuerpo y planto los pies en el suelo. ¿Habla en serio?

—Quiero que me cuentes absolutamente todo lo que sepas y no te dejes nada. Empieza por el principio. —Frunce los labios y ladea la cabeza. Habla completamente en serio.

Ni siquiera sé por dónde empezar. Mi historia comienza como un chaval de una familia numerosa que se sentía ignorado. Mi tío me acogió como si fuera suyo cuando vino a vivir con nosotros. Mis padres estaban, claro, pero tenían demasiado entre manos, por eso aceptaron la ayuda de Hal. Nos quería como a sus propios hijos.

—Bueno, crecí en la ciudad rodeado de crimen y peligro. Mis padres y mi tío hicieron todo lo posible por protegernos y resguardarnos. Pero con las series policiacas en la tele y esas novelas románticas subidas de tono que leí más tarde, en el instituto y en la universidad, empecé a sentirme fascinada por el mundo del crimen organizado.— Vuelvo a girarme, mirando por la ventana mientras hablo. —Estudié periodismo en la universidad, pero la verdadera razón por la que empecé a investigar a tu familia y a otras de esta ciudad fue porque sentía curiosidad, me atraía ese mundo. Como si hubiera nacido para ello, pero sin haber crecido en ello.

—Me excitaba, me agitaba también. Me atrapaban esas historias de pasión y romance, de villanos y héroes, y, de alguna manera, me resultaba extrañamente satisfactorio aprender detalles reales sobre esas cosas. Guardé unos cuantos archivos, como puedes ver en el portátil.— Hago un gesto, pero no sé a qué señalo. Ni siquiera sé si me está mirando. Yo fijo la vista en un pinzón posado en el árbol justo fuera de la ventana. —Esos archivos eran solo para mi disfrute... hasta que conseguí trabajo en el Tribune y una compañera vio mi archivo. Me dijo que tenía algo ahí y que debía buscar una historia. Así que lo hice, pero cuando fui a hablar con el jefe me dijo que era una cotilla, no una investigadora. Pensaba que mi trabajo era infantil.

—¿Porque te interesaba a nivel personal pero nunca llegabas a profundizar en lo más turbio? —pregunta Dominic y le miro. Si intenta psicoanalizarme, no le va a servir de nada. Ni los mejores psiquiatras que mis padres pudieron pagar lograron hacerlo cuando me vine abajo.

—Porque no tenía pruebas, solo notas.

—¿Así que conseguiste pruebas? —pregunta y alza la barbilla.

—Así que investigué más a fondo, destapando cosas de cada familia... Hasta que dispararon a Hal.— Se me tensan los hombros y aparto la mirada de él, temiendo que si sigo mirando su cara acabaré llorando. —Hal era como un padre para mí. Mis indagaciones levantaron una piedra de la que salió una cucaracha que le mató.— No me cabe la menor duda de que la investigación que realicé desencadenó ese tiroteo. Lo único que no sé es quién fue.

—¿Y después?

Detengo mi relato durante unos largos minutos. Después de eso, me vine abajo. Me ingresaron durante un tiempo y pasé horas cada semana en terapia. No paré de excavar, investigar y excavar más. Recogí pruebas e información, luchando con uñas y dientes por

avanzar contracorriente en un sistema corrupto que no paraba de hundirme. Los polis están podridos, los hombres están podridos, yo estoy podrida. Y estaba a punto de descubrir algo cuando me levantaron de la calle. ¿Cómo digo eso? ¿Cómo le cuento la verdad?

—Después de eso —digo tras al menos diez minutos en silencio—, mi único objetivo era atrapar al asesino de Hal. Seguí las pruebas que vuestros polis corruptos enterraron. Seguí el rastro hasta el tiroteo y a quienes estaban allí.— Me vuelvo para fulminarle con la mirada. —Busco venganza por el asesinato de mi tío, nada más. Jamás podría hacerle daño a Matty. Por eso le traje aquí. Por eso le salvé la vida en vez de dejarle desangrarse en la calle. Le quiero.

Dominic me observa con una expresión imperturbable. No hay odio, ni doblez. No muestra ninguna emoción hacia mí, o quizá simplemente se le da muy bien esconderlas. En cualquier caso, no quiero mirarle más. Contemplo el extenso jardín de la ladera en busca de los petirrojos que antes me hacían compañía. Han desaparecido, sustituidos por una extraña sensación de vacío, como si la presencia de Dominic en esta habitación los obligara a alzar el vuelo, para que yo le preste a él toda mi atención.

—¿Y qué sabes sobre los muelles? —Su voz ahora destila rabia. Aquí es donde se la juega uno, donde tengo que demostrarle de qué soy capaz.

—El sargento Monroe del primer distrito lo encubrió. Tuviste un problema con un tipo llamado Nick que, tras años siendo leal a tu familia, decidió con ayuda de los italianos traicionarte y sembrar el caos.— Me pongo en pie y empiezo a caminar de un lado a otro. Si va a matarme, por lo menos le va a costar. —Lo tenías justo delante de las narices y no supiste verlo. Contrataste a James Slater, un sicario conocido, para encontrarle. Jimmy te proporcionó la información que necesitabas y llevaste a Nick ante la justicia, a vuestra manera. Hubo un tiroteo brutal entre los miembros leales de tu familia y los que se pasaron al bando de Nick.

Cruzo los brazos sobre el pecho y le miro fijamente. Él sigue sentado, observándome con calma. Su expresión no ha cambiado ni un ápice. —¿Y las pruebas?— Alza de nuevo la barbilla y yo sigo caminando.

—Copiadas en discos duros por toda la ciudad, esperando sólo a que yo dé la orden para ser publicadas en la prensa. Si no doy señales antes del uno de noviembre, salen a la luz.— Estoy faroleando descaradamente y me da igual. Si me da diez segundos más de vida, de sobra me vale. Quizá esos diez segundos sean los que necesita Matty para despertar y venir a buscarme.

—No te creo ni por un segundo, pero parece que sabes más de lo que nos gustaría —Dominic se pone en pie y se mete los pulgares en los bolsillos mientras lo hace—. Te vamos a matar, ¿lo sabes? Nadie sabe tanto sobre nuestra familia y vive para contarlo. Y todo está en tu portátil.

Me encojo de hombros con indiferencia. Por dentro estoy temblando, pero no voy a darle ese gusto. —Mátame entonces. Hice lo correcto al salvarle la vida porque le quiero. Si eso no vale nada para vosotros, entonces no quiero tener nada que ver con esta familia.

—Solo sigues con vida porque él nos pidió que no te hiciéramos nada.

Le doy la espalda, en parte para que las lágrimas que se forman en mis ojos—lágrimas de puro terror—no se escapen y delaten mis verdaderos sentimientos. Oigo cómo la puerta se cierra y dejo salir la emoción. Respiro y las lágrimas caen a raudales por mis mejillas. Si Matty pidió eso en su lecho de muerte, y lo dijo de verdad, entonces debe haberlo sentido de corazón. Debe importarles de verdad.

Me quedo junto a la cómoda, intentando calmar mi corazón dolorido hasta que la puerta se vuelve a abrir. Espero que sea Dominic, quizá haya vuelto para matarme ahora, pero es Nanette. Me seco los ojos

y sorbo por la nariz, y ella dice: —¿Quieres ir a verle? Está preguntando por ti.

Nanette es como un ángel en este lugar. Es fresca y cálida, y solo por estar aquí, me siento más segura.

—Sí, por favor.

La sigo por el pasillo estrecho, cruzo el amplio vestíbulo y entramos en el pasillo oscuro. La habitación de Matty está aquí, a unos pocos pasos. Tengo tantas ganas de verle, que casi salgo corriendo y adelanto a mi guía, pero después de la conversación que acabo de tener con el líder de esta familia, sé que no sería sensato. Así que, como una buena chica, me mantengo unos pasos detrás de ella y espero hasta que abre la puerta.

Está allí, solo. Tiene los ojos abiertos, pero aún parece estar dolorido. Ha pasado una semana desde que le dispararon, y no sé cuánto se tarda en recuperarse de una herida de bala, pero esta era bastante grave. Casi muere y las vendas en su pecho lo demuestran. Corro a su lado, le cojo la mano y la beso con ansiedad.

—Os dejo solos —dice Nanette. Puedo oír su sonrisa al hablar. Quizá esté de nuestra parte, como en esos romances difíciles en los que deseas ver a los enamorados juntos.

—Hola… —musita Matty, su voz suena áspera, como si llevase tiempo sin hablar.

—Dios mío, pensaba que estabas muerto. No me han contado nada. He estado sola una semana —me tumbo en el lateral de su cama, hundiéndome en una silla que han dejado junto a él. Su mano descansa sobre la parte trasera de mi cabeza y yo apoyo la frente en la otra.

—Eh, shhh… no pasa nada. —Jamás he visto a Matty así. Siempre ha sido duro, enfadado, autoritario. Nunca delicado o tierno. Quizá haber rozado la muerte le haya ablandado de alguna manera—.

Mira, ahora eres mía. ¿De acuerdo? He dejado clara mi postura. Mis hermanos saben que eres mía. Jamás te pondrán la mano encima.

Levanto la cabeza y le miro a los ojos. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ellos saben que lo sabes todo. Dominic me ha dicho que mi padre dejó la decisión en sus manos. Quiere matarte, pero le he dicho que deberá pasar antes por mí —Matty me aprieta débilmente la barbilla—. No voy a dejar que te toque.

El pecho me arde de emoción. —Ay, Matty… —dejo que las lágrimas fluyan libremente por mi rostro. No me importa que me vea. No me importa parecer débil. No me importa que toda esta familia esté podrida y que tenga que pagar por tantas cosas horribles que ha hecho—. Te quiero. Te necesito.

—No me voy a ningún sitio, ¿vale? —Inspira hondo y suspira—. Ya no duele tanto respirar.

Llevo la mano hacia la venda de su pecho. Él cubre mi mano con la suya y me mira a los ojos. —Es casi el mismo sitio donde dispararon a Hal.

Asiente. Nuestras miradas se cruzan de nuevo, y siento una conexión. —Dominic va a investigar el asesinato de Hal, cariño. Te va a ayudar. —Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar—. Necesito tu palabra de que estás de nuestro lado. Que no vas a contarle nada a nadie.

El estómago se me retuerce de angustia. Hal me enseñó el sentido del honor y de la justicia. Por eso quiero vengarle, porque si alguien en este mundo fue puro y noble, fue él. Pero también me enseñó el valor de la lealtad. Que debo ser honesta y tener integridad, ser digna de la confianza de quienes me cuidan. Hacer la vista gorda con Matty es sencillo—le quiero. Mirar hacia otro lado con su familia, no tanto. Pero si está aquí para protegerme, y eso es lo que tengo que hacer para sobrevivir… no tengo opción.

—Por supuesto, Matvey. Respetaré tu voluntad y no diré nada. Mi corazón es tuyo.

Vuelvo a besarle la mano y le miro a los ojos. Mi corazón es realmente suyo, y rezo a cualquier dios que escuche para que siga estando a salvo así.

24

MATTY

Natalie se aferra a mí como un cervatillo perdido, solo entre lobos. No me cabe duda de que así es como se siente. Ha sido una prisionera en la casa de mi hermano todo este tiempo sin esperanza alguna de que yo volviese por ella. Sólo mi petición la ha mantenido con vida, y ahora que estoy recuperando fuerzas, pienso cumplir mi promesa.

Le acaricio la nuca mientras llora en mi mano. Ha sido un camino durísimo, y para nosotros ha terminado. Al menos por ahora. Rome tendrá las manos ocupadas en la siguiente etapa del viaje—persiguiendo al asesino que sabemos que ha sido contratado para acabar con todos nosotros, empezando por él. Pero ahora mismo, lo que más me importa es asegurarme de que Natalie está viva y a salvo, y de que consigue justicia para su tío tal y como ella desea con todas sus fuerzas.

—Eh —la llamo suavemente, agitándola con un leve toque en la cabeza. Ella levanta la vista y se seca la cara, pero no suelta mi mano—. Ven aquí…

Mira la cama con incomodidad y después me mira a la cara. —Ya estoy aquí. ¿A qué te refieres?

Le doy unas palmadas en el muslo y asiento, y ella se sonroja profundamente. Sus labios se colorean, oscureciéndose como fresas maduras en verano. Ya ha pasado tiempo, y aunque no puedo hacerle lo que mi cuerpo desea, necesito desahogarme. —Aquí —le digo, dándole otra palmada en la pierna, a escasos centímetros de mi polla, que empieza a endurecerse.

Natalie mira la puerta y luego mi rostro. —Podría entrar alguien. Estás herido. No es inteligente. Volverán a encerrarme. Puedo ver el miedo escrito en su cara y no pienso jugar con eso. Si tuviera todas mis fuerzas, ahora mismo estaría recibiendo el látigo, sujeta al borde de este colchón con mi polla en su culo, gimiendo por lo enorme que soy.

—Quítate la ropa de una vez y súbete a la cama, mujer. El tono que empleo no es juguetón, ni tampoco amable, pero la conozco. Sé lo que ansía, lo que le gusta. Sé cómo hacerle perder la cabeza y hacer que me desee, cómo cuidarla de la manera en que su cuerpo lo necesita.

Natalie se pone en pie y asiente. Los hombros tensos, la mirada fija en mí. Bajo esta fina manta no llevo nada, pero la blusa y el pantalón que lleva ella cubren demasiada piel. Nanette debe de haberle prestado algo de ropa, porque nunca le había visto este conjunto. Es bonito, pero tiene que irse, y ella debe de estar de acuerdo. Se va desvistiendo prenda a prenda. Primero la camisa, luego el pantalón. Sujetador rojo de seda, después bragas de raso. Se queda delante de mí, tímida, con una mano abrazando el codo contrario.

—Joder, eres preciosa —le digo, dándole una palmada en el muslo—. Sube.

Con cuidado empujo la manta hacia abajo, cubriendo mi polla cada vez más dura y me descubro. Ella sonríe al verla y usa la silla como un escalón para subirse a la cama. Temblorosa, se ajusta mientras se coloca a horcajadas sobre mis rodillas y agarra mi polla dura. Me acaricia y observa mi rostro. Su melena oscura cae sobre un

hombro, velando su expresión por si alguien entra en la habitación, y entonces baja la boca y me toma dentro.

—Dios… —gimo mientras me la chupa, apretando mi polla y bajando la boca una y otra vez. Ella gruñe y las vibraciones llegan a mis pelotas y a la ingle; es una locura. Llevaba días necesitando esto, desde que desperté por primera vez y me dijeron que aún no podía verla. Tan solo hoy me han quitado las ataduras.

—Mmm —gime y se separa—. Te he echado de menos. —Sonríe con picardía—. Y tu látigo.

—No tienes ni idea de las ganas que tengo de atarte y devorarte el coño. —Le empujo la cabeza hacia abajo y sus labios vuelven a envolver mi grosor una y otra vez. Ella gime y chupa, y entonces la guío para que baje tanto que noto cómo su garganta se cierra alrededor de mi glande y se atraganta. Así que lo repito; me encanta sentir cómo se atraganta con mi polla, apretándome de esa manera. Es tan intenso y cálido, y quiero sentirlo una y otra vez.

Cuando siento que estoy a punto de correrme, le agarro un puñado de pelo y la aparto. Ella chilla y obedece, incorporándose. Tiene la boca mojada de su propia saliva y puedo oler lo húmeda que está su coño. Quiero comérmela, pero en este estado quizá no sea lo más sensato. Así que hago lo siguiente mejor.

—Tócate…— mantengo su pelo firmemente agarrado en mi mano, inclinándole la cabeza hacia un lado para poder mirar por encima de sus tetas hasta donde sus dedos se deslizan por su coño. —¡Hazlo!— doy un tirón y ella se estremece.

—Mmm, Matty… Quiero que estés dentro de mí.

—Métete los dedos ahora.— Observo cómo masajea su clítoris en círculos y después se los introduce dentro de sí misma. Desaparecen mientras se los mete a fondo, y yo aprieto los dientes. —Joder… estás ardiendo.

—¿Te gusta esto?— pregunta, moviendo ahora un poco las caderas. —¿Verme metiéndome los dedos?

—Dios, quiero comerte ese coño tan fuerte…— Me acaricio con la mano libre y sé que si no paro un momento, me voy a correr por todas sus tetas y su cara. —Llévate los dedos a mi boca ahora.

Natalie sonríe con picardía y saca los dedos de su coño, llevándolos a mi boca. Su humedad es celestial en mi lengua. Le chupo los dedos hasta dejarlos limpios y quiero más, mucho más. —Otra vez,— ordeno, y ella obedece, volviendo a mojar los dedos en su coño y llevándolos a mis labios. No suelto su pelo en ningún momento y parece gustarle. —Otra vez,— insisto, y de nuevo me hace caso. No me canso de ella.

—Joder, quiero que estés dentro de mí,— dice, y le tiro del pelo hasta que se arrastra sobre mí, haciendo temblar la cama. El colchón gime y el somier chirría y sé que si hay alguien en el pasillo, lo oirá. Que les den, puede que hasta tengan cámaras apuntando hacia mí en este momento. Me da igual. Necesito follármela ya.

Natalie se sostiene encima de mi polla, dejando que la punta roce su abertura. Se contonea y desciende lentamente sobre mí. Está más apretada de lo que recordaba, aunque ha pasado una semana o así. Gime y echa la cabeza hacia atrás, el pelo cayéndosele por la espalda ahora. Sus caderas se balancean mientras me va tomando, subiendo por mi polla poco a poco y estirándose a medida que baja. —Joder, eres putamente enorme,— gruñe y me agarra las caderas, clavando las uñas en mi piel, mientras intento empujarme más rápido dentro de ella. Sus ojos se abren de par en par y vuelve a balancear las caderas, moviéndose con más fuerza.

—Tómalo, cariño, cógelo todo…— La agarro de la cintura y tiro hacia abajo con fuerza mientras yo embisto, mi polla resbala contra sus labios pero luego entra de golpe, hundiéndose con fuerza en su interior. Natalie vuelve a jadear y a gemir.

—Joder… hostia…— Gime y empieza a moverse encima de mí, cabalgándome. Su coño me aprieta y me exprime como un torno. Se mueve hacia adelante y hacia atrás, arriba y abajo, y yo estoy a punto de perder el control.

Natalie gime, con la voz aguda y dulce, y arquea la espalda, empujando las caderas hacia adelante y restregándose contra mí, su coño frotándose contra mi polla. Se aparta el pelo de la cara y se muerde los labios antes de volver a gemir y hundirse sobre mí. Le pongo las manos en el culo y empujo hacia arriba, encontrando su empuje y los dos gemimos, llenando la habitación con nuestros sonidos. Su coño moja y me aprieta más, y sus jugos resbalan por mi polla.

—¡Joder…! ¡Hostia!— Sigo embistiéndola, con la polla palpitando, la cabeza chocando contra sus paredes internas. Ella gruñe y echa la cabeza atrás, los ojos cerrados, la boca abierta, soltando un gemido largo.

Entonces la puerta se abre y ella gira la cabeza. Sus movimientos se detienen un instante y, por el rabillo del ojo, veo a Brewster entrar. Natalie parece avergonzada por un momento, pero yo le agarro la barbilla. —Fóllame ahora mismo,— ordeno sin reducir el ritmo de mis embestidas ni un segundo.

—Madre mía…— susurra ella, y siento cómo su coño me aprieta mientras se muerde el labio. Vuelve a mirarme y retoma su ritmo de cabalgada, subiendo y bajando las caderas, moviéndolas adelante y atrás, sus jugos chorreando por mi polla. Su cara está roja y sonrojada y abre más las piernas, moviéndose con más fuerza, nuestros cuerpos conectados. La embisto una y otra vez y su coño me aprieta cada vez más.

—Señor...— Brewster se acerca a la cama. —Señor, esto no es nada inteligente... Se va a abrir las suturas.

Natalie intenta girarse para verle, pero yo no dejo de follarla con fiereza. Le pellizco la barbilla y la obligo a mirarme a los ojos. —

Fóllame, Natalie.—

—Señor...— Que le den al tipo, es un auténtico gilipollas.

—¿No ves que estoy ocupado?— le ladro, fulminándolo con la mirada.

—¡Dios, dios… me voy a correr, madre mía, joder!— Ella echa la cabeza hacia atrás y gime y yo paso las manos a su cintura, empujando tan fuerte como puedo. Su coño empieza a apretar y noto cómo sus jugos inundan mi polla.

—Señor...—

—¡Fuera de aquí!— grito y, a la vez, levanto la mano y le doy una palmada fuerte en el costado del culo. —Joder... fóllame, cariño...—

Tiene los ojos cerrados, su cuerpo se convulsiona alrededor de mi polla palpitante mientras Brewster sale de la habitación. El pervertido no aparta la vista de sus pechos rebotando, y parece que a ella le gusta ser observada.

—¿Te gusta, Nat? ¿Te gusta que te miren así?

—Oh, dios, sí... —Abre los ojos temblorosos, echa la mano hacia atrás y agarra las sábanas. Yo me hundo en ella, mi polla late y siento que los huevos van a estallar.

—¿Te gusta verme follar tu coño? —Asiente, luego gime y se estremece mientras otro orgasmo le recorre el cuerpo. Continúo embistiéndola una y otra vez, mis huevos chocando contra ella, y noto que voy a perder el control—. ¿Quieres que le invite a volver? ¿Dejarle ver cómo te uso como mi puto juguete sexual?

—Joder, Matty... —gime ella.

—Dímelo. Dime que lo quieres.

—Quiero que me folles, Matty, oh dios, fóllame...

—¿Quién eres?

—Soy tuya...

—¿De nadie más?

—De nadie más... —Ahora está jadeando, con la mirada perdida. Nunca he visto a una mujer correrse tantas veces.

—¿De quién eres?

—Soy tuya...

—Joder, Natalie... —Le agarro la cintura y sigo follándola sin piedad.

—Oh, me estoy corriendo... joder... sí, ahora. —Natalie grita, tan alto que seguro que toda la casa puede oír cuánto me desea y exactamente quién es para mí. Apostaría a que Brewster está en el pasillo tocándose solo con el sonido de su voz—. Oh, dios... joder...

—Córrete, cariño... —La embisto una y otra vez mientras se desborda alrededor de mi polla, y siento mi propio orgasmo subiendo con fuerza. Quiero sacarla y correrme sobre su coño, pero no puedo dejar de follarla. Quiero llenarla con mi semen, quiero que sepa que este coño, este cuerpo, esta esposa, me pertenecen y que todos en esta casa sepan a quién pertenece.

Está jadeando y gimiendo y ambos estamos empapados en sudor. La penetro unas cuantas veces más, notando cómo la punta de mi polla comienza a temblar, y la corrida recorre todo mi eje.

—Voy a llenarte, cielo... Voy a llenar ese coño apretado con mi leche...

—Sí... Por favor... Llénname el coño... —Le agarro las caderas con ambas manos, la penetro una vez más y siento cómo el semen la inunda, saliendo a borbotones a su alrededor y empapándola. Sale poco a poco mientras disminuyo mis embestidas. Su cuerpo se serena, reluciente de sudor.

Me salgo y miro su coño. Llevo el semen escurriendo, y sus jugos me cubren la polla, los huevos y el vientre. Ella se arrastra a mi lado

y se tumba cuidadosamente, apoyando una mano sobre mi estómago. Hace tres días, habría estado en un dolor atroz. Hoy, esto es justo lo que necesitaba.

—Lo digo en serio, Matvey... —Me encanta cuando dice mi nombre así—. Te quiero, y no le contaré a nadie lo que sé.

—Te creo. —La atraigo hacia mí, rodeándola con un brazo. Ahora tengo la certeza absoluta de que cumplirá su palabra. Ha visto lo equivocado que estaba al huir de mí, siendo yo el único capaz de contener los fuegos del infierno—. Pero si alguna vez vuelves a huir de mí, será mi bala la que ponga fin a tu vida.

No se tensa ni se estremece ante mis palabras. Ella ahora está llena, tranquila en mi abrazo, y eso me gusta. —Si alguna vez vuelvo a huir de ti, será cuando ese látigo esté en tu mano y mi coño goteando con tu leche. —Besa mi pecho y roza con suavidad mi vendaje—. ¿Te dolió?

—Sí. —No hay motivo para negarlo. Aunque no sé qué dolió más, si tu huida o esa bala—. Muchísimo. —Suspiro y le cojo la muñeca, apartando su mano de mi piel—. Pero lo haría una y otra vez si eso significa tenerte aquí, entre mis brazos.

Ella guarda silencio mientras dejo su mano sobre mi vientre. Permanecemos así unos minutos. Brewster vuelve y ella ni siquiera parpadea. Me agarra con fuerza, su cuerpo pegado al mío. Brewster nos cubre con una manta y me toma las constantes. Natalie no se mueve de mi lado, enterrada en mi costado. Así es como debe ser, los dos así. Nada en el mundo volverá a dividirnos nunca más.

Cuando él se va, me siento agotado. Cierro los ojos, y ella me abraza mientras me duermo. Incluso en el sueño profundo, cuando intenta moverse, yo sigo allí, sujetándola fuerte contra mi cuerpo. Es mía, y nadie me la va a quitar, ni siquiera ella.

25

NATALIE

Me retuerzo y jadeo mientras el látigo cae sobre mí una y otra vez. Matty ha vuelto a estar en plena forma desde hace un mes y ahora es mejor que nunca. Los brazos, extendidos sobre la mesa y esposados a las patas, me duelen por el esfuerzo. La bola de goma en mi boca, sujeta con una correa de cuero alrededor de mi cabeza, me sirve para morder cada vez que recibo un azote. Mi coño gotea por él.

—Mmm —gruño, sin poder hablar de verdad. Él me golpea el coño y gimo, deseando más.

—¿Te gusta eso, Nat? ¿Quieres que te azote el coño otra vez? Maldita zorrita... —Está irresistible. Desnudo y duro como una roca, me arrastra más hacia el borde de la mesa hasta que su cuerpo queda entre mis muslos. Frota su polla contra mi entrada y luego se hunde en mí. Cada embestida es mágica, golpeando mi fondo justo al ritmo de los azotes en mi muslo exterior.

Ya me he corrido dos veces, pero siento que la tercera se está acumulando muy dentro de mi vientre. Nunca había sentido tanta euforia. Tiro de las esposas, deseando poder clavarle las uñas en las caderas y atraerlo más dentro, pero lo único que consigo es alejarme

y él tiene que volver a arrastrarme. Me folla tan fuerte que la mesa se desliza por el mármol, rechinando y chirriando.

—Ggg, mmmm —gimo, apretándome a su alrededor. Esto es tan jodidamente excitante, y el hecho de que haya puesto la cámara de vídeo para grabar esto y poder verlo después lo hace aún más caliente.

Su cuerpo choca contra el mío y lo recibo enterito. Mi cuerpo se tensa, exprimiéndolo, y me estremezco con un tercer orgasmo mientras él vuelve a llevarme a la cima. Espasmo y tiemblo cuando él me llena, su descarga caliente se derrama dentro de mí. Me encanta, esa sensación de sentirlo llenándome y luego escurriéndose fuera. Podría hacer esto todos los días de mi vida, y quizá lo haga. Anoche me dijo que me iba a casar con él y no puse ni una pega.

—Bueno... —Otra voz masculina en la habitación me sobresalta, pero no resulta del todo intrusiva. Recordar cómo aquel veterinario entró cuando estaba con Matty en su convalecencia me pone. Matty termina sus embestidas y se sale, y noto su semen escurriéndose fuera de mí. Estoy abierta en cruz sobre la mesa del comedor y no puedo hacer otra cosa salvo girar la cabeza para ver quién ha entrado.

—Hmm —gruñe Matty, usando mi blusa para limpiarse. Se aparta y veo que es Dominic. Lo miro a los ojos un instante y él me recorre de arriba abajo, cada maldito centímetro de mi cuerpo—tetas al aire, coño goteando—y joder, ojalá Matty siguiera dentro follándome. Mi cuerpo sigue temblando con los restos del tercer orgasmo y le dirijo una sonrisa pícara todo lo que puedo con la mordaza en la boca.

Matty se pone los pantalones de un tirón y guarda la polla, que aún sigue dura. —¿A qué debo el placer? —le pregunta a su hermano con toda naturalidad, como si estuvieran acostumbrados a interrumpir las aventuras sexuales del otro. Ni siquiera se molesta en taparme, así que Dominic sigue mirando. Él también tiene esposa, así que no entiendo qué le resultará tan fascinante de ver cómo el semen de su hermano se desliza fuera de mí.

—He venido por ella... —dice, asintiendo en mi dirección.

—Pues sí, la verdad —se ríe Matty mientras se abrocha el cinturón. Mira a Dom y dice—: Ah, ya veo lo que has hecho ahí.

Dominic me mira con ojos llenos de hambre durante un instante, pero esa hambre da paso rápidamente a la indiferencia. Observa cómo Matty me suelta las esposas y me incorporo sentada sobre la mesa, las piernas colgando, mientras me quito la mordaza. Abro y cierro la boca varias veces para destensar la mandíbula, y ni siquiera me incomoda estar totalmente desnuda ahora mismo. Me excita que Dominic se sienta intrigado por nuestro sexo o por mi cuerpo, o ambas cosas. Juro que lleva una erección.

—¿Qué necesitas? —le pregunto, frotándome la mejilla. He estado tanto tiempo con la boca abierta que ahora me duele tenerla cerrada.

Dominic se agacha, recoge los calzoncillos y la camiseta de Matty, y me los lanza. —Vístete —ordena antes de darse la vuelta y marcharse.

Cruzo la mirada con Matty cuando se va, tras su hermano, y me pongo la camiseta a toda prisa. Encuentro mis bragas y también me las pongo, pero los vaqueros están rotos. Matty se ha pasado un poco esta vez. Sus calzoncillos me quedan enormes, se me caerían, así que con su camiseta y mis bragas, salgo por el pasillo siguiéndolos. Los encuentro en el salón, sentados en el sofá, y entro de puntillas.

—Siéntate —ordena Dominic. No suelo obedecer a nadie, y no voy a empezar ahora, pero cuando Matty me indica el sillón con la cabeza, obedezco y me siento.

—Así que, ¿de qué va todo esto, Dom? —pregunta Matty antes de que yo pueda hacerlo. Tengo la sensación de que las cosas siguen tensas entre ellos por mi culpa. Que Matty sigue protegiéndome de cosas que ni siquiera alcanzo a ver. Ya ha pasado un mes; ¿no

deberían haberlo superado ya? He demostrado que no soy una chivata.

Dominic se inclina hacia delante y junta los dedos frente a sí, presionando las yemas unos contra otros en forma de templo. —He pensado que debía pasarme para que Natalie supiera que ya hemos llegado al fondo del asesinato de su tío.

Me enderezo en mi asiento. He esperado mucho tiempo este momento, aunque pensaba que quizás sería yo la que estaría por la calle buscando al asesino. Matty se recuesta en el sofá y se acaricia el mentón pensativo. Ninguno de los dos esperaba que esto ocurriera tan pronto, y espero que Dominic de verdad tenga la respuesta. No digo nada, claro. Bien sé que en asuntos tan importantes es mejor no interrumpir.

—Natalie, el hombre al que temías, uno de nuestros soldados llamado Peter, solo estaba por la zona por motivos personales. Él y un amigo estaban almorzando en la cafetería donde ocurrió el tiroteo —me mira con expresión seria—. Creemos que el golpe se llevó a cabo por un suceso previo instigado por nuestro hermano, Leonid. Mató sin querer a un subjefe italiano y, desde entonces, han estado intentando acabar con nosotros.

—Pero... ¿Por qué Hal? ¿Por qué ocurrió? —No puede ser tan simple como estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Es demasiado conveniente, incluso para ellos—. No lo entiendo.

—Creemos que sabían que tú también les investigabas. Estabas en la escena al mismo tiempo que ellos seguían a uno de los nuestros allí. —Me observa con una intensidad mortal—. Tu investigación fue lo que les atrajo al lugar, pero fue demasiado tentador para ellos cuando vieron que también había presencia nuestra. Vieron dos pájaros en el mismo seto y abrieron fuego.

—Pero...

Matty también se inclina hacia delante, negando con la cabeza. Atiendo a su advertencia. No quiero hacer nada que pueda enfadar más a Dominic de lo que quizá ya lo hayan hecho mis acciones pasadas.

—Dom, ¿estás seguro?

—Sí, y sabemos quién fue el tirador... más o menos. —Dominic se vuelve hacia su hermano.

—¿Más o menos? —pregunto, recibiendo una mirada de advertencia de Matty. No puedo quedarme aquí callada mientras él revela información tan devastadora con tanta parsimonia. Llevo meses necesitando este cierre. El asesino es conocido y tengo que oír su nombre.

—Solo conocemos a esta persona como L'ombra. Aún no sabemos si es hombre o mujer —Dominic sigue hablando, pero mira a su hermano—. Roman está ahora tras su pista. Ya le han dado la orden de acabar con ese individuo, pero también tememos que sea la misma persona con la que Natalie estuvo colaborando. Si es así, sabe mucho más de esta familia de lo que ella misma sabía. No pararemos hasta atraparle.

Matty asiente brevemente a su hermano y me tiende una mano. Me levanto y corro a su lado; él me sienta sobre su regazo y me rodea con los brazos. —Y Natalie... —Sus palabras son una pregunta que se queda en el aire. Sé que no quiere más que protegerme. Este lugar es el más seguro en el que he estado nunca, incluso si Dominic está aquí con intenciones letales.

—Está a salvo, de momento —me observa—. Y lo estará mientras mantenga la boca cerrada. Necesitaremos confirmación, cuando logremos contactar con L'ombra, de que es su fuente. Solo lo conseguiremos si Natalie nos ayuda.

—Por supuesto... Quiero que el asesino de Hal pague por lo que hizo —me aferro a los brazos que me envuelven mientras Dominic se

levanta, se arregla la corbata bajo la americana y la abrocha.

—Me pondré en contacto —dice mientras se dirige hacia la puerta.

El corazón me late con fuerza contra las costillas y siento la necesidad compulsiva de decirle algo todavía. —Dominic. —Se gira para mirarme y yo me levanto. Con cautela, camino hacia él, y no se mueve—. Gracias... —Le rodeo los anchos hombros con los brazos y le abrazo con fuerza. No hay ni sobresalto ni repulsión, pero tampoco ningún gesto de afecto por su parte. Estos tipos son realmente únicos. Me separo y continúo—. Por encontrar al asesino de Hal y ayudarme. Sé que no lo hiciste por mí, pero agradezco tu ayuda. Y agradezco también que confíes en mí. No te voy a fallar.

Él asiente, se da la vuelta y se marcha en silencio por la puerta principal. Me quedo allí mirando la puerta mucho después de que se haya ido. Matty se acerca, me abraza por detrás y besa la parte superior de mi hombro a través de la camiseta, para después morderme suavemente la piel. —Mmmm... Bueno, ¿dónde nos habíamos quedado? —pregunta, y yo ya no puedo pensar en nada que no sea abrazarle. Me vuelvo entre sus brazos y lo hago, reclamando sus labios en un beso profundo.

Jamás en la vida habría pensado que de verdad acabaría enamorándome de alguien como Matty, tan metido en el mundo del crimen organizado. Fantaseé con conocer a alguien así, quizá acostarme con él, pero nunca pensé que fueran capaces de una relación real. Matty y yo tenemos nuestras diferencias. Es difícil de descifrar, nunca dice que me quiere y exige sexo a diario para mantener a raya su temperamento. Un carácter del que, por cierto, soy muy fan.

—Te quiero... —susurro, profundizando el beso, y él lo acepta.

No sé si alguna vez me dirá que me quiere, o si su posesividad es todo en lo que podré confiar para saber que me desea. Pero sé que le quiero, y nunca voy a cambiar de opinión. Matty me enseñó a conectar con alguien y, aunque sea erótico y salvaje, y tenga que

aguantar a veces su justificada furia, nunca volveré a ser la misma por su culpa. Ahora soy libre, libre para amar, sufrir, llorar y celebrar.

Y ahora, soy libre para dejar marchar a Hal.

Matty me toma en brazos y me lleva escaleras arriba a nuestro dormitorio, donde podremos estar a solas. Sé lo que viene, y estoy lista. Solo espero que no se contenga con el dolor.

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Reyes del Inframundo

Su Esposa Reacia

Padres de la Bratva

El Pequeño Secreto del Padre Bratva || El Premio Prohibido del Padre Bratva

Corrupt Bloodlines (SPANISH Edition)

Dangerous Games (SPANISH Edition) || Dangerous Refuge (SPANISH Edition) || Dangerous Obsession (SPANISH Edition) || Dangerous Vengeance (SPANISH Edition)

Navidad Unida por Sangre

Juramento de Sangre de Navidad || Una Navidad de sangre y deseo

Corazones Lastimados

Bestia Despiadada || Monstruo Despiadado || Príncipe Diabólico

Doctores Prohibidos

La Sorpresa Doble del Zorro Plateado || Dilema laboral: El jefe atractivo || Monstruo Despiadado || Bajo sus órdenes

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos || Conexión corporativa || Atrapado en el medio || Fingiéndolo para el Jefe || Bebé nos hace tres || El Secreto del Jefe || Doble sorpresa || El Papá de mi Mejor Amiga

Atracción prohibida

El Novio de Mi Madre || El Mejor Amigo de Mi Padre || Papá Encubierto || Los gemelos del doctor || Ella Es Mía || Confianza Enredada || Pecaminosamente Tuyo

Corazones Festivos

Un Feliz Malentendido || Navidad entre Sus Brazos || Una Galleta de Navidad para un Padre Soltero || Beneficios Ejecutivos || Su San Valentín Pecaminoso

Conjunto en caja

Los Grandes y Malvados Hermanos Braddock: La serie completa